

que buena, por hacer otra mejor. Yo voy animado de una viva confianza en la misericordia de Dios, que este viaje sea el que dará fin á las calamidades del reino de Nápoles y también á las miserias de mi vida. Suplico al Señor que en el cielo (adonde espero también ser recibido *en este mismo viaje*) dé á vuestra alteza serenísima el premio de sus virtudes, y que éstas se conserven perpetuamente en sus ilustres descendientes. Amen. *Nos cum prole piabenedicat Virgo Maria.* Nápoles 3 de Octubre de 1618.

De vuestra alteza humildísimo siervo,

FR LORENZO DE BRINDIS.

Por el contexto de esta carta se ve cómo el ilustrado varón santo supo que aquel viaje había de ser el último de su vida, y que en él daría fin á las miserias de este mundo. Embarcóse, finalmente, y costeando (cuando lo permitía el mar, para no privarse de decir Misa) pasó por la torre del Greco, puerto de Terracina, puerto Longon y llegó á Génova; y sabiéndose ya en España la embajada del varón santo, se alegró mucho el rey Felipe III de la venida de su amado Fr. Lorenzo, á quien deseaba ver y tratar como antes. Dió luego orden para que en las galeras de España que había en

aquel puerto se le trajese con el mayor regalo, tratándole con la distinción que merecía su venerable persona y honorífico carácter de Embajador. El comandante de las galeras, luego que recibió de la corte de España la referida orden, pasó inmediatamente al convento de Capuchinos y la hizo presente al siervo de Dios, ofreciendo su persona y toda su escuadra en nombre de su soberano el Rey católico, y quedaron de acuerdo que en cesando el tiempo, que era muy malo, se harían* á la vela.

4. Continuó el mal tiempo, y en este intermedio se halló el Santo Lorenzo con una contraorden del Cardenal protector en que le mandaba no continuase su viaje. Recibió la obediencia con humilde resignación, aunque se persuadió que era trama de Lucifer, que quería impedir aquella grande obra por ser tan del agrado de Dios. Los compañeros lo sintieron mucho; pero los consoló el Santo diciendo que se vencerían todas las dificultades y conseguirían el fin de su embajada; y así se cumplió, pues habiendo llegado á noticia del Rey que se suspendía la embajada lo sintió mucho, por ser ya pública en la corte de España y saber todos que venía el varón santo por ministro de ella. Supo el Rey de dónde depen-

día el estorbo, y envió orden á su Embajador de Roma que, á nombre de su majestad católica, pidiese á Su Santidad nueva obediencia, en que mandase á Fr. Lorenzo estrechamente que continuase su comisión sin estorbo alguno. Así lo concedió Su Santidad y así lo ejecutó el varón santo; y habiendo comunicado con el comandante de las galeras (el cual tuvo orden del Rey para detenerse hasta traerle á España), determinaron el día para embarcarse después de haber estado en Génova más de tres meses. Desde Génova fueron costeando por el Mediterráneo, pasando por *Puerto de San Lorenzo* y *Puerto Mauricio*, y venciendo los peligros del famoso *Golfo de León* llegaron felizmente á *Barcelona*. Aquí debía hacer alto la pluma y referir los muchos milagros que por mar y tierra obró el Señor por su siervo, en que mostró su majestad ser de su agrado esta embajada, y podemos decir sin ponderación que todo el camino, desde que salió de Nápoles hasta que llegó á Barcelona, fué un continuado milagro. Véalos el curioso lector en la vida del Santo, escrita en italiano por el P. Fr. Buenaventura de Cocaleo ¹ y Fr. Angel María de Rossi ², que nosotros de intento los omitimos.

¹ Cocaleo, *lib. 3, cap. 2, 3 y 4.*

² Rossi, *lib. 3, cap. 2.*

5. Luego que arribó el Santo Lorenzo á Barcelona y se reparó de las fatigas del mar, tomó el camino para Castilla, y pasando por Zaragoza por el mes de Marzo, llegó á Madrid á principios de Abril de 1610; y hallando que el Rey con su corte habia salido el día 20 y pasado á Lisboa á tomar posesión de aquel reino, se puso luego en camino para Portugal, pues los negocios eran arduos y de la mayor entidad, y no pedían espera. Casi todo este dilatado viaje, desde que salió de Nápoles hasta Lisboa, fué trabajosísimo para el siervo de Dios, pues affligido de la gota algunas veces, ni aún podía moverse; y gran parte del camino tuvo que andar á caballo, subiéndole entre dos ó tres, y esto á costa de agudísimos dolores; pero no reparaba, haciendo á Dios gustoso sacrificio de su salud y aun de su vida por la caridad y obediencia. Llegó últimamente á Portugal, y sabiendo que el rey Felipe III estaba en Belén (palacio poco distante de Lisboa) hasta que se dispusiesen las magníficas funciones de su entrada en aquella corte, se retiró el varón santo á una rústica y pobre aldea, huyendo del aplauso sin dar noticia de su llegada. Vivía incógnito, mendigando de puerta en puerta el corto alimento que para él y sus

compañeros era necesario; y como no eran conocidos de aquellos pobres aldeanos y su miseria era mucha, padecía el siervo de Dios no poca penuria aun de aquellas cosas precisamente necesarias; pero mientras más pobre, más gozoso y alegre por vivir más conforme á su instituto y profesión religiosa, sin permitir el varón seráfico que su empleo de Embajador ofendiese á su pobreza santa. ¡Raro espectáculo! ¡Ver pedir de puerta en puerta un bocado de pan á un Embajador del Rey católico! ¡Vivir incógnito entre rústicos aldeanos un sujeto tan visible y conocido en toda la Europa!

6. Lleno de gozo espiritual estaba nuestro Santo Lorenzo entre estas incomodidades hasta que llegase el tiempo de la entrada del Rey en Lisboa, para tratar allí los negocios de su embajada. Pero como la luz no puede estar escondida, no faltó alguno de los cortesanos que, sabiendo la venida de los Capuchinos á aquella aldea y la vida ejemplar que hacían, movido de curiosidad, supo quiénes eran, y publicado por la corte corrió luego la voz, y con ella un gozo universal de todos los cortesanos. Estaba aún viva é impresa en los corazones de la nobleza española la memoria de Brindis cuando el año de 1609 vino por primera

vez Embajador á la misma majestad de Felipe III. Estaba muy presente la fama de sus virtudes y milagros, con que fué grande la alegría y conmoción de toda la corte; pero quien participó más de este júbilo fué su grande amigo y especialísimo bienhechor el marqués de Villafranca, don Pedro de Toledo. Luego que su excelencia lo supo fué á la aldea en alas de su devoción, y, dando tiernos abrazos al siervo de Dios, le trajo á su palacio con sus compañeros, dándole amorosas quejas por no haberle avisado de su venida. Pasó inmediatamente su excelencia á Belén á dar parte á su majestad, quien se alegró infinito, pues le tenía con cuidado su tardanza. Aquí se renovaron en el Monarca aquellas llamas del divino amor que el siervo de Dios solía encender en aquel corazón piadoso y justo, y, no pudiendo resistir más dilación, dió orden para que al siguiente día hiciese la entrada pública con todas las solemnidades que se acostumbra con los demás Embajadores, sin reparar en que aún no había tomado posesión del reino ¹.

7. Así se hizo, y salió del palacio del

¹ La reina D.^a Margarita de Austria, á quien el Santo Lorenzo había dirigido y confesado siendo niña, había ya muerto el año de 1611.

Excmo. Sr. D. Pedro de Toledo acompañado de toda la nobleza en magníficas carrozas, en lucidísimos coches, en fin, con toda aquella magnificencia y ostentoso aparato que se acostumbra en semejantes casos. Pero, ¡oh mutación extraña! ¡Ver hoy tan obsequiado de los nobles cortesanos al que ayer era despreciado de unos rústicos aldeanos! ¡Al que ayer pedía una limosna de puerta en puerta, verle hoy entre tanta magnificencia! Adoremos las providencias del Altísimo. Iba, pues, nuestro Lorenzo entre tanta grandeza, anegado todo en su misma nada, lleno de confusión y vergüenza; y aunque su presencia era grave y majestuosa, que daba bien á entender el carácter noble de su empleo, se traslucía por su venerable aspecto la humildad profunda de su bendita alma. Llegó á palacio, donde ya estaba el Rey esperando con muchos deseos de verle. Recibióle con tan singulares demostraciones de cariño, que parecía se había olvidado de su majestuosa entereza. Cumplió el varón santo con las ceremonias serias de este acto, y entregadas las credenciales y habiendo pasado entre los dos amorosos recuerdos de la embajada primera, le despidió el Rey diciéndole que después de comer volviese á audiencia se-

creta. Concluída esta función, se volvió con el mismo aparato al palacio del marqués de Villafranca, donde estaba dispuesta una gran mesa para todos los asistentes, en que mostraba su excelencia el especial regocijo de tener en su casa un huésped tan de su aprecio y de su mayor veneración, y, en fin, logró su excelencia la dicha de tener en su casa un santo, y con él logró también un cúmulo de felicidades para sí y para su familia, como veremos después ¹. Tuvo su excelencia muchos envidiosos de esta fortuna, y así querían llevársele á sus palacios algunos señores, conociendo su gran santidad y relevantes prendas; pero entre todos, ninguno más acreedor que su excelencia el marqués de Villafranca, pues el conocimiento práctico de sus virtudes era muy antiguo y venia de muy lejos; nada menos que de Milán, la Lombardía y el Piamonte, donde su excelencia le había tenido á su lado y era su director en todos los negocios gravísimos que ocurrieron, ya en la paz ó ya en la guerra, siendo testigo de muchos prodigios y milagros.

8. Llegó la hora de comer, y sentándose á la mesa entre los grandes fué su comida, como acostumbra siempre, de frutas y

¹ Cap. 21, n. 11.

legumbres, diciendo, para ocultar su mortificación, que estaba hecho su estómago á aquellas comidas ligeras, y salir de ello era contra su salud. Así depone un testigo de vista en los procesos que se formaron en Villafranca ¹. En aquella comida grande, grande por su opulencia, grande por su riqueza, grande por su abundancia, grande por su esplendidez, grande también por los grandes personajes que la componían, y mucho más grande por la magnificencia de aquel gran corazón de D. Pedro de Toledo, que lleno de espiritual júbilo le parecía todo poco para honrar á su venerado huésped; en esta gran mesa se admiraba con edificación de todos la moderación y abstinencia del noble Embajador por quien se hacía aquel espléndido banquete Pero era muy de notar la afabilidad y prudencia del varón santo, sin mostrarse ceñudo ni displicente, antes bien con todos estaba alegre y placentero. Luego que se acabó la comida fué á palacio el siervo de Dios, como se lo había mandado el Rey, y éste le recibió con las mayores demostraciones de afabilidad y cariño. Se retiraron solos al gabinete secreto. Duró esta audiencia tres horas, sin saber lo que en ella se trató; sólo

1 Proceso de Villafranca, año de 1630, fol. 14.

se pudo colegir del rostro placentero del Rey la alegría grande que habia tenido de verle. Al despedirse, le dijo el Rey con palabras cariñosas: «Venid, padre, á verme con frecuencia sin que yo os llame, pues tendré mucho gusto en veros y en cualquiera ocasión seréis recibido con mil amores; venid con confianza, que no se os detendrá en ninguna parte, pues para vos nada hay reservado y así lo he mandado á mis guardias». De esta grande estimación y singular favor de nuestro católico monarca deponen varios testigos de vista en los procesos de Villafranca¹; y es cosa muy rara y favor á pocos concedido y de que apenas se hallará ejemplar en las historias. Visitó también á las personas reales, y en particular al Príncipe de Asturias, á quien después veneró el mundo monarca de las Españas con el nombre de Felipe IV. Fué recibido de su alteza con mucho agrado; y habiéndole tratado su ayo el excellentísimo Sr. D. Baltasar de Zúñiga, y viendo en él un gran fondo de virtud y un admirable cúmulo de prendas, quedó muy aficionado al varón santo y le visitaba frecuentemente, confesando que no le trataba vez alguna que no saliese de su presen-

1 Proceso de Villafranca, año de 1630, fol. 11 y 19.

cia lleno de luz, edificación y ejemplo. El conde de Malvezi, milanés, que había tratado al Santo en Italia, se alegró infinito de su venida y le visitaba frecuentemente.

9. Luego que se publicó en Lisboa la llegada de un Embajador tan famoso en santidad y milagros, concurría á visitarle en tropel la nobleza del reino de Castilla y de Portugal, y puestos de rodillas le pedían la bendición para su consuelo; pero no sólo la nobleza, sino toda clase de gentes venían atraídos de la fama, atropellándose unos á otros, de suerte que, ó la curiosidad ó la veneración, dejaban desatendido y aun quejoso el respeto, padeciendo la humildad del varón santo un tormento de honra sucesivo. Pero no sólo el estado secular le buscaba y visitaba al Santo Lorenzo, sino también el estado eclesiástico, así regular como secular. Era entonces en Lisboa extraño el hábito Capuchino, y mucho más el que un pobre religioso tuviese el alto carácter de Embajador. Vieron la entrada pública y solemne, sabían el grande aprecio que hacía el Rey, la veneración con que le trataba el marqués de Villafranca y sobre todo la gran fama de santidad que se había divulgado en toda la corte. Movidos de esto le buscaban prela-

dos graves de las religiones, prebendados de la iglesias, señores Arzobispos y Obispos que habían concurrido á la corte con motivo de la coronación del Rey. Todos á porfía le buscaban y todos salían de su presencia muy edificados. Visitóle el arzobispo de Eborá, y después de haber dicho del santo embajador mil elogios, añadió: «Sólo la presencia de este Capuchino basta para persuadir lo más arduo, y sólo un San Pablo podrá excederle en majestad y respeto». Vivía el siervo de Dios mortificado entre tantos aplausos y quisiera volverse al retiro de la primera aldea y trocar la brillantez de la corte por aquella santa rusticidad; pero fué preciso rendirse á la obligación, y sacrificar su voluntad propia por el bien ajeno. Iba ya acercándose la antorcha luciente de su preciosa vida á su feliz ocaso, y como que presentía ya este lance buscaba con solicitud más que regular el retiro, para gozar de él y disponerse á la última jornada. El marqués de Villafranca, que deseaba complacerle y darle gusto en todo, le preparó la habitación para él y sus compañeros en un sitio cómodo, pero retirado de su palacio, para que allí pudiese tener más quietud, encargando á los criados destinados á su asistencia que no le molestasen

á no ser cosa precisa. Este gran bienhechor del Santo Lorenzo vivía lleno de una santa vanidad por tener consigo á un santo; cuidaba de su quietud, atendía á su regalo, miraba por su alivio, solicitaba su descanso, y, lo que más es, le servía personalmente (aunque con gran repugnancia del varón santo); y esto con la mayor veneración, como pudiera un criado el más ínfimo de su casa. Todos los días antes de salir de casa tomaba la bendición del siervo de Dios postrado á sus pies, y lo mismo hacía su hijo D. García, duque de Fernandina; y por la noche antes de recogerse repetía esta misma diligencia. No pocas veces le ayudaba á Misa su excelencia con la mayor ternura y devoción, no obstante lo mucho que tardaba en ella; y cuando su excelencia no podía, lo hacía el duque de Fernandina su hijo. Aquellos ratos que podía su excelencia, sin incomodar al santo varón, los empleaba en comunicar secretamente con él las cosas de su conciencia y negocios de sus Estados, hallando siempre en su trato dirección y acierto. Quisiera su excelencia no apartarse un punto de su presencia por el gran consuelo que hallaba en su trato, y decía lleno de alegría: «Dios ha traído á este santo religioso á mi casa para mucho

«bien de mi alma». El duque de Fernandina se aficionó tanto al siervo de Dios, que le acompañaba siempre que salía, sin dejarle un punto. A este gallardo joven amaba mucho el Santo Lorenzo por sus nobles prendas y por ser hijo de un tan devoto suyo; le sanó de una enfermedad mortal y le anunció mil felicidades y gloriosas victorias, como queda dicho en otro lugar.

10. Continuando el Santo Lorenzo su comisión, visitó varias veces las personas reales, que le pedían con mil instancias lo hiciese con frecuencia. Eran hijos de la reina D.^a Margarita de Austria, ya difunta ¹, á quien siendo niña había dirigido y confesado el siervo de Dios, y por eso los amaba mucho en Jesucristo. Era digno de admirar ver la veneración y respeto con que estos Príncipes trataban al varón santo. Quiero poner las palabras que sobre esto trae un escritor de la vida de Brindis ². «Era tanta la veneración que su cristiano padre Felipe III les había infundido en obsequio del siervo de Dios, que acordándose más de ser cristianos que de ser Príncipes, salían acompañando al P. Lorenzo más trecho del que les permitían los fueros de

1 Murió el año de 1611.

2 Fray Matías de Marquina, *lib. 4, cap. 1, vida manuscrita*.

soberanos, y postrándose á sus pies le besaban la mano y recibían su bendición dejándose llevar del olor suave de su santidad, con que pisaban los márgenes y límites de la razón de Estado; y sintiendo su ausencia, le decían: *Padre, volved luego, no tardéis en venir*. Y exclama aquí con ponderación y asombro el citado autor, y dice: «¡Oh acendrada cristiandad de la corona de España! ¡Oh veneración católica con que sus Príncipes nacen! ¡Qué diría (prosigue) nuestro Pontífice Benedicto XIII si viera y presenciara estos devotos pasajes! Diría lo que en otra ocasión, hablando con los príncipes de Italia. Confusión es haber visto á un rey de España, siendo yo Obispo de Benevento, con qué veneración y respeto trataba á los ministros de Dios y sacerdotes del Altísimo. Confusión es (vuelvo á decir) ver esta demostración en un Rey tan poderoso, y ver á un príncipe de Italia, quien sólo por ironía puede tener el título de Príncipe, tratar á los sacerdotes y aun á los Obispos con tanto vilipendio, como si fueran criados suyos». Hasta aquí este autor, y hasta aquí lo sumó del aprecio que de las personas reales se mereció nuestro Brindis.

11. Faltaban pocos días de vida al varón

santo, y teniendo, sin duda, esto presente, procuró dar fin á su embajada para retirarse á morir con más sosiego. En breve tiempo tuvo cinco diferentes audiencias, pues como estaban abiertas y francas las puertas de palacio para el siervo de Dios, hasta lo más retirado del gabinete del Rey entraba, cuando le era oportuno, sin el menor embarazo. En estas audiencias descubrió á su majestad, con aquella energía y eficacia de que le habia dotado el cielo, las calamidades, desórdenes, inquietud y desconsuelo en que quedaba el reino de Nápoles, esperando próximo y oportuno remedio de su real justificación, y que él correspondiendo á la obligación de su oficio y conocimiento, se lo pedía postrado á sus reales piés. «Negocio es este, Señor (decía), que no mira á sola la posición y seguridad de aquella opulenta corona; lo que es más y más digno de la atención de monarca tan religioso, se ordena á la salud de las almas y á la gloria de Dios». Concluyó el Santo, y el Rey, movido de sus informes, le dió palabra de poner oportuno remedio con la mayor brevedad. Y aunque antes de perfeccionarse la embajada se acabó la vida de su Ministro, consiguió por él la causa pública todo lo que podía conducir á su entera segu-

ridad, debiéndose toda la felicidad de aquel reino á la gran prudencia y santidad de nuestro Brindis, cuya memoria vivirá siempre gloriosa en los anales de Sicilia.

CAPÍTULO XXI

Última enfermedad y preciosa muerte del Santo Lorenzo en el palacio del Excmo. Sr. D. Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, y le manda embalsamar su excelencia por el honor debido al carácter de Embajador.

LLEGÁBASE ya el tiempo en que el tesón de la vida mortificada, celo del bien de las almas, predicación fervorosa y otras virtudes del Santo Lorenzo, diesen la última mano á sus altos méritos y cerrasen el periodo de su vida y el círculo de su corona con admirable perseverancia. En las eficacias de sus obras se daba á conocer la cercanía de su fin, como la luz que, cuando está más cerca de apagarse, esfuerza más sus resplandores, y como la piedra, que hace su movimiento más presuroso cuando se avecina más á su centro. Cinco audiencias del Rey había tenido en poco tiempo, acalorando los negocios de su embajada para que no quedasen en embrión por su muerte, que sentía ya muy cercana. Sabía,

sin duda, el siervo de Dios que esta era la última jornada de su vida, como lo escribió al serenísimo señor duque de Baviera y queda referido en el capítulo antecedente. También sabía que su muerte había de ser en Lisboa, patria ó provincia de San Antonio, como se dijo hablando del espíritu de profecía; y supo también el día y hora de su muerte, como veremos después. Cumplido ya (cuanto estaba de su parte) el negocio grave de su embajada, le acometió el día 2 de Julio una cruel enfermedad de disentería, la que le postró en una cama con acerbísimos dolores; pero, no obstante, en los primeros cinco días le permitió decir Misa, aunque contra el común dictamen de los médicos, que se admiraban de ver aquella sagrada animosidad y que pudiese estar aún medio cuarto de hora de pie; pero no es de admirar en el Santo Lorenzo, pues aquel santo sacrificio era la fragua ardiente de amor en que su corazón inflamado pasaba á ser holocausto, batiendo más finamente las alas de su afecto cuanto más de cerca registraba su feliz tránsito. Verdad es que en la Misa era lo más breve que podía, y no tardaba más que tres horas; pero agravándosele la enfermedad, fué preciso contentarse con recibir cada día la

sagrada comunión, por ser ciertísimo alivio de su alma y no pocas veces alivio de su cuerpo. Para esto uno de sus compañeros decía Misa en un oratorio próximo á la habitación donde estaba el siervo de Dios, y le daba la comunión, que el Santo recibía con un mar de lágrimas y tiernísimas expresiones de piedad y devoción.

2. Informado el Rey por el señor marqués de Villafranca de la enfermedad de su amado, ó, por mejor decir, de su venerado Fr. Lorenzo, lo sintió infinito y mandó que de palacio se le asistiese con medicinas y cuanto fuese necesario; y también que sus médicos de cámara le visitasen y asistiesen como á su misma persona real. Al Marqués le dijo: «Avisadme con puntualidad de cualquiera novedad que haya, y cuidado de ese santo Capuchino, que sentí mucho se me muera». Mandó también al conde Malvezi, milanés (íntimo amigo del Santo Lorenzo), que le visitase con frecuencia y le diese aviso del estado de la enfermedad, y le ofreciese de parte de su majestad cuanto fuese de su alivio. Los médicos del Rey, habiendo observado con examen crítico los síntomas de la enfermedad, fueron todos de parecer que sanaría pronto. Del mismo dictamen eran todos; y

el conde de Malvezi, diciéndoselo al varón santo, le respondió, levantando los ojos al cielo: «Yo sanaré de esta enfermedad cuando vea á Dios; creedme, Conde, que esta es la última: esta es la voluntad de Dios, y se ha de cumplir». Replicó el Conde, y dijo: «Acordaos, P. Fr. Lorenzo, que el conde Rugerio aún estuvo más malo, y sanó. Ya me acuerdo (dijo el varón santo); pero así como aquella fué voluntad de Dios, así lo es esta; y en esto no tengo duda». Recetaron una medicina muy costosa, y dijo el varón santo á los médicos: «Yo os doy infinitas gracias por la solicitud que ponéis en procurar mi salud, y siento se gaste en mí, que no merezco ni aun la tierra que piso, una medicina tan costosa y rica. Yo la tomaré por obedecer, pero con el conocimiento cierto que ni esta ni otra medicina me ha de sanar. Cumplid vos con vuestro oficio, y cúmplase también la voluntad de Dios». Pasáronse los médicos al oír estas palabras de un hombre á quien tenían por santo, y aún pensaban si la fuerza de los dolores le habria privado los sentidos, pues todas las señas ofrecían lo contrario de lo que el Santo Lorenzo decía; pero como en todo iba consiguiente, caminaron de allí en ade-

lante con mucha desconfianza, inclinándose más al dicho del varón santo que á las reglas del arte ni á las señas más claras y evidentes de las medicinas y efectos que causaban; de suerte que se veían obligados á decir que se moría cuando las señas todas eran en contrario.

3. Luego que el Rey supo el pronóstico de Fr. Lorenzo, creyó seguramente que se moría, teniendo sus palabras por oráculo. Mucho sentía este golpe el piadoso Rey; y no contentándose con el cuidado que ponía en que le asistiesen, quiso ir en persona á visitarle y despedirse de él, ó acaso á comunicar algún negocio grave; pero los grandes y ministros se lo impidieron, diciendo que aquel ejemplar abriría la puerta á otros muchos, que nunca los reyes de España habían visitado á ningún embajador. Entonces dijo el Rey: «Yo no voy á visitar á un embajador, sino á un santo, y esto no es indecórico para un Rey». Pero no obstante se detuvo como prudente, aunque contra su voluntad. Igual era también el sentimiento de los Príncipes y los Infantes, y enviaban muchas veces á D. Baltasar de Zúñiga á visitarle. Lo mismo hacían en persona los grandes, los ministros y embajadores, lamentándose toda la corte de

tan fatal desgracia. Los reverendos Padres Observantes, como tan caritativos y muy atentos á los principios de la enfermedad, quisieron llevarsele á su convento, alegando que en él estaría con más quietud y retiro, sin que le faltase nada para su preciso descanso y asistencia; y sin duda hubieran ejercitado su gran caridad con este Capuchino venerable, como lo han hecho con otros ¹; pero el celo y devoción del excellentísimo Sr. D. Pedro de Toledo no lo permitió, esmerándose tanto en su asistencia que no se apartaba un instante de su cabecera sino para el preciso descanso y cumplir con sus obligaciones, y entonces le substituía su hijo el duque de Fernandina, D. García de Toledo. Y no halla bastantes hipérboles la pluma para expresar la solícitud con que cuidaban del enfermo, siendo de suma edificación y ejemplo á toda la corte ver á estos dos grandes señores dedicados á la asistencia de un pobre Capuchino, cuyo favor tiene y tendrá siempre toda la Orden para el agradecimiento y pedir á Dios por tan ilustres bienhechores y por todos sus descendientes. Este es el fruto de la piedad y devoción.

4. Crecían los dolores y crecían tam-

1 Aún no habían fundado los Capuchinos en Lisboa.

bién los méritos de su paciencia y resignación. No había angustia que le pudiese apartar de Dios, con quien estaba íntimamente unido en vínculos de gracia y de caridad. Deseaba verse desatado y libre para estar con Cristo; pero la muerte suele llegar perezosa al que la aguarda, tanto como veloz al que no la espera. Entre tantos dolores y penas no se le oía queja alguna; y sólo levantando los ojos al cielo y respirando fuego de amor, solía decir algunas veces: «¡Oh amorosísimo Jesús, seáis para siempre bendito y alabado!» Otras veces decía: «Reina de los ángeles y de los hombres, bendita y alabada seas ahora y para siempre». Estaba sobre aquel pobre lecho todo extático y absorto. Pero cuando recibía la comunión, que, como se ha dicho, era todos los días, se veía su rostro tan encendido y su débil naturaleza tan vigorosa, que se calentaba en todos la esperanza de su vida, y se comunicaban, sin duda, al cuerpo algunos espíritus desde el alma. Cuando más afligido se veía de los dolores, solía consolar su pena con decir: «Jesús mío, espero en vuestra piedad que me habéis de recibir estas congojas». Cada día se aumentaba más el concurso de la nobleza á visitar al varón santo y pedirle

su bendición, aunque á costa de un insufrible martirio que agotaba todo su espíritu en llanto, sintiendo aquella excesiva veneración.

5. Continuaban los médicos en su puntual asistencia, según las órdenes del Rey, y aún no se persuadían, gobernados por las reglas del arte, de que el varón santo se moriría, no obstante su aseveración, que sentía lo contrario. Ya se contaban quince días de su enfermedad, que eran otros tantos de un prolongado martirio, sin que de día ni de noche aflojase el rigor de los dolores; pero los llevaba con tal resignación, que aun en el semblante no lo manifestaba ni se veían en él aquellas impertinencias que son tan propias de un doliente, ni menos el desapacible ceño que aun en los más sufridos á cada paso se encuentra. Mantuvo siempre una gran serenidad en el rostro y una tranquilidad tan apacible, que al parecer desmentía lo grave de su dolencia. Tomaba sin repugnancia alguna las medicinas que ordenaban los facultativos, por más desapacibles que fuesen, aunque sabía de cierto que no le aprovechaban, sólo por obedecer y ofrecer este sacrificio á Dios, mortificando su gusto. Al Rey y á las personas reales se les daba cuenta todos los días

dél estado de la enfermedad; y además de esto, los médicos le informaban al Rey personalmente de todo lo ocurrido. Desde este día 15 se fué agravando más y más la enfermedad y faltándole sensiblemente las fuerzas; y para endulzar la amargura de su mal pedía á sus compañeros le leyesen algunos ratos, con mucha pausa, la pasión de San Juan y otros libros sagrados en que hallaba singular consuelo, derramando ternisimas lágrimas y haciéndolas derramar á los presentes. Lo demás del tiempo lo pasaba como extático y en profunda contemplación. Ya sabían los compañeros cuándo le habían de dejar solo, y se retiraban, aunque sin perderle de vista. Además de los dos excelentísimos enfermeros D. Pedro de Toledo y su hijo D. García, se convidaron también con emulación santa D. Baltasar de Zúñiga y el conde Malvezi, los que también le asistían y acompañaban todo el tiempo que sus ocupaciones se lo permitían, confesando que sólo de ver al varón santo sentían en sus almas un gran consuelo espiritual.

6. Tenía siempre su corazón ocupado en la dulce tarea del amor divino, sin que las penalidades de la enfermedad fuesen parte para embarazarle en tan santo empleo.

Veíanle muchas veces incorporado en la cama, puestos en elevación los ojos, cruzados sobre el pecho los brazos y en una suspensión de sentidos tan profunda, que les diera susto, á no deslumbrar sus temores las luces que salían de su rostro, cuyos reflejos le hacían á un tiempo hermoso y venerable. Fueron, sin duda, muchas y grandes las misericordias que la poderosa mano de Dios obró en el discurso de esta dolencia en aquella alma purísima, aunque de su noticia nos privó su profunda humildad. Caminaba ya á toda prisa nuestro Santo Lorenzo buscando su feliz ocaso, de suerte que aun para los médicos se cerraron los pasos todos á la esperanza, conociendo ya la verdad de su vaticinio. Respiraba tan débilmente aquel grande espíritu de Lorenzo, que era menester llegar con frecuencia á reconocer si alentaba y experimentar una providencia milagrosa en cada respiración que salía. Iban alternando las congojas con algunos ratos de alivio, pero nunca con esperanza de vida. Era imponderable el dolor que causaba esta temida pérdida en el noble y piadoso corazón de D. Pedro de Toledo, que ya lloraba por muerto á su amado director, á su fiel consejero, á su ilustrado maestro y á su fidelísimo amigo y santo

compañero Fr. Lorenzo de Brindis, llegando á tanto su sentimiento, que ya no podía ponerse delante de él sin derramar muchas lágrimas, aunque procuraba, cuidadoso, reprimirlas. Cuando era necesario administrarle el preciso alimento ó medicina lo hacía de rodillas, aunque con disimulo, porque no lo conociesen; pero en lo interior nacía de un religioso impulso de veneración y culto. Igualmente los compañeros del varón santo, con toda la familia, estaban inconsolables.

7. Un día antes de partirse de esta vida, despejando el aposento, llamó á sus compañeros, y lleno de fervor su espíritu, les dijo las palabras siguientes: «Ya veis, hijos míos muy amados, cuán cercano me hallo á mi última resolución y camino universal de los hombres todos: gracias os doy con todo el afecto que puedo, por la asistencia que os he debido. Dios os dé la debida retribución de todo el cuidado y trabajo que habéis padecido en aliviar á este indigno consiervo vuestro». Y vertiendo copiosas lágrimas, prosiguió diciendo: «Perdonad, carísimos hijos, perdonadme todas las molestias que os he causado y el mal ejemplo que, con la tibieza de mi poco ajustada vida á la perfección,

que este hábito pide, he puesto á vuestros ojos, y ayudadme con vuestras oraciones para que consiga yo de mi Dios el perdón de mis muchas culpas y pecados. Además de esto os ruego con grande instancia, que cuanto antes podáis, en falleciendo yo, os vayáis á la presencia del padre Ministro General y le deis en mi nombre gracias inmensas, que doy también á toda la religión por lo que siempre la he debido. Pedidle en mi nombre, postrados á sus pies, perdón de todos los delitos que hasta aquí he cometido. Y decidle también que pida en mi nombre perdón á todos los religiosos de nuestra Orden, esparcidos por todo el mundo, como lo hago postrado á los pies de todos, suplicándoles perdonen á este mísero pecador. Fué copioso el llanto de que se llenaron los compañeros al oír estas humildes súplicas: llegábales tan al corazón la pérdida de tan amoroso padre que, impedida con los sollozo mismos la voz, no pudieron responderle palabra alguna.

8. Después de un breve rato, y recobradas un poco las fuerzas, continuó diciendo: «Considero, hijos míos muy amados, vuestro justo sentimiento en mi muerte y que quedáis solos en reinos extraños y

•distantes de vuestra patria y sin abrigo
•humano, expuestos á muchos trabajos y
•necesidades; pero confiad en la Providen-
•cia divina, y yo os doy mi palabra que no
•os faltará en premio de tanto bien como
•habéis hecho con este pobre pecador.
•También os encargo que después de mi
•muerte toméis esta cruz que traigo con-
•migo, y que me dió el señor duque de Ba-
•viera con la condición precisa que des-
•pués se la restituya, para colocarla en la
•iglesia de las Madres Capuchinas de Brin-
•dis entre las demás reliquias que su al-
•teza ha puesto allí. Decid esto á nuestro
•General; y con su obediencia y bendición
•llevadla, guardándola con mucha diligen-
•cia hasta que sea colocada en dicho con-
•vento». Acabado este razonamiento se
volvió al P. Fr. Jerónimo de Casalbono y
le ordenó que suplicase al Padre General
que diese licencia al P. Fr. Juan María de
Monteforte para ir á Baviera á decir á
aquel Príncipe serenísimo varias cosas de
suma importancia que le comunicaría: y
quedándose solo con el padre Fr. Juan Ma-
ría, que era su confesor, le impuso en cuanto
había de decir secretamente al duque de
Baviera de su parte, que sin duda serían
asuntos gravísimos.

9. Amaneció el día veintidós de Julio, día de Santa María Magdalena, feliz y dichoso para el varón santo, en que se había de coronar de gloria, y funesto y triste para los suyos, porque perdían en él padre, director, maestro, consuelo y guía, y, en fin, faltaba de la tierra un santo. Entró por la mañana á verle su confesor el padre Fray Juan María, y recibéndole con rostro alegre y placentero, le dijo el varón santo: «Padre muy amado: sabed que hoy es mi día, día de mi nacimiento y día también de mi muerte. En este día nací al mundo para penas y trabajos; y en este día, dejando al mundo sus penas y trabajos, tengo firmísima esperanza de nacer á Dios para vivir con él eternamente. En este día más que en otro necesito de vuestra ayuda y socorro. Mis fuerzas me faltan; suplid vos este defecto. Una sola cosa os pido y encargo mucho: y es que en la hora de mi agonía repitáis muchas veces los dulcísimos nombre de Jesús y de María. Muero con la confianza que el Señor se ha de compadecer de este pobre pecador, y que mediante su misericordia le tengo de ver por una eternidad en la gloria. Yo os doy mi palabra de no olvidaros en la presencia de Dios. Y ahora disponed lo necesario para que

yo reciba el Santo Viático, pues hoy el ocaso del sol ha de ser también el ocaso de mi vida; y ahora os suplico me oigáis de confesión». Al oír estas palabras quedó como fuera de sí el P. Fray Juan María, y derramando copiosísimas lágrimas, sin poderlas contener, no sabía qué hacerse. Llegar llorando era afligir al enfermo; retroceder era faltar á la obediencia; queria apartarse á desahogar el ánimo, y no acertaba á hacerlo por no volver la espalda al venerable enfermo; tampoco tenía palabras con que poder explicarse; últimamente, recobrándose un poco y echando mano al disimulo, llegó á la cama y oyó de penitencia, absolviendo al siervo de Dios, que con copiosas lágrimas acreditaba pecados donde sólo había virtudes.

10. Para no retardar este solemne y sagrado acto de dar el Viático al enfermo y que no se hiciese público (dispuestas todas las cosas y conseguidas las licencias), dijo misa el padre Fray Jerónimo en el oratorio, después le llevó el Augustísimo Sacramento y se le administró en forma de Viático, disponiéndose el siervo de Dios para recibirle con todo aquel lleno de afectos y devoción que le era connatural; ni puede explicar la pluma el espíritu abrasa-

do y divinos ardores con que recibió la última vez á su dulcísimo Dios sacramentado; pero puede colegirse de la gran devoción y ternura con que celebraba el Santo Sacrificio de la Misa. Fué grande el concurso de la nobleza que asistió con luces á este sagrado acto; pues aunque se procuró ocultar, luego (sin saber cómo) se hizo público en la corte; y apresuradamente, movidos de un superior impulso, vinieron al palacio del marqués de Villafranca para asistir á esta función sagrada, llevados unos de la política y razón de Estado, por ser Embajador el enfermo, y otros por la gran devoción que le tenían. Era digno de admiración ver al siervo de Dios entre tantos dolores y angustias, con un rostro alegre y risueño, pronóstico, sin duda, de la gloria que le esperaba, ó acaso ardid de su gran prudencia para no ser gravoso á los asistentes; y así, enterrando su mal en la más escondida urna del silencio pudo vestir de alegría y de vivacidad el rostro de un difunto, de suerte que un cadáver inmoble, yerto y desfigurado, halló colores en el semblante y en la retórica para pintarse vigoroso y dibujar un retrato vivo sobre el fondo de un esqueleto.

11. Como el marqués de Villafranca

estaba encargado de dar cuenta á su majestad del estado de la enfermedad, fué inmediatamente á palacio, aunque con gran sentimiento, por saber habia de ser esta funesta noticia de mucho desconsuelo para el piadoso corazón del Rey, como lo fué; pues al oirla, levantando los ojos al cielo, dijo: «Cúmplase la voluntad de Dios: id, Marqués, y cuidad de su asistencia». Volvió á casa, y viendo que le iban faltando las fuerzas quiso antes despedirse del varón santo y recibir su santa y última bendición. Llamó á su hijo D. García, y entrando al cuarto los dos se postraron de rodillas delante de su cama, y el Marqués, entre gemidos y sollozos, dijo: «Padre mio: bien conozco que no me he aprovechado de los ejemplos y doctrinas que me habéis dado, y me sirve ahora de no poca confusión; pero conociendo que es grande vuestra intercesión para con Dios, os pido por su amor que cuando os veáis en su presencia os acordéis de este mísero pecador y seáis mi intercesor para que Su Majestad me perdone tantas culpas como contra su bondad he cometido. También os pido os acordéis de mis hijos, para que no pierdan á Dios. Tened presente mi casa y descendientes para que el Señor los pros-

•pere y llene de bendiciones celestiales; y
•últimamente os pido perdón si no os he
•tratado y asistido con aquel cuidado y es-
•mero que os es debido y yo tengo obliga-
•ción; y ahora, Padre mío, por última des-
•pedida... Y no pudiendo contener las lá-
•grimas, sólo dijo: dadme vuestra santa
•bendición, y adiós, Padre mío...» Al oír
estas palabras el varón santo no pudo me-
nos de enternecerse, y con un rostro lleno
de afabilidad, levantando sus ojos al cielo,
le dijo: «Yo, señor, me reconozco muy obli-
•gado por tantos favores como he recibido
•de vuestra cristiana liberalidad, los que
•tengo y tendré muy presentes, en particu-
•lar los que he recibido en esta mi última
•enfermedad. El Padre de las misericor-
•dias os pague con larga mano tanta cari-
•dad. Yo os doy palabra que si, como espe-
•ro, logro la dicha de ver á Dios, seré vues-
•tro protector y medianero para con el
•Señor y pediré lo que me habéis encomen-
•dado para vos, para vuestros hijos y des-
•cendientes; y esperad en su misericordia
•veréis cumplidos vuestros deseos...» Y
aquí, fijando con expresión los ojos en las
corrientes de los siglos, desde las márgenes
del Tajo, donde se hallaba vestido de luz
el pensamiento, dijo: «Y no dudéis que el

Señor derramará sobre vuestra familia liberal sus misericordias, y que vuestra ilustrada casa irá creciendo en poder hasta ser de las más gloriosas de España. Y ahora recibid la bendición de Dios Omnipotente, la que deseo se extienda según mi afecto, no sólo á los presentes, sino á todos vuestros sucesores y descendientes. Y aquí, incorporándose en el lecho del modo que pudo, y levantando el brazo, formó la señal de la cruz y bendijo al Marqués y á su hijo; y en ellos á toda su descendencia, significando con singular ternura la suprema felicidad que á todos les deseaba. Levantóse el Marqués, y besando la mano al varón santo, éste le echó sus amorosos brazos; y estrechándose aquellos dos amantes corazones se despidieron entre afectuosas demostraciones, sin poder articular palabra por las muchas lágrimas que vertían.

12. Salióse llorando el Marqués y se retiró á su gabinete, lleno de tristeza y desconsuelo, á continuar su dolor. La familia toda de su excelencia, que á imitación de su amo veneraban al varón santo, se juntaron y pidieron al P. Fr. Juan María les introdujese al cuarto del enfermo para que les diese la última bendición; hizolo así, por juzgar acreedora aquella devota

familia; y puestos de rodillas, los bendijo el siervo de Dios con la mayor humanidad y cariño. Lo restante de la mañana hasta mediodía pasó con suma tranquilidad de espíritu, como si estuviera en un profundísimo éxtasis. Poco después de mediodía pidió á sus compañeros la santa Unción; y conociendo era justa la petición, se la administraron, incorporándose para esto en la cama, venciendo la exorbitancia de su fervor los extremos de su flaqueza. Respondía con mucha devoción á las oraciones y preces de nuestra santa madre la Iglesia. Después de haber recibido este santo Sacramento tuvo una especie de raptó ó delirio que le duró una hora; volvió de él, y, vestido su rostro de una singular alegría, en que desmentía estar próxima la muerte, repetía con mucho gozo las palabras del Apóstol: *Cupio dissolvi, et esse cum Christo*. Y alternando con los dulcísimos nombres de Jesús y de María, en que hallaba mucho consuelo, se iba acercando á su dichoso fin. Faltábale ya el aliento para hablar; y haciendo señas á su compañero el P. Fr. Juan María, le dijo: «Ahora, Padre mío, necesito de vuestra ayuda». Empezó luego á exhortarle, repitiendo los dulcísimos nombres de Jesús y de María, como se lo había pedido

el enfermo; y compuestas en modo religioso las manos, fijando en una imagen de Cristo crucificado los ojos, los volvió á bajar, como para un dulce sueño; y de allí á poco, sin movimiento alguno violento y con la mayor quietud, como si fuera un dulce raptó, entregó su espíritu al Señor al ponerse el sol, como lo había profetizado, el día 22 de Julio del año de 1619, á los sesenta años de edad y cuarenta y cinco de religión, día de santa María Magdalena y día mismo en que nació el año de 1559.

13. Murió, en fin, el amado de los pueblos Fr. Lorenzo de Brindis, General que fué de los Capuchinos, Embajador cerca de varios Príncipes de la Europa y dos veces de nuestro católico monarca Felipe III. Murió el Santo, el adorado de las gentes, el respetado de los Príncipes, el venerado de los Reyes, el temido de los malos, el consuelo de los buenos, el invencible en los ejércitos, el terror de los turcos, el azote de los herejes y confusión de los incrédulos. Murió el sacerdote más santo, el predicador más fervoroso, el escritor más sabio, el más instruido en divinas y humanas letras y el más versado en las lenguas. Murió el consejero de los Príncipes, el árbitro de los negocios más arduos, el obrador de mila-

gros. En fin, murió el Ministro más útil y provechoso que tuvo la Iglesia en aquellos tiempos, y para que por las señas exteriores podamos rastrear algo de aquel grande espíritu que animaba su cuerpo, pondremos, aunque en bosquejo, su retrato. Desde joven empezó á ser de corpulenta estatura, de suerte que, ya mayor, descollaba sobre todos en cualquiera concurso; su rostro, apacible y grave; el color era, por lo regular, entre blanco y encarnado, pero en los últimos años tiraba á pálido por el rigor de sus austeridades y continuos trabajos; sus ojos, negros, rasgados y majestuosos; la frente, despejada, el cabello negro, aunque, por su ancianidad, hacíase cano. Era cuasi calvo, pero con perfección; la barba, muy poblada y larga, entre cana y roja; la nariz, aguileña, proporcionada. Su complexión fué robusta; su lengua expedita, su voz sonora, su corazón generoso, su ingenio pronto, su discurso fundado, su entendimiento claro, su memoria sin igual, su comprensión fecunda, su juicio maduro, su accionar propísimo, su persuasiva grande. Por último, el natural y todo el exterior de Lorenzo era tan noble, que aun en su crecida ancianidad traía delineada en la perspectiva de su cuerpo toda la grandeza del

espíritu de un San Pablo, como afirmaba el obispo de Nola y queda dicho antes ¹. El candor de aquella alma desnuda de la simulación, del engaño y de la lisonja, era amable hechizo de quien le trataba; pero supo juntar con esta prenda una razón prudente, política y aun mañosamente advertida; y se pudo decir de este pasmo de la gracia lo que de Catón se celebraba: «Que ni de siete años era niño, ni de setenta viejo».

14. Quedó su venerable cadáver hermosísimo, manejable y flexible, desmintiendo en todas sus señales los estragos dolorosos de la muerte. Las lágrimas, sollozos y sentimientos de sus compañeros, y de los que se hallaron presentes, despertó la atención de su grande amigo D. Pedro de Toledo; y traspasado de dolor, rompiendo por el concurso se fué á abrazar con el Santo y estuvo un gran rato derramando lágrimas tiernísimas sobre su bendito rostro. Recuperado un poco, entre las cosas graves que se le ocurrieron y son precisas en estos lances, la mayor fué haber de dar cuenta al Rey sabiendo el gran sentimiento que había de causar en su majestad esta noticia; pero siendo inexcusable, vistiendo su semblante de una animosa aunque aparente valentía,

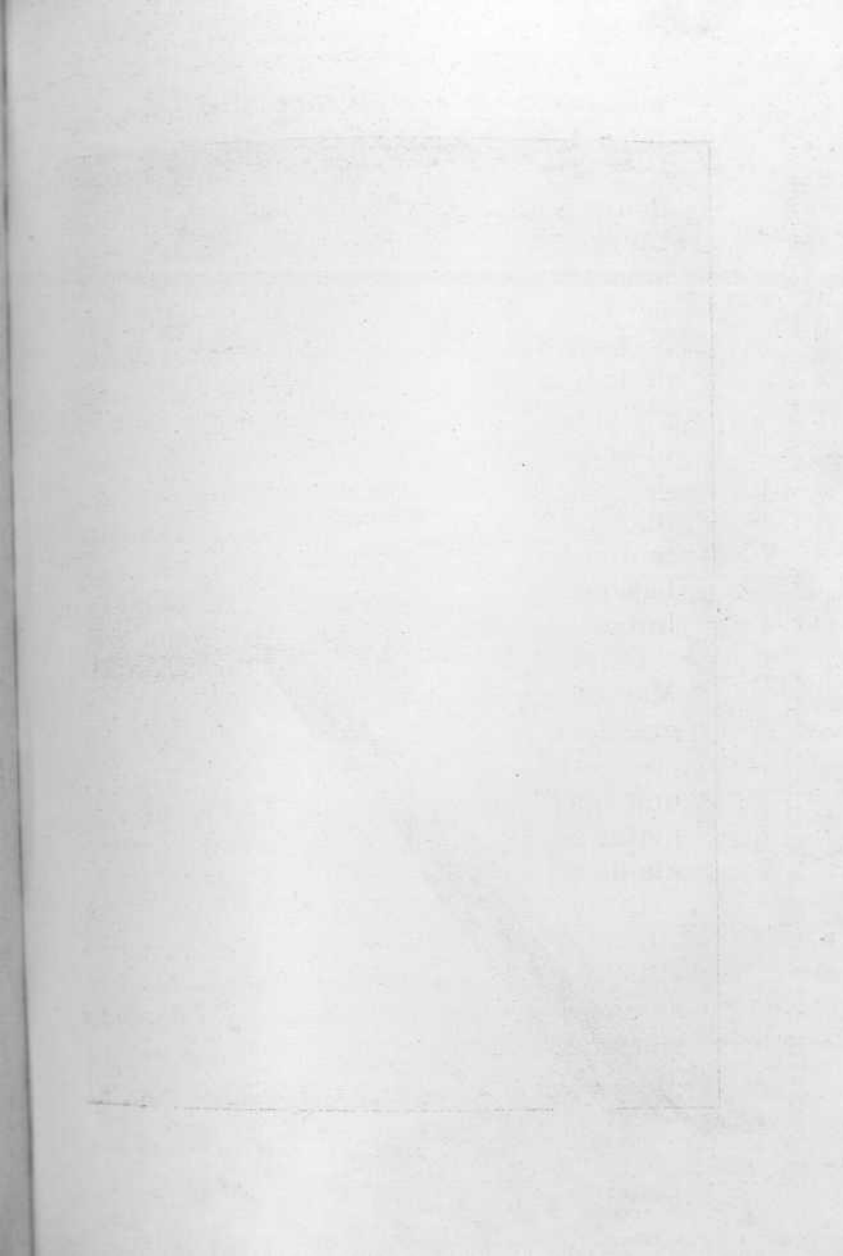
¹ Cap. 4, n. 10.

por no contristar más al Rey se fué á palacio y le dió cuenta á su majestad de lo sucedido, usando de aquellas cautelas prudentes que enseña la política cristiana. Fué tal el sentimiento que causó en el corazón amoroso del monarca, que sin poder contener las lágrimas se retiró á su oratorio, donde estuvo encerrado mucho tiempo llorando la muerte de su muy amado Embajador y fidelísimo consejero. Igual fué también el sentimiento de todas las personas reales, del ayo del príncipe D. Baltasar de Zúñiga y del conde Malvezi. En toda la corte se divulgó luego la muerte del santo Embajador, y fué grande la conmoción que hubo.

Corrieron de ceremonia al palacio del Marqués todos los Ministros, Embajadores, grandes y señores. Además de esto era tan crecido el concurso de toda clase de gentes que venían atraídos de su virtud, que, para evitar la confusión, fué preciso poner guardia de soldados ¹.

15. Pero no se contentaban con ver y aun adorar al varón santo: le iban cortando el hábito y venerables barbas por reliquia; de suerte que le hubieran dejado desnudo y acaso despedazado si el Marqués no hu-

¹ Suma, fol. 330.





COPIA DEL RETRATO DE SAN LORENZO

QUE HIZO SACAR EL MARQUÉS EN LISBOA EL DÍA DE SU MUERTE Y MANDO CON EL SANTO CUERPO A LA ANUNCIADA, DONDE HOY SE CONSERVA

biera tomado providencia de ponerle en parte donde le pudiesen ver sin tocarle; pero las alhajuelas que tenía á su uso fué preciso repartirlas. El Marqués se reservó para sí el Breviario y los anteojos; D. Baltasar de Zúñiga pudo conseguir el cordón y un pedacito del hábito; el conde Malvezi un canelón de las disciplinas y el vaso de barro con que bebía el varón santo, y un familiar suyo un pedazo del hábito y unos cabellos de la barba; las demás alhajuelas y despojos se repartieron entre otros señores que, con grande anhelo, las buscaban, quedando otros muchos desconsolados por no haberles tocado nada ¹. No descansaba el afecto y devoción del excelentísimo señor marqués de Villafranca para con su amantísimo Fr. Lorenzo; y no hallándose sin él, para templar su ausencia hizo llamar á los mejores pintores de Lisboa, y sacaron varios retratos de distintos tamaños; entre ellos sacaron dos casi de estatura regular: el uno se llevaron los compañeros del Santo y le colocaron en nuestro convento de la Concepción, de Génova, y el otro fué con el sagrado cuerpo al convento de la Anunciada, de monjas Franciscas Descalzas de Villafranca del Bierzo, como se

1 Suma, fol. 328 y 331.

dirá después ¹. Sacaron otros más pequeños, y el uno reservó para sí el excelentísimo señor marqués de Villafranca, y le tenía siempre á la cabecera de su cama, encomendándose en sus oraciones y valiéndose de su intercesión como si fuera ya santo. Otro retrato llevó siempre consigo su hijo el duque de Fernandina, D. García de Toledo; y en todas las batallas que dió y peligros en que se hallaba invocaba su patrocinio, poniendo su confianza en los méritos del varón santo, y salió siempre victorioso, como se lo había profetizado antes de morir.

16. Continuando el Excmo. Sr. D. Pedro de Toledo en obsequiar á su grande amigo, aunque ya difunto, el Santo Lorenzo, determinó embalsamarle. Llamó á don Juan Ortiz de Salazar, capitán de las galeras de España que estaban en aquel puerto, y le dijo que trajese los cirujanos de la ar-

1 Estos dos retratos se sacaron conforme estaba el varón santo muerto en el féretro, y son de un pincel excelente. El de Villafranca ha mandado su excelencia el Sr. D. José Álvarez de Toledo, marqués actual de Villafranca, traerle á Madrid con motivo de las fiestas de su beatificación, para sacar copias y grabar estampas. Los otros retratos pequeños los sacaron al vivo.

En Villafranca tiene un retrato pequeño la Sra. D.^a Teresa de Omaña, y da á entender ser de aquel tiempo: le he visto y está primorosamente pintado.

mada para embalsamar al varón santo; pero en atención á los muchos calores y haber pasado ya catorce horas de su muerte, se excusaron temiendo alguna corrupción. Llamaron á los cirujanos de Lisboa, y éstos, reconociendo el venerable cadáver y viéndole flexible y sin olor alguno desapacible, admitieron la operación. Hallábase presente el capitán Ortiz, quien no quiso apartarse del venerable cadáver; y empezando los cirujanos su obra, á la primera incisión que hicieron salió una fragancia tan suave y extraña, que admirados los cirujanos y todos los presentes no sabían qué hacerse, pareciéndoles que estaban en la gloria, ó que la gloria estaba en ellos. El capitán Ortiz, al ver este prodigio, fué corriendo lleno de gozo á avisar á D. Pedro de Toledo, que con los médicos estaba en otra pieza; pero avisados ya del mismo olor (de que se llenó de repente el palacio), iban buscando la causa de aquella tan rara maravilla ¹. Entraron en la sala donde estaba el venerable cadáver, y no pudiendo contenerse el afecto y devoción de D. Pedro de Toledo, se fué sin libertad entre suspiros y exclamaciones, y poniendo su cara sobre la del Santo Lorenzo, empezó á decir: *Padre*

1 Suma, fol. 334.

santo, padre santo, rogad á Dios por mí; y derramando lágrimas bañaba su divino rostro, sin saber apartarse de su amado. Fué preciso retirarse para acabar la operación, y, concluida, le pusieron en una caja toda cubierta de plomo.

CAPÍTULO XXII

Levántase un devoto litigio sobre quién ha de enterrar el sagrado cadáver, y el Excmo. Sr. D. Pedro de Toledo le envia á Villafranca del Bierzo con todo secreto; refiérense varios prodigios que con este motivo sucedieron.

COMO es apreciable la santidad lo es igualmente el sujeto en quien reside. Sabían todos la gran virtud y santidad del Santo Lorenzo, y por eso fué tan plausible la estimación que tuvo viviendo; y á esto se seguía como efecto necesario que aun después de muerto le había también de tener, pues no es despreciable la reliquia de un santo, y mucho menos todo el cuerpo. Con esta santa emulación de tener el de nuestro Santo Lorenzo se levantó un gran litigio sobre quién había de enterrar, é por mejor decir, poseer el venerable cadáver. La parroquia alegaba su incontrastable dere-

cho, pues aunque había sido religioso había muerto en su territorio, y los Capuchinos no tenían convento en Lisboa. Los reverendos Padres Observantes decían que les tocaba á ellos, por ser hijo de San Francisco y fraile menor, y por consiguiente debía enterrarse en su convento. La capilla real defendía que por el carácter de Embajador pertenecía sin la menor duda á la casa real como uno de los más nobles empleos que componen el palacio, de quien sólo dependen y de donde reciben todos sus privilegios, facultades y exenciones. Íbase encendiendo un fuerte litigio entre las partes, sin ceder ninguna de su pretendido derecho. ¡Cosa rara! ¡tanto anhelo por un cadáver! pero no es de admirar en nuestro Santo cadáver. Ninguna de las partes litigaba por interés ni derechos parroquiales, pues bien sabían que el difunto no tenía otro mayorazgo ni rentas que la pobreza santa. Todos pretendían tener consigo un gran tesoro. ¡Y qué dicha fuera tan grande tener hoy el cuerpo santo de nuestro Lorenzo! ¡Cómo se gloriaría Lisboa de tener consigo una alhaja tan preciosa! Sin duda lo tendría por un beneficio especialísimo del Señor, como lo tiene la afortunada y dichosa villa de Villafranca del Bierzo, gloriándose de po-

seer este tan rico tesoro llevado allí por providencia divina, como diremos ahora.

2. Era mucho el empeño y ardor con que defendían cada uno su partido, hasta temerse algún rompimiento infausto y peligroso. Reflexionando esto el excelentísimo Sr. D. Pedro de Toledo, y que (sin vanidad) se persuadía á que ninguno tenía más derecho que su excelencia, determinó decidir la controversia á su favor y cortar pleitos y quimeras. Hacia pocos años que su excelencia había fundado en Villafranca del Bierzo, capital de sus Estados, un célebre convento de Franciscas Descalzas bajo la advocación de la *Anunciada*, donde tenía una hija, religiosa de singular virtud, llamada D.^a María de Toledo, y en la religión Sor María de la Trinidad. Había su excelencia enriquecido este convento con singularísimas alhajas y preciosas reliquias, como veremos después, y ahora quiso darle la última perfección y que fuese por todo el orbe conocido y aún envidiado, enviando á su hija el sagrado cuerpo del Santo Lorenzo. Ocultó con el mayor cuidado su pensamiento y sólo se lo fió al Rey, pidiéndole licencia para ello. Alabó su majestad el intento, y luego inmediatamente, sin perder tiempo y con la mayor cautela, va-

liéndose de algunos criados de confianza, previno una litera; y poniendo en la caja donde estaba el sagrado cadáver uno de los retratos para que sirviese de seña y no se equivocase ó trocarse con otro, la selló con sus armas, y escribiendo á su hija una carta dispuso que con el silencio y quietud de la noche, sin luces ni estrépito saliesen de Lisboa y tomasen el camino de Villafranca del Bierzo. Encargó su excelencia la conducción de tan gran tesoro al capitán D. Juan Ortiz de Salazar, y éste la admitió con la mayor complacencia por la devoción que tenía al Santo. Tomó una pequeña escolta de soldados, ya para el decoro debido á un Embajador difunto, ya para seguridad y para precaver cualquier insulto.

3. Salieron la noche del día 23 de Julio, y con tanto disimulo, que aun los compañeros del siervo de Dios no lo supieron hasta después. Divulgóse al día siguiente el sagrado hurto del Marqués, y todos se alegraron y le dieron gracias, aun las partes interesadas, pues había cortado con tan prudente acción un litigio que sin duda hubiera sido muy ruidoso. Tardaron 17 días en llegar á Villafranca, distante de Lisboa 130 leguas, y de camino muy malo y mon-

tuoso; y aunque por esto y ser la estación cálida del tiempo alguno ha querido atribuirlo á prodigio, no somos tan ligeros en creer que no sepamos hasta dónde llegan las fuerzas humanas: no obstante, un libro manuscrito que se guarda en el archivo de esta provincia ¹, dice estas palabras: *Los prodigios que experimentaron en el viaje el Literero y criados que acompañaron el cuerpo, fueron muchos.* Lo mismo dicen los procesos de Villafranca ²; pero como no los refieren, nos han privado del gusto que tuviéramos en escribirlos. Antes de llegar el sagrado cuerpo á Villafranca se adelantó un soldado con la carta de su excelencia D. Pedro de Toledo para su hija D.^a María, y otras para algunos particulares. Entró por el camino de Vilela, y al llegar á la ermita que llaman del *Cristo de la Anunciada*, encontró allí al licenciado D. Pedro Mourin, cura de Santiago y después canónigo de la Colegiata; y preguntándole de dónde venía, respondió que de Lisboa; y diciéndole si conocía al marqués de Villafranca, respondió que sí y que era soldado suyo y venía acompañando el cuerpo de un santo Capuchino que su excelencia enviava á su hija,

1 Memorias históricas, tom. 1, fol. 133.

2 Proces. de Villafranca, año de 1630, fol. 15.

y que traía varias cartas del mayordomo de su excelencia Juan Adán; y sacándolas, halló que una era para el dicho Mourín, y decía así: «Amigo: No tengo tiempo más que para decir como va ahí el cuerpo del Santo Fr. Lorenzo de Brindis, que murió en casa de su excelencia con muy grande opinión de santo. Yo le tengo por tal, por haberme sucedido con él muy grandes cosas. D. Pedro de Toledo, mi señor, le tiene en tal reputación, y todos los que le conocen. El Pontífice le ha escrito tres ó cuatro veces dándole á entender lo mucho que le quiere y en la reputación que le tiene. Digo esto porque usted lo estime en mucho y ese lugar se tenga por dichoso; y así se puede decir de mi parte á su señoría. Lisboa 24 de Julio de 1619.— JUAN ADÁN ¹».

4. Lleno de gozo con tan buena noticia se fué acompañando al soldado hasta el convento de la Anunciada, y llamando á la hija de su excelencia recibió la carta de su padre, que decía: «Amada hija: No tengo don más precioso que enviarte que el que al presente te envío: este es el cuerpo santo del gran siervo de Dios Fr. Lorenzo de Brindis, General que fué de la Orden

¹ Proc. de Villafranca, año, de 1630.

•de Capuchinos. Él ha hecho muchos milagros durante la guerra que yo por orden de su majestad he sostenido contra los herejes ¹: él ha resucitado muertos, de lo que yo tengo seguros testimonios ². Te encomiendo mucho la veneración y que le recibas como á santo, etc. Lisboa 24 de Julio de 1619.— Tu padre, D. PEDRO.

Convocóse luego la comunidad llena de gozo, espiritual y se dispusieron para recibir al venerable cadáver. Llegó éste como entre siete y ocho de la tarde del día de su santo glorioso el mártir San Lorenzo ³; y

1 Los herejes de que habla la carta se cree sean los calvinistas, que militaban en el ejército del duque de Saboya.

2 De los muertos resucitados no tenemos otro testimonio que el dicho respetable de tan alto personaje.

3 Suelen conmemorar las Religiosas cada año esta venida con cantos del corazón como el que sigue:

I

Decidnos, Lorenzo Santo,
¿qué predilección sagrada
os atrajo á la Anunciada,
ó por qué nos amas tanto?...
Envueltos en luto y llanto
hermanos dejás, y amigos,
porque otros seres queridos
robaban tu afecto santo.

II

Unas pobres religiosas
del mundo casi ignoradas,
de sí mismas olvidadas,
mas de Jesucristo Esposas;
ellas ¡ay! las venturosas
que de Brindis son buscadas;
¡ellas las depositarias
de tus Reliquias preciosas!

III

En buenhora, imán querido,
llegasteis á esta morada;
¡dulce prenda regalada
en buenhora habéis venido!
Por tal fineza han latido
de amor nuestros corazones;
¡ay! que no nos abandones
dulce Padre, tierno amigo.

IV

De hinojos ante tus aras,
embargados de emociones
amorosos corazones,
almas á Dios consagradas,
¡míralas regocijadas
de tu dulce compañía,
¡no las dejes, no, algún día,
que son tus Hijas amadas!...

según consta de la deposición del duodécimo testigo en las informaciones y procesos que se formaron en Villafranca el año de 1677, al número 14, las mulas que traían la litera donde venía el venerable cadáver se vinieron ellas mismas con un paso más que regular y presuroso, sin guía alguna, al convento de la Anunciada; y llegando á la puerta empezaron á dar golpes y llamar con las manos sin cesar, hasta que abrieron. Estaban ya las Religiosas prevenidas, esperando con velas encendidas, cruz, incensario y demás insignias que se acostumbra en procesiones solemnes de santos; y tocando las campanas á vuelo entonaron con gran ternura el *Te Deum laudamus*, y le llevaron al panteón que había entonces en el coro bajo; y percibiendo un olor extraordinario le depositaron en un lucillo y lugar decente, poniendo un altar encima, y el Señor empezó á hacer desde luego prodigios por su siervo. Había una religiosa impedida de muchos meses, y movida de lo que se decía se hizo llevar al sepulcro del Santo, y aplicándola á él con mucha fe quedó sana instantáneamente. En el pueblo se divulgó luego la llegada del cuerpo santo, y concurrió una confusa aunque devota multitud al convento para

ver y adorar al santo Capuchino. Una mujer vecina de Villafranca se hallaba á los umbrales de la muerte y deshauciada de los médicos; al oír la fama de los milagros se encomendó muy de veras al Santo, y luego se puso buena ¹.

5. Ni faltaron señales prodigiosas y milagrosos anuncios de la venida del sagrado cuerpo. La víspera de San Lorenzo, entre siete y ocho de la tarde, estando el cielo nublado y obscuro se apareció un vistoso globo de luz á manera de granada, que, abriéndose de cuando en cuando, despedía unos hermosos rayos sobre el convento, dirigiendo su luz hacia el panteón. Admiradas las Religiosas de esta maravilla, que duró mucho tiempo, llamaron al confesor, y preguntando qué significaba aquella luz convino en que el Señor daba á entender algún prodigio; pero cuál era no se podía saber sin revelación divina. Pero á otro día que llegó á aquella misma hora el sagrado cuerpo, conocieron claramente que el globo de luz quiso significar aquel favor. Quiso también el cielo celebrar la llegada de aquel santo cuerpo, pues la noche que llegó, á las doce de la noche, cuando tocaban á maitines las Madres

1 Suma, fol. 324.

como tienen de costumbre, se tocó por sí misma por mucho tiempo la campana mayor de la Colegiata, llamando la atención de todos y despertando del sueño á los que dormían para que alabasen al Criador de todo, celebrando la venida del Santo en aquella hora en que las Religiosas tributaban este obsequio. Estos dos prodigios constan plenariamente en los procesos de Villafranca del año de 1630.

6. Pero no sólo en Villafranca sino también en Brindis, patria del varón santo, se vieron estos prodigios. Consta por testimonio auténtico del ilustre señor Arzobispo de Brindis, que la lámpara que ardía delante del Santísimo Sacramento en la iglesia de las Madres Capuchinas de Brindis, los nueve días antes de morir el Santo Lorenzo ardía con más vigor y daba mucha más luz que lo regular; pero aún más: en todos aquellos nueve días no fué necesario echar la aceite, pues nada se gastaba; ni fué necesario espabilarla en todo ese tiempo, pues no consumía el pábilo ni torcida. Pero aquí otro prodigio: el mismo día y hora en que murió el siervo de Dios se apagó por sí misma ésta lámpara. Continuaron las maravillas del Señor. Tres días después de su muerte, á la media noche (que sería la ho-

ra en que salía el sagrado cuerpo de Lisboa para Villafranca), vió D.^a Jacoba Leanza, señora principal de Brindis, con toda su familia y otros vecinos, una misteriosa hacha de fuego sobre el convento de Capuchinas, que despedía una luz tan hermosa y rara que iluminaba todo el convento, y al mismo tiempo veían en la puerta de la iglesia otras dos antorchas que brillaban como estrellas; vieron también que salían por las ventanas de la iglesia unos admirables rayos, como de un luciente sol. De todos estos prodigos hubo muchos y autorizados testigos, sobre lo que se hizo plenísima información.

7. Ni se puede omitir en la historia la noticia siguiente, de que tenemos auténtico testimonio ¹. Después que llegó el santo cadáver y abrieron la caja para sacar el retrato, hallaron que el hábito que traía estaba hecho pedazos, además de ser corto; y ya por esto, como también (y es lo más cierto) por devoción, sin reparar en los gravísimos inconvenientes que en ello pudiera haber, le quitaron el hábito Capuchino y le pusieron uno de Observante; y la hija de D. Pedro de Toledo guardó para sí el

¹ Tomo en folio manuscrito, título *Noticias al cronista*, fol. 182.

capucho mientras vivió y le tuvo como una reliquia, y con él obró muchos milagros. Lo restante del hábito le colocaron las Religiosas en una caja decente, envuelto en tafetanes, con muchas y ricas flores para llevar á los enfermos. Ha hecho muchos prodigios, como veremos después. De este hábito han dado muchos pedazos por reliquia; y vivo y viviré siempre agradecido á esta santa comunidad por haberme tocado también parte de esta reliquia, la que conservo como un precioso tesoro. Aún tienen las Madres gran parte de éste hábito, que he tenido en mis manos con mucho consuelo espiritual. Los inconvenientes gravísimos que pudieron seguirse de la mutación de hábito, cualquiera con mediana luz los podrá conocer; pues aunque el hábito de Observante es hábito de San Francisco, es seráfico, es venerable, y por todos respetos apreciable, no es hábito Capuchino, ni el que se usa entre ellos para distinguirlos de los reverendos Padres Observantes y Descalzos; y así, si por autoridad apostólica ú ordinaria se hubiera registrado el sagrado cuerpo (como es regular cuando se promueven las causas de la beatificación), y se hubiera hallado, no con hábito Capuchino, sino de Observante, sin duda

hubiera causado una gran confusión y atraso notabilísimo en su causa, ó se hubiera puesto perpetuo silencio; pues todos saben con qué madurez, peso y delicadeza procede en estas cosas la silla apostólica. Remedióse este yerro con la venida de los compañeros del Santo Lorenzo y providencias sabias que se tomaron después, como veremos más adelante.

8. Entre las cartas que trajo el soldado de que hemos hecho mención, trajo una, aunque no dice la historia para quién, y la copia á la letra uno de los escritores de la vida de nuestro Santo, y dice así ¹: «Amigo y señor: Las novedades que ocurren son tantas, que falta el tiempo para explicarlas; pero diré algo. Habiendo fallecido en casa del excelentísimo señor mi señor don Pedro de Toledo un religioso santo Capuchino que vino como Embajador del reino de Nápoles, son tantos los prodigios que ha obrado así en vida como en muerte, que los Padres Claustrales y Observantes formaron litigio con otros sobre quién había de enterrarlo en su iglesia; y mi señor D. Pedro de Toledo, por haber sido tan amigo suyo, ha dispuesto embalsa-

¹ Fr. Matías de Marquina en los fragmentos que había formado para la vida del siervo de Dios, fol. 311.

•marle y remitirle en una litera con gran
•cautela, acompañado de soldados y gente
•que lo lleven á esa villa para entregar á
•su hija D.^a Maria de Toledo, monja de la
•Anunciada. Dichoso convento mil veces
•y dichosa villa, pues logra un cuerpo tan
•santo; bien puede venerarle y adorarle
•como á tal, pues todos le aclamaban en
•vida como á santo por los muchos mila-
•gros que ha obrado, y yo soy testigo de al-
•gunos. Y así doy á V. y á toda Villafranca
•el parabién de tan grande fortuna. El san-
•to se llama Fr. Lorenzo de Brindis, Gene-
•ral que fué de los Capuchinos». Hasta aquí
el contexto de la carta. Ya se deja conocer
la conmoción grande que haría esta nove-
dad, no sólo en Villafranca, sino también
en los pueblos circunvecinos; pero dejemos
ya como en depósito á nuestro Santo Lo-
renzo entre tan santas Religiosas, y volva-
mos á Lisboa con el mismo acompaña-
miento.

9. Después que los soldados y demás
acompañamiento descansaron se pusieron
en camino para Lisboa, y luego que llegaron
los recibió el Marqués con mucho agrado y
le contaron á su excelencia muy por menor
cuanto habia ocurrido en el camino, los
prodigios que habia obrado en Villafranca

y cómo quedaba todo el pueblo conmovido y aun toda la tierra; se alegró infinito su excelencia, renovando su afecto y devoción al varón santo. Fué luego á palacio y dió parte á su majestad de todo, que lo celebró mucho y no fué poco lo que templó el sentimiento de la muerte del varón santo, que aún duraba en su noble corazón. También los compañeros del siervo de Dios se alegraron y conocieron que aun después de muerto influía con su virtud para finalizar los asuntos de su embajada, pues de allí á pocos días que murió el Santo Lorenzo los llamó el Rey á palacio, y mostrando lo mucho que había sentido la falta del varón santo, les aseguró que daría prontamente las órdenes para que en todo se cumpliese el fin de su venida á España; pues le bastaba á su majestad para obrar con toda seguridad de conciencia el que se lo hubiese propuesto un hombre tan docto y tan santo. Ofrecióles su majestad con el mayor afecto el socorro de sus necesidades, ó cualquiera otra cosa que necesitasen. Dieron gracias á su majestad los compañeros y, besándole la mano, se despidieron con muestras de agradecimiento.

10. Eran tantos los empeños de las personas principales de la corte, ya portugue-

ses, ya castellanos, que á porfia buscaban las reliquias del Santo, que los compañeros tuvieron que distribuir todas las alhajuelas que tenía para su uso, sin quedar con alguna para su consuelo. Se hallaban muy afligidos cuando, por una rara casualidad (ó llamémosla providencia del Altísimo), supieron cómo el corazón del varón santo le habían enterrado con los despojos cuando embalsamaron su cuerpo. Dieron parte á su excelencia el Sr. D. Pedro de Toledo, y, alegrándose con la noticia, facilitó las licencias necesarias, y yendo los compañeros á la iglesia sacaron los despojos del sepulcro y con ellos el noble y sagrado corazón del Santo Lorenzo, tan frescú y sin corrupción como si se acabara de sacar del cuerpo; y no sólo esto, sino que, pensando, como era regular, tuviesen mal olor aquellos despojos, salía una especial fragancia que causó singular consuelo y devoción á todos los presentes. Quisieron llevarse los despojos por reliquias, pero no lo permitieron los compañeros; no obstante, un correo genovés, llamado Manfredino, quitó ocultamente un pedazo y le guardó por reliquia, con el cual hizo después muchos prodigios en Italia ¹. Alegres los religiosos con aquel

1 Suma, fol. 323.

rico tesoro del corazón del varón santo, le llevaron á su excelencia, y, notando su extraordinaria grandeza, alabó al Señor que había depositado en él cosas tan grandes, y que para esto no bastaba la magnitud regular de un corazón humano. Mandóle embalsamar y dividir en tres partes ((como previnieron los compañeros), se reservó su excelencia para sí un pedacito, y las tres partes las entregó á los Padres; y después que se volvieron á Italia una la dieron al serenísimo señor duque de Baviera, la otra colocaron en nuestro convento de Venecia, y la tercera en el convento de Madres Capuchinas de Brindis.

11. Después que los Padres compañeros recogieron los papeles y cosas pertenecientes al oficio y carácter de Embajador, junto con la cruz que traía consigo el varón santo y le había dado el serenísimo señor duque de Baviera para que después se colocase en el convento de Madres Capuchinas de Brindis que su alteza había fundado, fueron á despedirse del Rey nuestro señor para irse á sus provincias de Italia. Su majestad los recibió con singular benevolencia y agrado, y les dijo que tenía muchos deseos de mostrar su devoción y afecto; y que mirasen si necesitaban alguna cosa, que luego

mandaría socorrerlos; y que si querian enviaria orden á los corregidores de los lugares de su tránsito para que les atendiesen y socorriesen en cuanto necesitasen, como también á los comandantes de los puertos para que les facilitasen embarcación cómoda hasta su destino. Dieron gracias á su majestad, y le dijeron que al presente no tenían necesidad alguna; y que en adelante confiaban en la Providencia divina les socorrería como hasta allí. Besaron la mano á su majestad y se despidieron con la mayor sumisión y reverencia. Hecho esto se despidieron también de todos los grandes, ministros y demás señores de la corte, dándoles gracias por la estimación que habían hecho de su venerable Padre. Faltaba despedirse del excelentísimo señor D. Pedro de Toledo, de su hijo D. García de Toledo y de sus familiares, á quien tanto debían por la gran caridad y esmero con que habían asistido al varón santo. Conocían el sentimiento que había de causar á su excelencia y á toda la familia; pero siendo inexcusable le dieron parte de su designio, y que era su ánimo ir á Villafranca á visitar á su santo Padre y tomar su bendición para pasar á Italia. Dejo á la consideración de los prudentes cuánto sería el desconsuelo

de D. Pedro de Toledo al ver se ausentaban aquellos Padres y se quedaba solo sin tan santa compañía. «Padres míos (les dijo): sobre el gusto grande que he tenido en haberos hospedado en mi casa, me será de mucha complacencia el poderos servir ahora en el socorro de vuestras necesidades. Decidme con toda confianza: ¿qué puedo yo hacer para mostrar mi afecto? No os detengáis: pedidme, que en ello recibiré un gran gusto. Y si vais á Villafranca visitad á mi hija, que yo la escribiré para que en mi nombre os atienda y que nada os falte. Acordaos de mí cuando visitéis al santo P. Brindis, y señalad mi sepultura junto á la suya, pues allí me tengo de enterrar. Quisiera acompañaros y ver á mi amado Padre Fr. Lorenzo; pero por ahora es imposible. Id con Dios, y perdonad el que no se os haya atendido como merecéis». No pudo proseguir de sentimiento, y repitiendo las gracias los compañeros, salieron de su palacio para emprender su viaje.

12. Pero antes que nosotros salgamos de Lisboa es preciso referir algunos pasajes propios de este lugar. Como era tan piadoso y timorato nuestro católico Monarca, y tenía en tan gran concepto al Santo Loren-

zo. consta de los historiadores, tomándolo de los procesos ¹, que en las audiencias que tuvo el varón santo con el Rey éste trataba con Lorenzo, no sólo los negocios de la embajada, sino también las cosas de su conciencia; y se sabe que el siervo de Dios le fué previniendo con dulzura y prudencia para la muerte, que en lo mejor de su edad le esperaba; y así fué, pues murió de cuarenta y dos años. También es cierto que, durante la enfermedad, D. Pedro de Toledo tuvo de orden del Rey varias consultas á solas con el varón santo, y que de resultas de ellas iba á palacio con frecuencia. Consta también de los procesos de Villafranca ², por deposición de la gran sierva de Dios D.^a María de Toledo, que oyó decir á su padre que estando el Santo Lorenzo para morir, llamó á su excelencia, y dándole una carta le encargó la pusiese en manos del Rey, porque le importaba mucho. Así lo hizo, y esta carta se halló después que murió el Rey en un escritorio de su gabinete, y leyéndola (como se hace en estos lances con todos los papeles) se halló que el Santo Lorenzo le decía en ella, después de varios consejos, cómo su majestad moriría dentro

¹ Suma, fol. 357. ² Proceso de Villafranca, año de 1630, fol. 30. It. Marquina, fol. 282.

de dos años, y que en el mismo año moriría el pontífice Paulo V, como se verificó, pues los dos Soberanos murieron el año de 1621, dos años después que murió el varón santo. Esta carta la vieron y leyeron el conde de Miranda, el duque de Feria y otros muchos señores que quedaron admirados viendo cumplido cuanto predijo el siervo de Dios, pues el Pontífice había ya muerto aquel mismo año á 28 de Enero. Hizose público en palacio y aun en toda la corte, alabando al Señor y confirmándose más y más en el concepto que habían formado de la virtud del varón santo. Lo cierto es que este piadoso Monarca, aunque su vida fué siempre muy ajustada y edificativa, fué mucho más desde que trató con el Santo Lorenzo en esta segunda embajada; de suerte que en la corte todos lo conocían, aunque ignoraban la causa. También refiere un autor grave ¹ que el Santo Lorenzo, después de muerto, se le apareció muchas veces al rey Felipe III, exhortándole á la virtud y al perfecto cumplimiento de sus obligaciones. Á la vuelta de Portugal enfermó el Rey en Casarrubios del Monte, por el mes de Octubre de 1619: agravóse tanto la enfermedad, que todos pensaron era la última;

¹ Marquina en sus fragmentos, fol. 318.

llevó la villa de Madrid el cuerpo de San Isidro con real y devota magnificencia, y como aún no se había cumplido el término de la profecía del varón santo, mejoró el Rey y se puso en camino para Madrid; y llegado el tiempo señalado por el Señor y revelado á su siervo, murió en Madrid á 31 de Marzo de 1621, siendo de edad de cuarenta y dos años, faltando á España, y aun al mundo todo, un Rey, el más justo, el más piadoso, el más amado de sus vasallos, el más obediente á la silla apostólica y el más ejemplar y edificativo. Le asistió á su muerte el Guardián de los Capuchinos del Pardo, cuyo convento había fundado su majestad. El año antes de morir el Rey aparecieron en el cielo dos terribles cometas, á un mismo tiempo de color blanco, obscuro y nebuloso, con una punta de color encendido y ceniciento: duraron muchos días, y su figura era como de una palma. Dió mucho en que entender á los sabios; pero cuando vieron las dos muertes del Sumo Pontífice y del Rey, se inclinaron á que era esta su significación.

13. Volvamos ya á los compañeros del siervo de Dios, Fr. Juan María de Monteforte y Fr. Jerónimo de Casalbano. Después que se hubieron despedido de su gran bien-

hechor el Excmo. Sr. D. Pedro de Toledo, se pusieron en camino para Villafranca del Bierzo, á pie y sin más provisión que la que acompaña siempre á todos los Capuchinos, que es la divina providencia. Fiados de ésta llegaron á Villafranca, y encaminándose á la iglesia de la Anunciada hallaron el sepulcro de su bendito Padre adornado con unos dísticos que en alabanza suya había compuesto el Rvdo. P. Fr. Sebastián de la Parra, monje Bernardo del real Monasterio de Carracedo. Leyeron el epitafio sepulcral que le habían puesto, y decía así: «Yace en esta urna sepultado el siervo de Dios y venerable P. Fr. Lorenzo de Brindis, Capuchino. Fué General de su religión, martillo de los herejes, confusión de los infieles y enemigos de la Iglesia: de raras y excelentes virtudes, insigne en vida y muerte por prodigios y milagros. Murió en Lisboa el 22 de Julio del año de 1619, y á los setenta y dos de su edad, en casa del excelentísimo Sr. D. Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, y su excelencia envió su cuerpo á este convento y se puso en esta urna el 10 de Agosto de 1619». Vieron también algunos votos que pendían de las paredes, testigos y pregoneros públicos de los prodigios que había obrado.

Oyeron las maravillas de la luz que se había aparecido: la campana que se había tocado, con otros mil prodigios que había obrado: todo esto les llamó la atención, y les llenó de gozo espiritual; pero les causó gran sentimiento lo que les dijeron las Madres de haberle quitado el hábito Capuchino y haberle puesto el de Observante. Afearon este yerro, y encomendaron á la hija del Marqués que, cuanto antes, buscasen un hábito Capuchino para ponérsele; y no contentos con eso, cuando llegaron á Italia lo dijeron al general Fr. Juan María de Noto, y éste escribió al punto al provincial de esta de Castilla (cuyo original conservamos) mandándole que indague con el mayor cuidado y cautela si se ha enmendado este yerro; y que de no haberlo hecho envíe dos religiosos de conocida industria para que, tomada declaración de cuánto había pasado, le vistan el hábito Capuchino, y que al mismo tiempo se informen de los milagros que hubiere obrado; y en la misma carta remite la instrucción para todo ello.

14. Salieron, pues, de Villafranca, habiéndose despedido de su bendito Padre, aunque dejando allí sus corazones; y tomando el camino para Italia llegaron á Ro-

ma é informaron al reverendísimo Padre General de todo lo ocurrido: después tomaron la bendición para cumplir con los encargos del varón santo, y partieron á Brindis á llevar la prodigiosa cruz, obradora de tantas maravillas; pero en Bari enfermó el P. Fr. Jerónimo de Casalbono y, no pudiendo proseguir el viaje, continuó solo el P. Fr. Juan Maria; pero sabiéndolo en Brindis le salieron á recibir con solemne pompa y general procesión, asistiendo la ciudad, el cabildo con todo el clero, y su Arzobispo: el cual, tomando en sus manos la cruz, la llevó en procesión hasta el convento de las Madres Capuchinas; y habiéndola dado á adorar á los circunstantes, la colocó su ilustrísima entre las demás reliquias. Esta cruz era bastante grande, y tenía tierra del Calvario teñida con la sangre de nuestro Redentor Jesucristo; también tenía otras reliquias, y entre ellas una de San Lorenzo, Mártir, que estimaba mucho. Colocaron también parte del corazón del varón santo. Gloríase, pues, este convento de tener las preciosas reliquias de un tan gran santo. Faltaba el último encargo, que era ir á Baviera; y no reparando el P. Fr. Juan María, ni en los trabajos pasados, ni en los muchos que le faltaban que padecer, como

fiel compañero tomó el camino y fué recibido del duque Maximiliano con singulares demostraciones de afecto y reverencia. Deseaba mucho su alteza saber de su amado y venerado amigo el Santo Lorenzo; pues aunque había oído cosas grandes quería saberlas con más fundamento. Satisfizo plenamente á sus deseos; y preguntando si traía alguna reliquia del varón santo, le dijo que le traía parte de su corazón. Al oír esto, lleno de lágrimas de devoción lo recibió de rodillas, y aplicándole á sus labios le daba tiernísimos ósculos, regándole con sus lágrimas. Díjole también que, estando para morir el Santo Lorenzo, le había confiado algunas cosas secretas que decirle. Retiróse luego á su oratorio, y puesto de rodillas y las manos juntas, estuvo aquel soberano con la mayor devoción oyendo las palabras y consejos que Dios le enviaba por su siervo. Tal era la estimación que hacía de este admirable varón. Tuvo su alteza al P. Fr. Juan Maria en su compañía muchos días, ya para que descansara de tantos trabajos padecidos en viaje tan dilatado, ya para hablar más despacio de su venerable Brindis, cuya memoria recreaba en gran manera á este piadoso y devoto Príncipe. Nosotros, dejando estas

conversaciones, que aunque santas serán sin duda muy largas, pasemos á hacer brevemente algunas reflexiones críticas sobre la historia de nuestro Santo Lorenzo.

15. Vimos ya con admiración bastante que el día de su oriente natural fué el mismo que el de su natural ocaso, teniendo sólo un día en este mundo; y ahora veremos, con no menos misterio, un día mismo el de su espiritual cuna y sepulcro. Día fué de San Lorenzo, su amantísimo abogado, cuando fué recibido en Villafranca entre sus seráficas hermanas; día fué en que el glorioso mártir español Lorenzo voló desde Italia al cielo; y en este día, volando antes desde España al cielo, el ilustre confesor Lorenzo colocó sus cenizas en el relicario más precioso. Ni carece de misterio haberse detenido su profesión hasta la víspera de la Anunciación de Nuestra Señora, de cuyo sagrado misterio era devotísimo; ser fundador de esta provincia de Capuchinos de las dos Castillas, á quien se le puso el título de la Encarnación ó Anunciación, y últimamente descansar sus reliquias en el sagrado convento de la Anunciación de Nuestra Señora, ó Nuestra Señora de la Anunciada. Es también digno de notar que después de una serie rara de sucesos, después

de haber viajado nuestro Lorenzo por tantas regiones y provincias de la Europa, haya venido su sagrado cuerpo á descansar en España; y á la verdad, en esto se acredita que hasta después de muerto fué fidelísimo vasallo del rey de España. Nació el siervo de Dios en Brindis, vasallo del Rey católico por ser Estados de la corona: murió en Lisboa, dominios que también eran del rey de España; pero no quiso el varón santo quedarse ni en Brindis ni en Lisboa, porque sabía que Calabria donde nació, y Portugal, donde murió, se habian de separar después de la corona de España; y así quiso venirse á Castilla, para dar á entender que aun después de muerto quería ser vasallo fiel del Rey católico de las Españas. Tengan, pues, sagrada envidia á los españoles los demás reinos y naciones, por tener consigo tan apreciables reliquias. También los demás Capuchinos de la Orden pueden tener envidia á esta santa provincia de Castilla, por tener en ella tan sagradas reliquias; pero se puede responder que ningún reino tiene tanto derecho como España, por haber nacido bajo de su dominio; ni ninguna provincia de la Orden puede alegar mayor derecho que la de la Encarnación de Castilla, por haber sido su fundador y Padre. Pero si

acá tenemos el sagrado cuerpo del Santo Lorenzo, su patrocinio y amparo se extiende á los demás reinos, naciones y provincias; pues como bizarro español, franquea liberalmente sus favores á todos, sin exceptuar á ninguno, como veremos tratando de los milagros después de muerto y de las apariciones que vamos á referir.

CAPÍTULO XXIII

Apariciones del Santo Lorenzo de Brindis después de su dichosa muerte.

DESEANDO los religiosos de Venecia retratar al varón santo, después que supieron su feliz tránsito llamaron á un pintor diestro, y dándole todas las señas de su rostro y estatura los religiosos que le habian conocido, nunca pudo sacar un retrato parecido al original. Cansado de trabajar sin fruto se retiró á su casa, y deseando complacer á los Padres se encomendó muy de veras al varón santo, suplicando le diese luces para retratarle. Estando durmiendo se le apareció el siervo de Dios, y después de haberle visto muy despacio y con la mayor atención, desapareció; y á la mañana se fué al convento, y tomando el pincel, gobernado por aquellas especies vivas que te-

nia, en poco tiempo sacó un retrato tan parecido, que no tuvieron que poner falta los mismos religiosos que le habían tratado y conocido, con asombro de todos¹. Por este milagroso retrato se han sacado otros muchos que hay en Roma y en otras ciudades de Italia.

2. Hallábase molestado de una terrible tentación Fr. Tomás de Bérgamo, Capuchino, pareciéndole que ya estaba condenado al infierno; y apareciéndosele el varón santo le libró de la tentación. Pondremos sus palabras como están en los procesos²:
•Yo (dice) he conocido al P. Fr. Lorenzo
•de Brindis ya ha muchos años en Venecia,
•siendo Guardián, y también le traté y conocí en Baviera y en otras partes; y por
•haber visto en él una vida santísima y
•ejemplar, me encomendé á su intercesión
•en una molestísima tentación que por muchos años he padecido, de que estaba condenado al infierno. Hallándome yo un día
•de rodillas delante del Santísimo Sacramento muy afligido de la tentación, invoqué muy de veras al varón santo, y luego
•le vi á mi lado; y postrado á sus pies, le dije: ¡Oh Padre! ¿Estáis en el cielo? Y él
•me respondió: Sí, hijo: Y yo le repliqué:

1 Suma, fol. núm. 336.

2 Suma, fol. 338.

»¿Qué será de mí, Padre mío, que me parece
»ce estoy ya condenado para siempre? No,
»hijo, me respondió; no dudes de tu salva-
»ción, no dudes; y repitiendo estas palabras
»hasta tres veces, desapareció, dejándome
»muy consolado y con una alegría espiri-
»tual muy grande».

3. Estando enfermo de hidropesía en la ciudad de Vicenza Fr. Felipe de Custodia, compañero que había sido algunos años del varón santo, en una ocasión que se hallaba sumamente afligido de la sed y fatigado del humor hidrópico, acudió al patrocinio del Santo Lorenzo y dijo estas palabras ¹, según consta de los procesos: «¡Oh amado Padre Brindis! bien sabéis que os he servido en esta vida y os he acompañado en muchas jornadas: ahora me valgo de vuestro patrocinio y os pido, por la gran devoción que tuviste á María Santísima, me quitéis esta sed, y si me conviene dadme entera salud. En medio de mi fatiga (continúa), me quedé un poco transportado y vi al siervo de Dios cómo andaba en esta vida: y aplicándome á mis labios una ampolla de agua muy cristalina y fría, diciendo: Hijo, bebe, me parece que bebi de ello con mucho consuelo; y despertando

1 Proc., de Vicencia, fol. 32.

con una grande alegría, me hallé sano y bueno¹.

4. En el año de 1625 Juan Bautista Mongo, noble milanés, se hallaba con todos los Sacramentos esperando la última hora. Era su mujer muy devota del varón santo, y poniendo una estampa suya sobre la cabeza del enfermo puesta de rodillas, rogaba con muchas lágrimas por la salud de su marido; y de allí á poco vió el enfermo sobre la cama una hermosa y resplandeciente nubecilla, y encima al Santo Lorenzo; y parándose sobre el enfermo fué éste recobrando poco á poco sus sentidos, y volviendo en sí como de un profundo sueño, vió las lágrimas de su mujer, oyó sus ruegos, y tomando la estampa en sus manos, dijo: *Este es, este es el que ha venido á verme y me ha puesto bueno*; y así se verificó, pues de allí á poco se levantó de la cama sano y robusto¹.

5. Otro caso semejante á este sucedió en Venecia. Estaba ya agonizando y con todos los Sacramentos Eugenia Muti: tenía esta señora un hijo Capuchino y la dijo se encomendase muy de veras al P. Brindis, que estaba haciendo muchos prodigios; hizolo así la enferma con aquel corto

¹ Proc. de Milán, fol. 18.

aliento que su angustiado espíritu la permitía. Quedóse dormida un rato, y vió á un Capuchino de un aspecto muy venerable y majestuoso, pero afable y cariñoso. Recibió con su vista un gran consuelo, pensando fuese algún ángel en hábito Capuchino; y volviendo en sí se halló enteramente restablecida, con admiración de todos. Contó el suceso, y trayendo una estampa de Brindis, llena de gozo, empezó á decir á voces: «Este es el Padre que he visto: este es el que me ha sanado»; y toda absorta y como fuera de sí, decía: «Santo Padre. no me dejéis tan presto: volved, volved otra vez á visitarme, y consolad mi espíritu con vuestra santa presencia». Quedó sana y muy devota del varón santo, á quien debía la salud.

6. El caso que se sigue, aunque autenticado y presentado á la sagrada congregación, es posterior á los procesos que citamos en esta obra; pero le trae un historiador moderno¹, y es como sigue: El año de 1722 yacía enferma muy de peligro una religiosa Dominica en el convento de Porto Mauricio, ribera de Génova, sin haber medicina eficaz para tanto mal. Estaban las Religiosas leyendo entonces la vida

1 Marquina, fol. 318.

del varón santo, y viendo tantos prodigios como obraba dijeron á la enferma se encomendase á él con mucha fe: alentó su espíritu, y hallándose una noche más afligida de su mal, invocó al siervo de Dios con muchas veras, y apareciéndosela como estaba en el mundo, la dijo: «Levántate y da gracias á Dios, que ya estás buena». Hizo así, levantóse dando gritos y diciendo: «Milagro, milagro; el P. Brindis me ha sanado». Era media noche, y aturdiditas las Religiosas, se levantaron, y viéndola buena y sana dieron gracias á Dios; y preguntándola las señas del P. Brindis las cotejaron con su estampa, vieron eran las mismas que decía la religiosa y con este prodigio se extendió mucho la devoción en aquel santo convento.

7. Omitimos otras muchas apariciones del varón santo, como las que hizo al rey Felipe III, como queda dicho en el capítulo antecedente, núm. 11, y las que hizo en Villafranca en el convento de la Anunciada y veremos después ¹.

¹ Cap. 26, núm. 18.

CAPÍTULO XXIV

Milagros que obro el Santo Lorenzo de Brindis después de su muerte.

LA sensible pérdida en que incurrió la Europa y casi todo el mundo, y mucho más nuestra religión con la muerte del Santo Lorenzo, se reparó con los beneficios y gracias que por su intercesión consiguieron los que se valieron de ella; y así le podemos, no sin proporción, comparar á aquel excelso árbol que vió Nabuco en la profecía de Daniel ¹. Llegaba á tocar con la copa al cielo, y extendido en vistosas ramas hacia sombra á toda la tierra. Era deleite de los ojos el verdor de sus hojas, y sustento de todos los animales que le buscaban el fruto, que en incansable fertilidad producía. Comían con música los que se sentaban á esta fecunda mesa, causándola suave al oído las canoras aves que hacían asiento en la amenidad que ofrecían, ya las hojas, ya los frutos. Pero como en este mundo y desgraciada luz no tienen las fortunas ni plenitud ni seguridad, toda esta aparente hermosura que atraía y recreaba

¹ *Daniel*, 4, 9.

las atenciones mundanas se desvaneció en un instante; porque al imperio de una suprema voz se atrevió la segur al tronco, á las ramas la división, á las hojas la marchitez, y á todo el árbol una fatal y sensible ruina, que causó no común dolor al monarca idólatra que en interna representación la consideraba. Una circunstancia fué de consuelo: que de la misma voz de que se originó la ruina del árbol nació la advertencia de que se conservase un renuevo de sus raíces. No puede haber más propia estampa del célebre y esclarecido varón cuyos heroicos hechos, cuyas admirables virtudes acabamos de referir. Fué su vida árbol elevado y fecundo que extendió en casi todo el orbe las ramas de sus virtudes, doctrina y ejemplo, cuando, siendo Ministro General, se comunicó á todas las provincias de la religión en la ocasión de visitarlas y consolarlas con su presencia, y cuando en la ocupación de Legado, no una sóla vez ejercida, buscó al Emperador, Reyes y Príncipes de la Europa. Apacentó aves, brutos y fieras en la predicación de la palabra divina (que es sustento del alma) dirigida á los religiosos católicos, á los herejes y á los hebreos. Destroncóse este árbol cuando exhaló el Santo Lo-

renzo el último espíritu, y sus ramas se dividieron cuando, hecho partes su corazón, se colocaron en España, Italia y Alemania. ¿Y cuál fué el renuevo que se conservó de los rigores de la guadaña? La gracia de hacer milagros que el Señor concedió á sus venerables reliquias para manifestar la gloria de su siervo. Y para que no crezca su relación con embarazo inmenso de los lectores, referiremos sólo los más principales.

2. En Brindis, Flaminio Orlandino padecía una ardiente y maligna fiebre, que y pocas accesiones le privó de juicio, llevándole á la muerte con acelerado paso su loco frenesí. Aplicáronle á la cabeza, donde con mayor violencia reinaba el daño, un pedazo del tafetán en que había estado envuelto el corazón del varón santo, y de allí á poco se halló restituído á su antigua salud.

3. Dos mujeres en Nápoles, llamada la una María Corda y la otra Cenobia Siniscalca, se hallaron en peligro de muerte por la dificultad de unos recios partos: ambas, invocando al varón santo y ciñéndose una cuerda suya, salieron de peligro con entera felicidad. Otras muchas en semejantes críticas circunstancias, que omitimos de in-

tento, consiguieron igual felicidad, ó invocando al Santo Lorenzo, ó aplicándose alguna de sus reliquias, como del manto, hábito ó lienzo en que, diciendo Misa, habían recogido las lágrimas.

4. Una esclava de Baldina, napolitana, por nombre Lucrecia, padeciendo en la garganta una apostema, y con ella un impedimento total de poder comer y beber, iba caminando presurosa al sepulcro. Aplicóle su ama un lienzo que había servido en la Misa para recoger las lágrimas, y al punto, como si fuera una sutil lanceta, abrió sin dolor alguno la apostema, y, saliendo una porción grande de materias corrompidas, quedó la esclava libre y sin fatiga alguna, con que sanó brevemente.

5. Andrea Rispoli, niña de tierna edad, se hallaba en Nápoles tan impedida de pies y manos, que ni aun arrastrando podía ir de un lugar á otro. Lastimados los padres de aquella infeliz niña, la encomendaron con mucha fe al Santo Lorenzo; y aplicando á la enferma uno de los lienzos ó pañuelos referidos, quedó sana y buena.

6. Juan Bautista de Nigris, noble veneciano, se hallaba desahuciado de los médicos de una pulmonía mortal; pero acordándose el enfermo que tenía un pedacito del

hábito del Santo Lorenzo, le echó en agua, y bebiéndola con mucha fe cobró salud y se puso bueno con asombro de los médicos y de todos los asistentes, que pensaban se moría sin remedio. Concibió el enfermo por esta experiencia tal veneración á esta reliquia, que nunca la quiso apartar de sí, buscando en ella con mayor seguridad el alivio de sus males todos que los troyanos en su paladio.

7. Juan Bautista Eustoquio se hallaba ya recibidos todos los santos Sacramentos, y tan á las puertas de la muerte que no le faltaba más que exhalar el último aliento. Conociendo su afligida madre que todavía respiraba el enfermo, le aplicó uno de los referidos lienzos, exhortándole á que confiase en la intercesión del santo varón; y luego, al contacto de aquella venerable reliquia, se retiró la muerte y quedó sin fuerzas el mal.

8. Jerónimo Triulci, milanés, se hallaba sin esperanza de salud con una calentura inflamatoria. El médico, conociendo el peligro, le dijo se dispusiese para la eternidad. Hizolo así, y, recibidos los Sacramentos, esperaba aquella última y tremenda hora. Un amigo suyo, oyendo decir los muchos milagros que obraba el siervo

de Dios, le llevó una estampa suya, y luego que la vió el enfermo concibió en sí una esperanza grande de sanar. Rezóle como pudo un Padre nuestro y un Ave María, y luego se sintió bueno y pidió los vestidos para levantarse de la cama. Vino el médico y, atribuyéndolo á delirio, no se lo permitió; dijo le diesen de refrescar un vaso de agua de nieve para templar la cabeza, y el enfermo respondió que se lo bebiese él, que lo que le convenía era un buen vaso de vino para recobrar las fuerzas perdidas. El médico, confirmándose en el concepto del delirio, se despidió muy enfadado, diciéndole que no volvería á visitarle, pues no quería obedecer. *Desde luego* (replicó el enfermo) *vaya usted con Dios, que yo no le necesito; y si usted gusta dígame á qué hora podré ir hoy á su casa á pagarle las visitas.* Volvió la espalda el médico amostazado, y se fué lleno de impaciencia. El enfermo, que conocía la mejoría, se vistió, comió y salió de casa á sus diligencias; pero antes quiso cumplir su palabra y fué á visitar al médico, el que quedó pasmado de lo que veía.

9. Hallándose en Munich de Baviera el P. Fr. Juan María de Monteforte, compañero que fué del Santo Lorenzo y de quien hemos hablado varias veces, acome-

tióle de repente un intensísimo dolor de cabeza que le duró muchos días, el cual le hizo salir por la nariz un pedazo de carne que los facultativos llaman *pólipo*, cuya curación es arriesgadísima. Juntáronse los mejores cirujanos por orden del duque de Baviera, que estimaba al Padre, y determinaron hacer la operación de cortarla, aunque con mucho peligro, y para esto señalaron el día siguiente. Pasó la noche el doliente acordándose de su santo compañero, y pidiéndole con mucha instancia le sacase bien de aquel peligro; echó en un vaso de agua un poco de lienzo que había servido al varón santo en el altar, y habiéndolo bebido se quedó dormido y despertó bueno y sano.

10. En un convento de monjas Clarisas de la ciudad de Agnone, en la provincia del Abruzo, guardan como especialísima reliquia un manto del Santo Lorenzo, con tal virtud, que aplicado al enfermo si no suda luego muere sin remedio; pero si suda, infaliblemente sana. Es tan notorio este prodigio que no hay quien lo ignore: como que se está experimentando todos los días dentro y fuera del convento. Dos solos casos referiremos, modernos, que comprueban esta virtud. Sor Dorotea, monja profesora

del dicho convento, enfermó gravemente el año de 1757. Aconsejaronla que se aplicase el manto del Santo Lorenzo; pero llena de miedo, acaso por no hallar el fallo de su muerte, no quería; mas agravándose la enfermedad, la desahucieron los médicos. Viéndose ya en este estado permitió que se le aplicasen, y luego empezó á sudar y quedó sana. Lo mismo, y en iguales circunstancias, sucedió á Sor Clorinda el año de 1762. Fuera del convento experimentó el mismo favor D. Vicente Saboli, vecino de Agnone. Se hallaba desahuciado de los médicos, sus miembros fríos y ya casi cadavérico. Así pasó dos días con admiración de todos. Aplicáronle el manto y luego se conoció algún calor, y poco á poco fué rompiendo en sudor, con que se puso bueno. Omitimos otros muchos milagros que obró el Señor por su siervo en Venecia, en Milán, en Vicenza, en Borna-Regia, en Verona, en Borgo-Desio, en Génova, en Viena, en Praga, en Cracovia y otras muchas ciudades de Italia y de Alemania, y viniendo á nuestra España formaremos el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XXV

Milagros que ha obrado el siervo de Dios en Villafrauca del Bierzo, donde está su sagrado cuerpo.

S¹ hubiésemos de escribir esta historia sólo para los incrédulos y libertinos de estos tiempos, bastarían (y aún sobrarían) los milagros referidos en el capítulo antecedente, pues su poca (ó ninguna) religión gradúa esta materia tan santa por torpe fanatismo. Todo lo atribuyen á causas naturales, sin atender que hay ciertísimamente causas sobrenaturales. No podemos asegurar que los milagros que hemos referido ahora y referiremos después sean de aquellos que se merezcan un aserto infalible y cierto, pues esto toca á nuestra Santa Madre la Iglesia; pero las circunstancias todas de pedir con una gran confianza, de humillarse con devoción, de reconocer la suprema potestad del Señor, la intercesión y mérito del santo por quien se pide, todo esto inclina suavemente al corazón católicamente piadoso á creer sin violencia que aquel fué favor especial del cielo. Pero ¿qué prueba nos darán los filósofos críticos de estos tiempos para persuadir que fué todo efecto natural? Será, acaso, su impiedad y su

irreligión. Pero nos arguyen con nuestros mismos principios, y dicen en tono de desprecio: ¿Qué credulidad se merecen los milagros tan decantados en las vidas y procesos de los santos, cuando de doscientos que se suelen presentar para la beatificación de algún santo apenas aprueba la Iglesia uno ó dos? Luego los otros, ni son milagros, ni merecen el honor de referirlos. Este discurso, tan falaz como impio, se desvanece fácilmente con decir que la Iglesia nuestra Madre, cuando aprueba uno ó dos milagros entre muchos, no desaprueba los demás; que es decir: *Este y este son milagros*, sin meterse en los otros. Pero aun cuando los desaprobara, es decir, que faltasen aquellas pruebas que son necesarias para calificarlos por milagros, como testigos, informaciones, etc., sucede muchas veces ser un gran milagro, y aun acaso mayor que los aprobados; y por no haber testigos que depongan, ó si los hubo, no se practicaron las diligencias necesarias, ó si las practicaron no fué con toda aquella formalidad que se pide para que nuestra madre la Iglesia lo apruebe, pues saben todos con cuánto rigor se procede en esta materia, por eso no se califica por milagro, no porque no lo sea.

2. Dicen también estos impíos que no viene al caso referir los milagros en las vidas de los santos; pues los milagros no son otra cosa que gracias que el Señor hace por sus siervos y no obras suyas, y más cuando los milagros son después de su muerte. Á este argumento se responde fácilmente diciendo que si se habla de los milagros que hacen los santos en vida, es falso decir que no son obras suyas, antes bien son obras de las más gloriosas é ilustres que hacen mediante la gracia divina, pues tocan en la raya de sobrenaturales. Si se habla de los milagros después de su muerte, son también obras suyas, no corporales sino (digámoslo así) espirituales: son obras de su influjo, son efecto de lo que obra para con Dios su patrocinio. Y son tan necesarios los milagros después de la muerte para que la santa Iglesia beatifique á alguno, que sin ellos nunca permitiría culto público á ninguno, por más santo que hubiese sido. Muy poco acreditarían la santidad del siervo fiel los milagros que hizo en vida, si después de su muerte hubieran cesado sus prodigios; pues á lo más servirían para acreditar su vida prodigiosa, no su muerte santa; porque la humana fragilidad es tanta, que suele desbaratar en un momento los trabajos y glorias de muchos

años, sin que sea tan cierta la proporción entre el vivir y morir que no hayamos visto morir mal al que había vivido bien; aunque, al contrario, pocas veces se ve morir bien al que siempre vivió mal. Por esta razón nuestra Madre la Santa Iglesia, para beatificar á alguno, no tanto busca milagros hechos en vida como obrados después de su muerte, que testifiquen su feliz tránsito y qué está en la gloria. Y, en fin, siguiendo el método de todos los que han escrito vidas de santos, como San Gregorio, San Isidoro, Beda y otros, referiremos, no todos sino algunos de los muchos milagros que ha obrado el varón santo en Villafranca del Bierzo, pues no es justo privar á los devotos y bien intencionados de lección tan útil y provechosa en que hallan sus almas mucha suavidad y consuelo, con que se aficionan, no sólo al Santo, sino á ser santos. Digan los incrédulos lo que quieran, pues de sus dichos hemos de hacer poco caso.

3. En varios tiempos se han formado procesos en Villafranca del Bierzo, por autoridad apostólica y ordinaria, sobre el culto y milagros del Santo Lorenzo de Brindis: los primeros fueron el año de 1630; los segundos el de 1677, y los últimos el año

de 1724. De estos procesos hay copias auténticas en el archivo de esta santa provincia de Castilla, de donde sacaremos lo que dijéremos en este capítulo sin citar el año ni folio por no confundir al lector con repetidas citas, procurando ser breve en todo. También hay en este archivo unas informaciones firmadas por veinticuatro Religiosas del santo convento de la Anunciada, con su abadesa Sor Margarita María de la Cruz, en que se refieren varios milagros del siervo de Dios, y de ellos diremos algunos, omitiendo otros, y esto con la mayor brevedad.

4. Sor María de la Cruz, siendo novicia, quedó baldada y ciega por mucho tiempo, por cuyo motivo las Religiosas no querían darla el voto para la profesión. En este desconsuelo, llena de fe, se encomendó muy de veras al varón santo, y pidiendo su hábito se abrazó luego con él; y quedándose dormida le dió un sudor copiosísimo, y al fin de él se halló de repente sana y buena; profesó y fué una gran religiosa.

5. Sor Inés de Jesús se desconcertó una mano, sin poder hacer cosa alguna con ella; aplicáronla varios remedios, pero en vano. Acudió al patrocinio de *su santo* (que así le llamaban y le han llamado siempre

en aquella santa comunidad), y atándose á la mano un pedacito del hábito, de allí á poco sintió como un humor vago que circulaba por ella, y pasado esto se sintió con la mano fuerte y sana.

6. Á Sor Isabel de San Pedro le dió un temblor grande en un brazo, con veheméntisimos dolores. Pasó muchos días con increíble pena, sin hallar alivio en las medicinas, hasta que encomendándose muy de veras al varón santo y metiendo el brazo en la manga de su hábito, se quedó dormida y despertó sana y sin dolores.

7. Sor Antonia de San Juan Bautista hacía muchos meses que padecía unas cuartanas, no sólo molestas, sino tan malignas que no la permitían un rato de descanso, ni aun levantarse de la cama por breve tiempo. Un día que se hallaba más affligida pidió al Santo le concediese el alivio solamente de poder visitar su sepulcro, contentándose sólo con esto; pero la liberalidad de los santos, que no son escasos con sus devotos, le concedió el Santo Lorenzo, no sólo lo que pedía sino mucho más, pues apenas hizo su oferta cuando se sintió mejorada: bajó á visitar el sepulcro del Santo, y, pidiéndole la salud, se halló de repente sana y buena.

8. Continúa aquí la información ya citada, y va refiriendo varios casos y prodigios obrados con diversos sujetos; pero, dejándolos para adelante, pondremos sólo algunos otros prodigios que ha obrado el Señor por su siervo con las mismas Religiosas de la Anunciada, para no interrumpir la historia y constan en los otros procesos.

9. Sor María Josefa de la Concepción, siendo refitolera, subiendo una banasta de vidriado de Talavera á una alacena muy alta cayó de espaldas con ella, y llamando en su ayuda al siervo de Dios, dijo: *Valedme, Padre santo*; y vió luego su patrocinio, porque pensando se había roto la cabeza ó algún brazo ó pierna, y hecho pedazos el vidriado todo, se halló sin lesión alguna ni haberse quebrado un plato ni escudilla, con admiración de todas.

10. Sor María Francisca del Sacramento tenía un flujo de sangre, sin hallar remedio en la medicina. Llegó á tal extremo que parecía iba á expirar, y su figura era un cadáver yerto y sin espíritu. Visitando un día entre otros el sepulcro del Santo, sacando un suspiro de lo íntimo de su afligido corazón, dijo: *Santo mio, ¿qué es esto? Á todos oís y favorecéis, y á mí sola me dejáis?* Al decir esto sintió una novedad grande en su

cuerpo y en su espíritu una extraordinaria alegría, anuncio, sin duda, de su perfecta sanidad; porque de allí adelante no padeció más aquella enfermedad, y en breves días recuperó las fuerzas, mudando de color y aspecto.

11. Sor Isabel de Santo Domingo se hallaba muy enferma de un accidente de perlesía, y encomendándola al santo las demás Religiosas, porque ella no podía por su debilidad, cobró salud perfecta.

12. Sor Pascuala de San Diego sanó de unas tercianas malignas invocando al santo varón.

13. Cierta religiosa del mismo convento de la Anunciada, cuyo nombre calla la historia, hallándose combatida de una tentación vehementísima sin hallar remedio en lo humano, acudió al divino por los ruegos del Santo Lorenzo, y le halló pronto y huyeron las tentaciones. Á otras muchas religiosas ha sucedido lo mismo.

14. Ni sólo con las antiguas se ha mostrado benéfico y liberal el siervo de Dios, sino también con las que hoy viven, de que sólo referiré dos casos. Sor Ana María de San José, que aún vive, siendo novicia, estando en la cocina atizando el fuego, se le metió un ascua encendida por el ojo de-

recho. Con el dolor tan grande que recibió, sin libertad ni saber lo que se hacía, apretó con la mano los carbones encendidos, de suerte que se abrasó el ojo y tenía el pellejo tostado y arrugado todo. Hallóse presente Sor Catalina de Santa Rosa, muy devota del Santo Lorenzo, y tomando á la novicia de la mano la llevó á su sepulcro; y haciendo oración sintió mejoría; y aunque por algunos días tuvo bastantes dolores, quedó sana perfectamente y sin lesión alguna. En otra ocasión esta misma religiosa, pesando en un peso de garfios, se soltó lo que pesaba, y teniendo al otro lado una pesa de media arroba, se levantó el peso de repente y se le entró el garfio por el ojo izquierdo, cogiendo las dos pestañas de arriba abajo y saliendo el garfio por encima de la ceja. Empezó á gritar con el dolor que se deja discurrir, llamando en su ayuda al Padre Brindis. Acudieron á los gritos las Religiosas, y, pasmadas de lo que veían, no sabían qué hacerse. Entonces la paciente con un valor admirable, llena de fe, tiró del garfio, y pensando salía el ojo con él, puso la mano y cayó una sola gota de sangre; y aplicándola una reliquia del santo hábito quedó sin dolor alguno ni lesión en el ojo, y sólo una señal de color morado en las he-

ridas, que se desvaneció con el tiempo. Y así esta religiosa debe los dos ojos al siervo de Dios. He oído referir este caso á la misma religiosa delante de la santa comunidad, y he visto el garfio que atravesó el ojo. No habrá quien no diga que este fué un prodigio grande y de aquellos que merecen la primera atención; pero no habiendo hecho aquellas diligencias que se requieren para su aprobación, se ha quedado, como otros muchos de su clase, sin merecer más fe que la humana.

15. Otro prodigio (ó muchos prodigios en uno) ha obrado el siervo de Dios con otra religiosa que aún vive, y por estar revestido de raras y exquisitas circunstancias me ha parecido ponerle aquí. Estando D.^a Paula González, vecina de Villafranca, con dolores de parto y en mucho peligro, envió á un criado al convento de la Anunciada para que la encomendasen á Dios. Respondió la tornera, Sor Isabel Teresa de San Diego, religiosa de singular virtud, que no temiese, que pariría una niña sin riesgo alguno. Fuése el criado y volvió poco después diciendo que su ama estaba ya fuera de peligro, y que había parido un niño muy hermoso. *Tú me engañas* (replicó la tornera); *no es niño, sino niña; y se ha de llamar Cla-*

ra; y ha de ser monja en este convento. Aturdido el criado contó lo referido y vieron que era niña. La pusieron Clara de Cancelada; y siendo ya de edad suficiente, la llevaron sus padres al convento de Bernardas de San Miguel de las Dueñas para que se criase bajo la dirección de una religiosa; y aficionándose al instituto determinó tomar el santo hábito; pero estando todo preparado se descompuso, y sacándola sus padres la trajeron á Villafranca; pero con tal aversión á ser religiosa de la Anunciada, que aun pasar por junto al convento no quería, ni aun mirarle. Dióse á las vanidades del siglo, y viéndola inclinada al matrimonio intentaron casarla con un caballero; y estando todo dispuesto, se desarregló. Lleváronla á Astorga al convento de Franciscas de Sancti Spiritus, donde estuvo de secular; y habiéndola dado una enfermedad, después que sanó de ella la sacaron sus padres y la llevaron á un lugar cerca de Villafranca, llamado Carracedelo, aunque sin ninguna inclinación al estado religioso. Los que sabían la profecía de Sor Isabel Teresa, al ver tantas inconsecuencias, desconfiaban de ella; pero decía con la certeza que tenía de la verdad: *No se cansen, que ha de ser monja de la Anunciada: ella vendrá.* En Carracedelo la

dieron unas cuartanas malignas; y no habiendo otro remedio, su madre la aplicó con mucha fe un pedacito del hábito del Santo Lorenzo, y rezando un Padre nuestro y un Ave María arrojó un gran vómito de materias pestíferas con que sanó, y nunca le han vuelto las tercianas. Con este favor recibido por intercesión del Santo Lorenzo concibió también un deseo grande de ser religiosa en la Anunciada y vivir agradecida al Santo. Recelando sus padres fuese alguna veleidad como las antecedentes, no querían darla crédito; pero viendo su constancia determinaron hacer las diligencias, aunque con alguna desconfianza. Escribieron una carta á la Abadesa de la Anunciada, suplicando recibiesen á su hija Clara, que lo pedía con mucha instancia. Á este tiempo vieron las Religiosas una nube de extraordinaria hermosura sobre el convento, y Sor Isabel dijo: *Esta es mi Clarita, que viene á ser monja*. Al otro día llegó el propio con la carta, y, habiéndola recibido, profesó con el nombre de Sor Clara del Santísimo Sacramento; y hoy vive, y se lo he oído contar delante de la santa comunidad.

16. Pero el milagro más famoso fué el el que hizo el varón santo con la sierva de Dios y venerable Sra. D.^a Maria de Toledo,

librándola de las garras de la muerte, como diremos después ¹. También se tiene por milagro, que habiéndose inundado de agua el panteón y demás oficinas bajas del convento el año de 1715, por una gran tempestad que hubo, y habiéndose levantado y desquiciado las tarimas que hay alrededor de dicho panteón, que son pesadimas, una mesa donde estaba la caja del cuerpo del siervo de Dios con un San Juan pequeño encima (todo de poco peso), se mantuvo firme é inmóvil al ímpetu furioso de las crecidas corrientes. También pertenece aquí los favores que el Santo Lorenzo ha hecho con esta su comunidad de la Anunciada, apareciéndose en los dormitorios echando la bendición á las religiosas, y en otra ocasión defendiendo la clausura, como se dirá después ². Ahora referiremos algunos prodigios que ha obrado el Señor por intercesión de su siervo con los vecinos de Villafranca.

17. D. Antonio de Armesto y Valcarce vecino de Villafranca, tenía un brazo tan hinchado y expuesto á una gangrena, que, no hallando los facultativos otro remedio, le prepararon para cortársele. Afligido el doliente pidió el hábito del P. Brindis, y

1 Cap. 26, n. 14.

2 Cap. 26, n. 18.

aplicándosele al brazo enfermo con mucha fe se quedó dormido, y despertando como á la media noche se halló bueno y sano, y empezó á gritar: *Milagro, milagro.*

18. María Pérez, vecina de Villafranca, tenía un niño de dos años muy enfermo y ya para expirar, sin haber tomado alimento en muchos días. Acudió al patrocinio del varón santo, llevó al niño al convento de la Anunciada y pidió á la tornera le llevase al sepulcro del santo, para que le diese salud ó le despenase. Hizolo la tornera en compañía de otras religiosas, y poniéndole sobre el sepulcro del Santo Lorenzo hicieron oración; y empezando á hacer extremos el niño, pensaron que expiraba; pero, reparando, le vieron mudar el color y pasar de muerte á vida; trajéronle algún alimento y al punto empezó á comer, con señales ciertas de estar bueno; entregáronselo á su madre y se llamó el *Niño del Milagro.*

19. Sor Agustina de San Juan, religiosa Francisca en el convento de la Concepción de Villafranca, se hallaba muy mala de una vena rota y se iba desangrando sin haber remedio; pidió el hábito del siervo de Dios, y besándole con mucha veneración se le aplicó á la vena rota y luego se detu-

vo la sangre, y en breve se recuperó de su debilidad y se puso buena.

20. D. Fernando de los Ríos, presbítero, vecino de Villafranca, hacía muchos años que padecía muy recios dolores de gota en los pies sin hallar alivio. Un día en que se hallaba más afligido y atormentado, hizo que le aplicasen al pie un pedacito del hábito del siervo de Dios, y luego inmediatamente cesaron los dolores. No dicen los procesos si sanó de raíz de aquel accidente incurable, ó si fué sólo alivio por entonces. Es de creer que el beneficio fuese cumplido, y que como el varón santo padeció tanto de esta cruel enfermedad, se compadecería de su devoto y le curaría enteramente.

21. D. Alonso Yáñez y Abaunza, vecino de Villafranca, hallándose con un dolor de costado, desahuciado de los médicos, que aseguraban no llegaría á las tres de la tarde, pidió le trajesen el hábito del siervo de Dios; y habiéndole besado con mucha devoción le puso sobre la cama, y á las tres horas le faltó la calentura y se halló bueno y sano, con admiración de todos. Igual beneficio recibió en otra enfermedad de tabardillo D.^a María Díaz de Guitán, vecina de Villafranca. Trajéronla el santo hábito y de allí á poco se quedó dormida; estuvo

durmiendo tres días continuos, y sólo la despertaban para darla alguna sustancia, volviendo á quedarse dormida; y al cabo de los tres días despertó buena y se vistió como si no hubiera tenido enfermedad alguna.

22. D. José Flórez, vecino de Castro de Valde-Orras, teniendo toda su familia enferma, que se componía de siete hijos, y juntamente él y su mujer también enfermos, no hallando para tantos males remedio en la tierra, acudió al cielo; y haciendo todos los enfermos una humilde deprecación al Santo Lorenzo, escribió dicho don José á la madre Sor María Antonia del Nacimiento, maestra que era de novicias en la Anunciada, suplicándola le enviase alguna reliquia del siervo de Dios: al ver tan urgente necesidad le envió un pedacito del milagroso hábito, y echándole en agua y bebida por los enfermos con mucha fé, fué medicina eficaz para todos.

23. Un joven natural de Villafranca y vecino de Ponferrada, llamado Antonio de Robles, fué un año en romería á Santiago de Galicia; y para que todo le sucediese bien llevaba consigo un pedacito del santo hábito guardado en una bolsita como una preciosa reliquia, con lo que iba muy con-

fiado. Llegó á un río que iba muy crecido; para pasar había unas vigas estrechas; estando ya al medio del puente cayó al río en lo más rápido de sus corrientes, y viéndose en tan gran peligro se encomendó al siervo de Dios, diciendo: *Santo P. Brindis, valedme*. Al decir esto sintió que le cogieron de la mano y le sacaron de entre las garras de la muerte al otro lado del río, sin ver á nadie. Dió gracias á Dios en su bienhechor el P. Brindis, y quedó mucho más devoto que antes. Continuando su camino llegó á un lugar, y hospedándose en casa de una pobre mujer que tenía un hijo de siete años poseído del demonio, que le maltrataba mucho y con frecuencia y le tenía casi todo el cuerpo baldado, díjole el peregrino á la mujer que traía una reliquia especial de un santo Capuchino que estaba obrando muchos prodigios en Villafranca y otras partes. Rogóle la mujer se la aplicase á su hijo; y movido de compasión el peregrino, sacó la bolsita en que estaba la reliquia y se la puso al cuello. Pero ¡oh prodigio! al punto aquel infeliz, mudando el color pálido en denegrido, con manchas de sanguinolenta rabia, empezó á bramar, enfurecido, el espíritu infernal; y meneando la cabeza descompasadamente, decía: *Qui-*

¡Quítame este cencerro; quítame este cencerro. Y viendo que no le quitaban la bolsita de la reliquia, haciendo un ruido muy asombroso arrojó la criatura al suelo (aunque sin lesión) y bajó precipitado á los abismos. Quedó libre de huésped tan molesto y también quedó sano del cuerpo, quitándose el impedimento y contracción de miembros que tenía. Para más seguridad quedó con la reliquia al cuello hasta la vuelta del peregrino. Este volvió á su tiempo, y, pidiendo su reliquia, le dijo la buena mujer: «Eso, no; no saldrá de mi poder la reliquia mientras yo viviere; pedid lo que queráis; pero la reliquia, eso, no». Condolido el peregrino de los ruegos de la pobre mujer, se la dejó con la esperanza de adquirir otra. Omíto otros muchos milagros que refieren los ya citados procesos con que ha acreditado el Santo Lorenzo su patrocinio para con los vecinos de Villafranca. Ni se ha amenorado este benéfico patrocinio del santo; antes bien crece cada día más con la devoción de los fieles. En este año, hallándonos en Villafranca, con motivo de su beatificación, á la extracción de las reliquias, contaron varios prodigios. Á uno que padecía un flujo de sangre por las narices, aplicándole un poco del hábito, sanó luego. Á otro

curó de una llaga envejecida, aplicando también el hábito. Con el tafetán en que han estado las sagradas reliquias y los despojos de su santo sepulcro que se han repartido entre los fieles, se experimentan cada dia muchos beneficios, así en Villafranca como en otros lugares circunvecinos. Pero habiendo hablado tanto de Villafranca, por ser el feliz depósito de tan venerables reliquias y el teatro más glorioso de milagros y maravillas, es preciso y como de justicia decir algo de su situación, con algunas otras noticias pertenecientes á la historia.

CAPÍTULO XXVI

Breve noticia de la villa de Villafranca del Bierzo y su provincia. Fundación del convento de la Anunciada, donde está el cuerpo del Santo Lorenzo de Brindis, con un compendio de la admirable vida de la sierva de Dios D.^a Maria de Toledo, á quien envió el cuerpo desde Lisboa D. Pedro de Toledo, su padre, y devoción grande que esta sierva de Dios tuvo al varón santo.

VILLAFRANCA, llamada del *Bierzo* por ser la villa más principal de toda esta dilatada provincia, pertenece al reino de León. Es población antigua y capital del dominio y marquesado de Villafranca, que hoy está

unido con los Estados de los duques de Alba. Su situación es un valle profundo cercado de elevadísimos cerros; la bañan dos copiosos y cristalinos ríos llamados *Burbia y Valcarce*, abundantes en regaladas truchas y delicadas anguilas. Se compone la villa de quinientos vecinos; hay familias muy antiguas y nobles, títulos y señores de vasallos. Tiene una insigne iglesia colegiata con suficiente número de dignidades y canónigos, prebendados y otros ministros para el mejor servicio del culto divino. Este cabildo lo preside un abad mitrado, dignidad principal en aquella iglesia, con jurisdicción exenta y otras regalías; es patronato de los excelentísimos señores marqueses de Villafrauca, con el derecho de presentar *in solidum* la abadía y prebendas. Hay tres parroquias, que son: *Santa Catalina*, en la iglesia colegiata, *Santiago y San Nicolás*. Hay un convento de reverendos PP. Observantes de nuestro padre San Francisco, perteneciente á la apostólica provincia de Santiago; había también un colegio de Jesuítas. Hay un buen hospital; tres conventos de religiosas, que son: *San José*, de Agustinas Recoletas, que viven, como en todas partes, con mucha observancia y santidad. *La Concepción*, convento antiguo y de suma veneración, sujeto

á la Orden Seráfica, y el de la *Anunciada*, de Franciscas Descalzas, sujeto también á la Orden, y en éste se veneran las sagradas reliquias de nuestro héroe. Hay también un magnífico palacio y fortaleza con armas y artillería, que domina á la villa, haciendo frente á las entradas de Portugal por el camino único de Galicia; tiene buenos jardines y vistosa huerta; fué habitación antigua de los excelentísimos señores marqueses de Villafranca.

2. El clima es benigno y sano, más frío que cálido; abunda en aguas cristalinas y dulces, y en ricas y sazonadas verduras y hortalizas; produce frutas de todos géneros, muy delicadas; se coge mucho vino, no de la mejor calidad, pero sano. Hay buenas y corpulentas olivas que dan aceite exquisito, aunque en corta cantidad por falta de industria y aplicación en los naturales. La cosecha de granos es corta; pero del trigo, que llaman seduendo ó tremesino, se hace el pan más excelente que puede apetecerse. Lo que más admira es ver aquellas altas montañas matizadas, no sólo de silvestres arbustos, sino también de inmensa variedad de corpulentos nogales, copudos castaños, vistosos avellanos y verdes morenas, formando todo una vista muy agrada-

ble y hermosa. Se cria también entre estos montes y profundos valles todo género de caza mayor y menor.

3. Esta es una breve descripción del clima y feraz suelo de Villafranca, depósito sagrado de las reliquias de nuestro Santo; y esta misma pintura se puede acomodar casi á toda la provincia del Bierzo y á todas sus poblaciones, pues es, sin duda (aunque la emulación lo contradiga), la tierra más abundante, fecunda y hermosa de toda Castilla; ni he hallado con quién compararla de cuanto he visto en una gran parte de las Indias en la nueva España. *Pero esta gran abundancia (dice un historiador moderno) ¹ parece que empobrece el terreno, pues teniendo junto cuanto pudiera enriquecer á un reino, viven los habitantes pobremente en tierras de las más ricas, por no ser de genio laborioso, poco dados al trabajo y menos al comercio.* El que quiera las noticias de la extensión y confines del Bierzo, lea al Rvdmo. Flórez en el lugar citado.

4. En esta insigne villa (para acercarnos á nuestro intento) fundó, por los años de 1608, el santo convento de Franciscas Descalzas de Santa Clara, con la advocación de Nuestra Señora de la Anunciación, lla-

1 Flórez, España Sagrada, tomo 16, trat. 56, cap. 4.

mada vulgarmente Anunciada, el excelentísimo señor D. Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, por complacer á su hija doña María de Toledo, que en la religión se llamó Sor María de la Santísima Trinidad. La ejemplar vida de esta gran sierva de Dios está impresa en el tercer tomo de la crónica seráfica de la santa y apostólica provincia de Santiago, de reverendos PP. Observantes, compuesta por el reverendo P. Juan Antonio Domínguez ¹; y de esta crónica y de varios manuscritos que he leído y conservan originales las madres de la Anunciada, he tomado lo que iré diciendo. La sierva de Dios D.^a María de Toledo fué hija de los Excmos. Sres. don Pedro de Toledo y D.^a Elvira de Mendoza, marqueses de Villafranca; nació en Nápoles á 10 de Enero del año 1581, hallándose sus padres en el gobierno de aquellos Estados por el rey católico de las Españas, Felipe II. Dotóla el cielo de todas aquellas prendas naturales y sobrenaturales que hacen á una criatura apreciable á Dios, á los ángeles y á los hombres, adornando su bendita alma con aquellas dotes con que el Señor parece que escoge á los suyos desde la más tierna edad. Era agraciada, hermosísima en

1 Lib. 3, cap. 28.

extremo y de elegante estatura, cuyas prendas conservó toda su vida, como se ve en una copia ú original de esta sierva de Dios que he visto y se conserva en dicho convento de la Anunciada; su genio era afable y cariñoso; su trato dulce, pero grave y majestuoso. Desde niña se inclinó á todo lo bueno y dió á entender lo que había de ser después. Á los siete años hizo voto de castidad, y á los quince de ser Religiosa Descalza. En su mocedad y niñez no se le notó acción alguna liviana ni descompuesta.

5. Concluidos los negocios de Italia la trajeron sus padres á Villafranca del Bierzo, y aquí, por muerte de su madre, la tomó á su cargo para su educación la excellentísima señora D.^a María de Toledo, tía suya y señora de una gran virtud y santidad, fundadora que fué del convento de Dominicas Descalzas de la Laura, que después se trasladó de Villafranca á Valladolid. Esta señora estuvo casada con D. Fadrique de Toledo, duque de Alba; y quedando viuda en lo mejor de su edad se dió al retiro y á la virtud. Al lado de su santa tía se crió la sierva de Dios con mucho recogimiento, creciendo cada día más y más en todo género de virtudes. Su padre,

viéndola ya en edad de tomar estado, y que por sus bellas prendas la buscaban no pocos de los grandes, la quiso casar varias veces; pero ella se resistió con deseos de ser Religiosa Descalza y cumplir el voto que había hecho á Dios de guardar castidad toda su vida. Ignoraba el padre esto y sentía mucho la resistencia de su hija, hasta tratarla mal de palabras y aun de obras, como sucedió cuando la pretendió el duque de Braganza para esposa suya.

6. Por este tiempo tuvo su padre que pasar á Nápoles á cosas del servicio del Rey, y presumiendo, como era así, que estando su hija en compañía de su hermana D.^a María de Toledo, influiría con su ejemplo para que no se casase, la separó de ella y la puso con la decencia correspondiente en un gran palacio ó fortaleza que tenía en un sitio eminente cerca de una villa de sus Estados, llamada Corullón ¹, distante

1 Corullón es una pequeña villa que pertenece á los Estados del marqués de Villafranca; su situación es una suave ladera á la falda de una elevada montaña; pero tan matizada de amenidad y hermosura (aún más por la naturaleza que por el arte), tan llena de frondosidad y frescura, que pudiera pasar por un vistoso Versalles si la industria pusiera un mediano esmero en el cultivo. Dominando á esta villa y á todo un dilatado y ameno valle, y como al medio de la montaña, se halla el castillo y fortaleza de que habla la historia. En lo antiguo se ve por los vestigios que han quedado que, además de ser una fortaleza casi inexpugnable, con todos los requisitos

una pequeña legua de Villafranca; pero con orden estrecha á todos los criados para que no tuviese comunicación ni trato alguno; (ni aun por escrito) con su tía D.^a Maria de Toledo. En este encierro ó noble prisión estaba la sierva de Dios muy contenta, por hallarse más desembarazada del mundo y con más tiempo y proporción para orar; sólo echaba de menos el ejemplo y compañía de su santa tía; pero se consolaba con tener alguna vez carta suya, no obstante la estrecha prohibición de su padre. Permanecía en sus fervores de ser religiosa, pero no hallaba modo para ello por el gran encierro en que se hallaba. Llegó ya el tiempo en que su tía había fundado con autoridad apostólica, en Villafranca, el convento de la Laura de Dominicas Descalzas; y con su aprobación emprendió la santa doncella un arrojo de pocos imitado. Determinó

necesarios para plaza de armas, fosos, rastrillos y demás defensivos; era también un magnífico palacio y casa de recreación de los excelentísimos marqueses de Villafranca, donde iban á pasar el verano por lo ameno del sitio y hermosas vistas, que son tan apreciables, que la Excm. Sra. doña Leonor de Toledo, hermana de D. Pedro de Toledo, que casó con el serenísimo Sr. D. Pedro de Médicis, duque que fué de Toscana, envió desde Italia un famoso pintor para que dibujase y pintase con toda propiedad este sitio, y que tomase las medidas del palacio y fortaleza de Corullón y formase un plan exacto para hacer otro semejante en sus Estados de Toscana, como lo ejecutó.

fugarse una noche del castillo, y consultándolo con dos criadas de confianza, no hallando otro modo, hicieron de las sábanas unas tiras, y atándolas á las rejas de un corredor (que aún permanece y he visto no sin recuerdos piadosos), en lo más profundo de la noche, atropellando mil inconvenientes y escollos, se descolgaron primero las criadas y después la sierva de Dios; pero desgraciadamente, rompiéndose la sábana, se dió un gran golpe, del que padeció toda su vida.

7. Quisiera hacer aquí una pintura de la altura y sitio fragoso por donde se descolgó la sierva de Dios, como también la rara situación de esta fortaleza, que por todas partes parece casi inaccesible; pero sólo el que lo haya visto podrá formar idea cabal de su eminencia; basta decir que aun de día, y tomando con mucho cuidado las sendas torcidas que hay que subir, apenas puede librarse de caer en un profundo despeñadero. El camino para Villafranca es también muy escabroso y desigual, lleno de matorrales espesos, malezas y pantanos; y como era de noche y no sabían el camino, se puede fácilmente colegir qué angustias y trabajos pasarían estas pobres mujeres. Caminaba, pues, afligida la tierna doncella

con sus compañeras, sin saber por donde iban, venciendo en cada paso un peligro. La lobreguez de la noche, la soledad de las selvas, lo escabroso del terreno, la fatiga del camino, y, lo que es más, sin saber el rumbo que llevaban, las llenaba de tristeza y cobardía; y viéndose sin remedio humano, acudieron al divino; pero el Señor que está pronto á favorecer á los suyos, dispuso que encontrasen un joven llamado Juan de Pumarega, vecino de Corullón, el que las puso en el camino y las acompañó hasta Villafranca. Á este joven llamaba la sierva de Dios *el ángel de su guarda, ó guía*, y después alcanzó de su padre que se le diese una porción de hacienda; y que así él como sus descendientes fuesen libres de tributos, como lo están en el día. Llegó, finalmente, la sierva de Dios á Villafranca, y habiendo tratado con su santa tía su determinación de dejar el mundo y sus vanidades y ser Descalza, la dió el hábito en su nuevo convento de la Laura.

8. Con gran consuelo de su alma se hallaba en el noviciado, cuando, sabiéndolo su padre, tuvo tal sentimiento (dice la historia) que estuvo para morir; pero, recuperado después, pasó desde Nápoles á Roma y consiguió de Clemente VIII un Breve en

que mandaba Su Santidad que se le quitase el hábito, alegando había sido engañada ó persuadida por su tía para ser religiosa; pero Su Santidad, para consuelo de la sierva de Dios, la dirigió otro Breve apostólico que, alabándola su vocación y alentándola en el camino comenzado de la virtud, la aseguraba en el Señor lograría sus deseos; y por ahora la daba su bendición apostólica, y con ella la señalaba tres conventos donde podría libremente tomar el hábito y sacrificarse á Dios. Estos conventos eran, el de la Concepción Francisca, de Villafranca; el de la Madre de Dios, de Dominicas de Toledo, ó el del mismo título é instituto de Valladolid. Parecióle á la sierva de Dios tomar el hábito en el convento de la Concepción de Villafranca, como más conforme á sus intentos y por la gran devoción que tenía á este misterio sagrado. Apenas vistió el seráfico sayal esta ilustre doncella, cuando se vistió también de la mayor humildad; con esta adquirió las demás virtudes, de suerte que era la admiración de toda aquella gravísima comunidad. Profesó á su tiempo con gran consuelo de todas las religiosas, que se gloraban de tener en su compañía á una santa en lo más tierno de su edad. Iba cada día

creciendo en virtudes y perfección, de suerte que, no cabiendo en los claustros su fama, se extendió hasta lo más remoto de la provincia.

9. Volvió su padre de Nápoles, y hallando tan buen olor de las virtudes de su santa hija, difundido á impulso de su ejemplar vida, aplacó su genio, y mudando los rigores de antes en tiernas demostraciones y amorosos afectos, ya no sabía apartarse de la presencia de su bendita hija. Todos los días iba por tarde y mañana al convento á verla y hablarla, y gastaba todo el tiempo que le permitían sus ocupaciones del coro y oración en consultar con ella los negocios más grandes que ocurrían, hallando siempre en sus consejos luz, guía y acierto. Uno de los días en que el Marqués trataba con su amada hija de su vocación al estado religioso, le manifestó á su padre cómo sus primeros deseos habían sido de ser Religiosa Descalza, y que, no obstante la mucha observancia que había en aquel convento de la Concepción, anhelaba su espíritu á vida más austera y penitente. Al oír esto su padre, como no deseaba ya otra cosa que complacer y dar gusto á su santa hija, determinó con su acuerdo y consejo fundarla en Villafranca un convento de

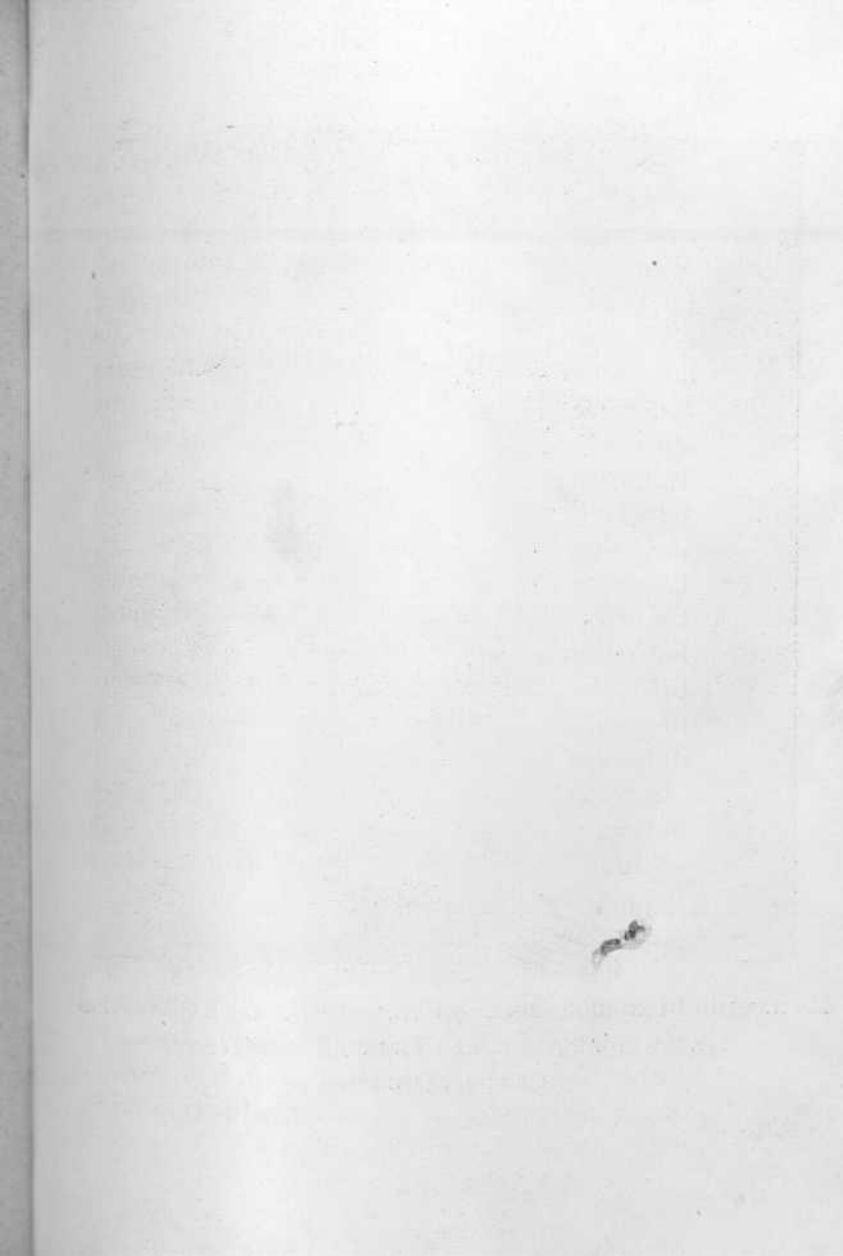
Franciscas Descalzas para que allí pudiese cumplir sus buenos propósitos; con que podemos decir que la primera y única fundadora de este santo convento, tanto en lo material de su fábrica como en lo formal de su observancia y perfección, fué esta sierva de Dios. Empezó luego el Marqués á disponer lo necesario para la deseada fundación, y vencidas no pocas dificultades eligió (no sin ordenación divina) el sitio de un pobre Hospital donde se había aposentado nuestro seráfico padre y patriarca San Francisco cuando pasó á visitar á Santiago de Galicia, y en donde también habían de descansar las venerables reliquias de su legítimo hijo é imitador verdadero Lorenzo de Brindis.

10. Vinieron para la fundación dos Religiosas del convento de Descalzas Reales de Madrid, y otra de las Descalzas de Trujillo; y mal acomodado aquel pobre albergue del Hospital en estrecha habitación, entraron en ella las fundadoras el día 24 de Abril de 1606, y habiendo precedido las ceremonias y sagrados ritos que ordena la iglesia, le dedicaron á nuestra Señora de la Anunciación, y hoy comúnmente se llama de *la Anunciada*. Después de dos días (que fué el 26 de Abril) se pasó la sierva de Dios

del convento de la Concepción al de la Anunciada en una solemne y devota procesión á que asistieron las comunidades y todo el clero de Villafranca, junto con su padre y su hermano el duque de Fernandina, la nobleza y caballeros de la villa. Desnudáronla el hábito de Calzada y la vistieron el de Descalza, y dejando el nombre de D.^a María de Toledo, tomó el de Sor María de la Trinidad. Empezó, pues, la sierva de Dios con gran fervor este tercer noviciado, aunque podemos decir que toda su vida lo fué. Aquí padeció muchos trabajos por la estrechez de la habitación y otras incomodidades del convento, sin que su padre el Marqués lo pudiese remediar, por haber sacrificado toda su hacienda en viajes, embajadas y puestos honoríficos que los Reyes habían fiado á su valor y prudencia. Profesó al fin con gran consuelo de su alma, habiendo dado ilustres muestras de lo que en adelante había de ser.

11. Ni es de pasar en silencio una cosa rara ó favor que el Señor quiso hacer con estas Religiosas. Como el convento se fundó sobre las ruinas de aquel hospital, se inundaron las pobres Religiosas de aquellos animalillos llamados piojos, que las molestaban mucho, tanto en la oración, como en el

Oficio divino (instrumentos con que el enemigo común tal vez pretendía distraer á estas siervas de Dios de la quietud de la oración); sin dejarlas dormir ni descansar. Viendo que no podían librarse de esta importuna plaga, determinaron en comunidad elegir un santo por patrono y defensor de aquella necesidad, ofreciendo hacerle fiesta todos los años, confesando y comulgando en su día, como lo hacen hasta el presente. Echaron suertes y salió San Daniel y compañeros mártires de Ceuta, de quienes reza la Orden el día 13 de Octubre. ¡Cosa rara! Luego inmediatamente cesó aquella molestia, y hasta el día de hoy gozan este privilegio desde la hora que visten el santo hábito. Así lo trae la citada crónica y así lo he oído á estas mismas Religiosas, á quienes debo dar entero crédito. Otro prodigio se observa en este santo convento, y es no haber topos en la huerta y jardines. Son estos animalillos muy dañosos y perjudiciales á las plantas menores, porque haciendo sus cuevas debajo de la tierra, van royendo las raíces y acaban por secarse. Así sucedió en la huerta del nuevo convento, pues había tal plaga que se inutilizaba la verdura que había de servir á la comunidad, con desconsuelo de todas. Viendo esto la venerable





LA ILUSTRE FUNDADORA DE LAS FRANCISCANAS DE LA ANUNCIADA
MADRE MARÍA DE LA TRINIDAD DE TOLEDO,
OSORIO Y MENDOZA

madre Sor María de la Concepción, una de las fundadoras y primera abadesa del convento, mandó á los topos en nombre de Dios que saliesen de la huerta y no volviesen jamás. Obedecieron al punto, sin que se hayan vuelto á ver. Callo de intento otros prodigios que pudiera referir, aunque me tachen de omiso.

12. Fundóse este convento con grande rigor y observancia, á que contribuyó mucho la ejemplar vida de nuestra sierva de Dios, á quien puso el Señor por firme base y fundamento de toda perfección; y con la misma observancia y rigor de vida se mantiene en el día, sin haber decaído un punto de su primitivo rigor, siendo no pequeño los maitines á media noche, comer de viernes y ayunar todo el año, dormir en una tarima, no desnudarse jamás el hábito ni aun para morir, y con otras penalidades y rigores muy grandes. Y volviendo á registrar la inculpable vida de nuestra noble sierva de Dios D.^a María de Toledo, ahora Sor María de la Trinidad, tenía sólo veinticinco años cuando tomó el hábito en la Anunciada, y es de admirar las virtudes con que resplandeció aun en lo más florido de su edad. Era tan penitente y mortificada, que fué preciso que sus prelados y

confesores mitigasen los rigores de su vida para que no acabase con ella, poniendo tasa á sus fervores. En la obediencia fué muy rendida; en la pobreza, muy exacta; en la castidad, muy pura; en la caridad, ardiente; en la observancia, pronta; en la devoción, fervorosa; en el silencio, exacta, y en la oración, frecuente. Pero aunque esta noble sierva de Dios fué grande en todas las virtudes, dicen los historiadores que en la humildad fué excelentísima, reputándose por la más vil y baja de todas las criaturas; de suerte que nada tenía menos ni apreciaba menos, que la nobleza de su sangre. Fué de una elevadísima contemplación, en que consiguió del cielo favores muy singulares. Tuvo don de profecía y obró Dios por su intercesión muchos milagros, como se pueden ver en la historia. La dotó el cielo de una singular prudencia y suavidad para el gobierno, con que fué prelada repetidas veces, con muchas medras de la observancia regular. Aunque siempre ocupada y nunca ociosa, empleaba algunos ratos, para desahogar su fogoso espíritu, en componer versos y poesías. Estas obras, que he visto originales de su letra, se guardan en el archivo de la Anunciada: están compuestas y adornadas más con el fuego del amor di-

vino que con las leyes del arte. En ellas se exhala su fervoroso espíritu en amor al Criador; y como este amor no tiene peso ni medida, tampoco la guardaba en el metro.

13. Continuando, pues, nuestra noble virgen en adquirir virtudes, continuaba también su padre en el amor y cariño á tan santa hija; todo su consuelo, todo su gusto, todas sus delicias tenía en tratarla. Decía su excelencia que el día que no hablaba á su hija era desgraciado en todo. ¡Oh, cuánto puede la virtud! Cuantos negocios ocurrían á su excelencia, cuantos trabajos tenía, todo lo comunicaba con su santa hija, siguiendo en todo su dictamen. Le había formado tan grande de su virtud, prudencia y acierto, que en la ausencia que el año de 1614 hizo á Milán, nombrándole el Rey gobernador de aquellos Estados, la dejó por gobernadora única del marquesado y demás mayorazgos de su casa, no obstante que su excelencia tenía otros dos hijos: D. García y D. Fadrique de Toledo; y mandó á todos sus vasallos y criados la obedeciesen como á su misma persona. No quiso admitir este nombramiento tan raro, ni le hubiera admitido á no habérselo mandado estrechamente sus preladados. Fué esto á instancia de su padre, que le parecía que

nadie podía hacerlo como su santa hija. Esta ordenación causó mucha confusión y pesadumbre en la sierva de Dios; pero hubo de rendirse á la voluntad divina, que sin duda lo era declarada ya por sus prelados. Admitió el nombramiento resignada en el Señor, y juntando en uno dos cargos al parecer opuestos, fué gobernadora solícita y diligente y al mismo tiempo religiosa humilde y retirada. Trataba con los hombres, pero antes con Dios. Para acertar en la justicia y gobierno político, acudía á la oración, de donde sacaba el acierto. En las demás obligaciones religiosas era puntualísima, y sin faltar á estas acudía á las otras. Valiase de aquellas máximas cristianas y políticas que le dictaba su gran prudencia. La primera de que se valía era amparar á los pobres y desvalidos, haciendo que sus pleitos y dependencias se despachasen con prontitud sin cargarlos de multas y penas, como se acostumbra, con que los imposibilitan á la paga y destruyen á los pobres vasallos. Decía una sentencia digna de tenerla todos los jueces muy presente: *Más daño se hace en dilatar la sentencia, que no en que sea contraria.* Quitó salidas y ejecutores, con que engorran los ministros y enflaquecen los pueblos. Á los deudores cuando eran pobres, ó les

perdonaba, ó les esperaba; pero de quien más se compadecía era de los pupilos y viudas; con éstos usaba de la mayor piedad y clemencia. También le debían mucha conmiseración aquellos que de la abundancia y riqueza habían bajado á la pobreza y necesidad. Decía: *que una de las mayores calamidades que puede padecer la naturaleza humana, es hallarse precisado un hombre de honor á mendigar alimento y á respirar á merced ajena.* Dijo bien el que dijo: *Que quien tuvo algún lugar en la fortuna, si llegara al extremo abatimiento de la pobreza no puede vivir sino nueve días; y es la razón, porque si no pide á los nueve días muere de hambre, y si pide muere de vergüenza.* Estas y otras máximas tenía muy presentes la sierva de Dios, y las usaba cuando y como convenía. Fuera largo referir por extenso el modo admirable con que gobernó los Estados; basta decir que todos los vasallos estaban contentos con su dominio, sin hallar puerta á la queja, ni á la murmuración, ni á la envidia. Así gobernó hasta que volvió su padre de Italia.

14. La devoción que esta sierva de Dios tuvo á nuestro Santo Lorenzo, fué extremada. Tenía muy presente la recomendación de su padre, cuando se le remitió desde Lisboa, reputando esto por un favor espe-

cialísimo del cielo en que quiso Dios dar á entender enviaba á aquel santo varón para mucho bien suyo y de toda aquella comunidad, y aun de toda la tierra; y así acudía en todas sus necesidades y aflicciones al patrocinio é intercesión del Santo Lorenzo, hallando pronto el remedio. Entre otros fué muy singular el favor que recibió la sierva de Dios y refiere la crónica ya citada. Hallábase abadesa, cuando la asaltó una gravísima enfermedad que en breve tiempo la puso en los umbrales de la muerte; clamó á su patrón, ofreciéndole sus votos, y luego se halló sana. Fué tan ilustre este milagro, y tan universal el gozo de todos los vecinos de Villafranca, por lo mucho que la querían, que varios ingenios se dedicaron á celebrar este prodigio. Uno de ellos compuso estos versos latinos:

*Dum corpus jam, jam positura salutas,
Caelica Virginibus, pignora chara tuis:
Advena magnifica cumulatús funere, vota
Excipit, et revocat Te pius ore potens
Sidera te domui referunt, cumulanda sacrata
Te praecunte domun dilige, redde, reddi.*

Y el mismo autor se explica en romance de este modo:

*Cuando al dejar del cuerpo las prisiones,
del duro trance en las fatigas luchas,*

*las reliquias invocas, á que rinden
dignos cultos de amor vírgenes tuyas* 1.

*Apenas el piadoso Capuchino
que en excelsa pompa funeral ilustra,
escucha el ruego, cuando acepta el voto,
te da la vida; de la muerte triunfas:*

*Vuelves cercada de sagrados astros,
la presidencia de su cielo ocupas;
mas el don de la vida que recibes,
mira que en perfección le restituyas.*

Otro elogio compuso una docta pluma en memoria de este milagro tan famoso como celebrado, y dice así:

*Ad Mariam sanguine clarissimam.
Ut Excellentissimi D. Petri à Toletò filiam,
Sed illustrissima virtute clariorem,
Divae Clarae Sanctimoniam perfectam,
E mortis limine revocatam
Precibus et meritis Venerabilis Patris
Fr. Laurentii de Brindis
In Religiosissimo
Eiusdem Mariae Monasterio* 2
Honorifice reconditi.

15. Todos los días visitaba la sierva de Dios el sepulcro de su Santo Fr. Lorenzo, que así le llamaba y como á tal le veneraba; y puesta de rodillas con la mayor humildad, se ofrecía bajo su patrocinio con todas sus

1 Era abadesa.

2 Le llama su *Monasterio*, ó porque en realidad fué su fundadora, ó porque era actualmente abadesa.

cosas, y siempre que se hallaba en alguna aflicción ó necesidad buscaba el remedio en su *Santo*. ¡Qué espectáculo tan agradable á Dios, á los hombres y á los ángeles, ver á una santa postrada á los pies de un santo! Con el hábito del varón santo hizo muchos milagros aplicándole á los enfermos, y es común tradición entre las Religiosas que se reservó para sí el capucho del siervo de Dios, cuya reliquia tuvo siempre en gran veneración. Y para más claro testimonio del gran concepto que la sierva de Dios había formado de la virtud y méritos del varón santo, pondremos aquí la deposición que hizo en los procesos que se formaron en Villafranca el año de 1630 ante el ilustre Sr. D. Gaspar de Losada, dignidad de Chantre de la insigne colegiata de dicha villa. Esta deposición tiene la mayor autoridad y recomendación por ser de persona tan religiosa, tan noble y tan santa. En ella se comprueban muchas cosas que se han tocado en esta historia, y por tanto la pondremos literalmente según se halla en dichos procesos, cuya copia auténtica está en nuestro poder y dice así ¹: «Su señoría ilustrísima D.^a María de Toledo Oso-

1 Procesos de Villafranca sobre la beatificación y canonización del venerable Brindis, Capuchino, fol. 29 y siguientes.

rio, abadesa del convento de Nuestra Señora de la Anunciación de esta villa de Villafranca, de edad de cuarenta y nueve años poco más ó menos, después de haber jurado en forma y preguntada por la comisión y pedimento en ella inserto, dijo: Que su excelencia D. Pedro de Toledo Osorio, Marqués y señor que fué de este Estado (que santa gloria haya), escribió á este testigo enviándole con la carta el cuerpo santo del P. Fr. Lorenzo de Brindis, diciéndole en ella cómo había sido religioso Capuchino y General de su Orden, y que en vida había hecho muchos milagros en las guerras que su excelencia, en nombre de su majestad, había tenido con los herejes, y en otras guerras. Y que había resucitado muertos, de que su excelencia tenía entera certeza, y encomendándola mucho la veneración cómo se había de tratar su cuerpo; y así, esta testigo, la madre Abadesa, que era entonces, y las demás Religiosas, le recibieron con *Te Deum laudamus* y campana tañida, cruz y luces y más insignias que se acostumbran en procesiones con cuerpos santos, y le hicieron poner en un lucillo y lugar decente en el coro bajo, con su altar encima del cuerpo; y siempre ésta que declara y todo su con-

›vento le han venerado y respetado como
›á tal santo, y ahora le quiere poner su
›señoría sobre la misma urna donde estaba,
›para preservarle de la mucha humedad,
›por el temor de que no se consuman las
›reliquias y huesos del dicho santo con la
›dicha humedad, en una caja que se hizo á
›propósito para el dicho efecto, forrada por
›fuera de raso negro prensado y por dentro
›de tafetán amarillo labrado (digo, de tafe-
›tán encarnado); ¡toda la dicha arca tacho-
›nada de clavazón dorado con las armas de
›los Toledos ¹.

›16. Y asimismo sabe que su hermano
›D. García de Toledo Osorio le dijo á su
›señoría que declara, que estando en Portu-
›gal en casa de su padre el dicho D. Pedro
›de Toledo, poco tiempo antes que el dicho
›santo P. Fr. Lorenzo de Brindis muriese,
›andaba el dicho D. García de Toledo tan
›enfermo y de enfermedad tan peligrosa,
›que había dicho á su padre un médico de
›cámara tenía las telas del estómago estra-
›gidas, y su excelencia dicho su hermano,
›acongojado de ¡tan grave enfermedad y
›sabiendo la grande santidad y perfección
›de dicho P. Fr. Lorenzo, y habiendo te-
›nido noticia que en otras ocasiones había

1 Son las armas de los señores marqueses de Villafranca.

• profetizado cosas que habian salido cier-
• tas, le preguntó: *Padre, ¿tengo de morir de*
• *esta enfermedad?* El dicho Padre respondió
• con mucho amor, asegurándole no había de
• morir de dicha enfermedad, y que le en-
• comendaría muy de veras á nuestro Señor,
• y en fe de esto tuviese por cierto sanaria,
• y que después tendría dos insignes victo-
• rias contra los enemigos, de las mayores
• que príncipe cristiano hubiese tenido en
• estos tiempos; y sabe la que declara se
• cumplió todo y tuvo dos victorias singu-
• lares, como fué la del socorro de Cádiz,
• restaurando dicha ciudad contra una co-
• piosa armada que estaba á la vista del
• puerto, con cuyo socorro impidió la pér-
• dida de la dicha ciudad. Y asimismo tuvo
• otra en las islas de Cerdeña, una de ellas
• llamada Ibiza. Conquistó otra armada de
• los enemigos, y, sin perder gota de sangre,
• tomó seis ó siete naos ¹.

• 17. Y así tiene su señoría que declara,
• por cosa cierta, que la salud la cobró por

1 El Excmo. Sr. D. García de Toledo, sexto marqués de Villafranca y tercer duque de Fernandina, fué caballero de la Orden de Santiago, Comendador de los Bastimentos de León, Capitán General de las Galeras de España. Fué uno de los más señalados guerreros de su tiempo: terror tantas veces de los enemigos y formidable freno de la osadía: espíritu magnánimo, dueño de sí y de la fortuna. Refieren sus hazas todos los historiadores de su tiempo.

• las oraciones del dicho santo P. Brindis y
• también las victorias que le profetizó. Y
• sabe que su excelencia el señor Marqués,
• su padre (que santa gloria haya) y su her-
• mano, que al presente es vivo, y otros mu-
• chos señores que le conocían y trataban, le
• estimaban, veneraban y tenían por santo.
• Y como á tal, pasando por esta villa el
• señor conde de Lemos, D. Pedro de Castro
• (que fué virrey de Nápoles) y su mujer,
• entrando en la iglesia de este santo con-
• vento, preguntaron por el sepulcro del
• santo P. Fr. Lorenzo de Brindis, y como á
• tal le veneraron, puestos de rodillas, enca-
• reciendo mucho su santidad admirable, y
• que era gran reliquia y digna de tener en
• mucha estimación su cuerpo en esta santa
• casa, encareciendo mucho la opinión y re-
• putación que tenía en los reinos de Nápo-
• les, donde había residido y gobernado. Y
• sabe que si su excelencia el Sr. D. Pedro de
• Toledo no tuviera tan entera satisfacción
• de la santidad del venerable Padre, no le
• enviara ni se embarazara con su cuerpo,
• remitiéndole desde la ciudad de Lisboa á
• este santo convento, ni se mandara ente-
• rrar junto al dicho P. Brindis si no fuera
• por el concepto y opinión que tenía de él.
• Y dice su señoría que la carta que su exce-

lencia (que santa gloria haya) le escribió...
la entregó original á su señoría el Padre
Fr. Severo de Lucena, religioso Capuchino
de la provincia de Castilla ¹, como persona
que juntaba papeles para las crónicas de
su religión. Y esto sabe su señoría, y por
ser así verdad, en ello se ratificó y lo firmó.
Y luego volvió á decir su señoría, para
confirmación de la santidad del dicho san-
to P. Fr. Lorenzo de Brindis, que á su seño-
ría le ha sucedido muchas y diversas veces
considerando tenía en su santo convento
su cuerpo, reverenciarle y tenerle como á
cosa sagrada y divina. Y considerando este
pensamiento con otra religiosa grave del
dicho convento, respondió que á ella le
sucedió en su pecho y corazón el mismo
movimiento, veneración y respeto. Y en
todo se ratificó su señoría y lo firmó.—
Sor María de la Trinidad, Abadesa.

18. Hasta aquí la sierva de Dios, en que se ve el gran concepto que había formado de la santidad de nuestro Santo Lorenzo, y lo mucho que le veneraba. Y parece que, fijando con expresión los ojos en las corrientes de los tiempos y de los sucesos futuros, alcanzó á ver el día festivo que hoy

¹ Sobre este P. Severo de Lucena, véase en el Apéndice un documento interesante todavía inédito.

celebramos, de verle ya en los altares á la pública veneración. Ultimamente, habiendo sido la vida de esta nobilísima virgen adornada de todo género de virtudes, esclarecida en prodigios y milagros, señalada con todas aquellas dotes que califican á una persona por ilustre y grande para con Dios, dió su espíritu al Señor el día 15 de Noviembre del año de 1631, á los cincuenta años de su edad. Fué muy sentida y llorada su muerte, no sólo en Villafranca, sino en toda la provincia. Se enterró junto al sepulcro del siervo de Dios, para que aun la muerte no la separase de su amado santo. Aunque fué tan penitente y affligió su virginal cuerpo con rigurosos ayunos, cilicios y disciplinas, siempre mantuvo aquella hermosura de rostro y vivacidad de espíritu que tenía en su juventud. Así lo demuestra una pintura original de la sierva de Dios que tienen las Madres en el panteón. Esta pintura la mandó hacer su padre y dió á las religiosas para que la guardasen. Sintiólo mucho la sierva de Dios cuando la vió, y para no desagradar á su padre y mortificar la vanidad propia, mandó poner en la mano una custodia con el sacramento, como pintan á Santa Clara, para que los que la vean adoren en ella á

la santa madre y no quedase noticia suya. He visto esta pintura; es de medio cuerpo y se representa en ella, no sólo la hermosura del cuerpo, sino que también parece se traslucen las dotes de aquella grande alma. Los huesos y reliquias conservan las Madres con mucha decencia en un arca en el panteón, en el hueco de un altar: he tenido el consuelo de verlos. Hasta aquí he tocado brevemente parte de lo mucho que pudiera decir de esta sierva de Dios. El que quisiere saber mayores noticias de esta esclarecida virgen (rama ilustrísima de la excelentísima casa de los marqueses de Villafranca), lea el tomo III de la crónica seráfica ya citada, donde se pone la vida por extenso. Allí se hallarán también las vidas de otras muchas religiosas de este santo convento, que han florecido con singular fama de santidad desde el principio; y pudieran escribirse ahora muchas más, y aun no pocas de las que hoy viven, pues sin ponderación ni lisonja alguna es este santo convento de la Anunciada uno de los mayores relicarios de santidad que hay en la Orden seráfica. El Señor, por los méritos de su gran siervo el Santo Lorenzo, las llene de bendiciones y mantengan en ellas, como hasta aquí, el

rigor y observancia de la seráfica regla, para que sirvan de edificación y ejemplo á todo el mundo y todos alaben al Señor en su siervo Lorenzo, que parece le puso el cielo en tan santa casa, no sólo para digno depósito de sus sagradas reliquias, sino para que fuese protector benéfico y celador santo de la observancia regular, como lo ha acreditado la experiencia repetidas veces, según consta en los procesos formados en Villafranca ¹. Consta, pues, haber visto las Religiosas al varón santo en su hábito Capuchino pasearse de noche por el dormitorio echando la bendición á todas. En otra ocasión, habiéndose caído las tapias de la clausura y quedando ésta abierta, le vieron al siervo de Dios guardarla y defenderla con una lanza en la mano. No sólo estos favores, sino otros muchos ha hecho el varón santo á esta su amada comunidad; y es de creer piadosamente estará pidiendo á Dios por sus Religiosas, que tan devoto y caritativo hospedaje dieron á su sagrado cuerpo; y que mirará como padre amoroso á todas y á cada una de aquellas religiosas, en cuya compañía y claustro se halla gustosísimo; y podrá llamar con toda propiedad al convento de la Anunciada convento suyo. Y

¹ Procesos formados el año de 1677, fol. 2, b.

si viviendo en carne mortal fué tan grande celador de la seráfica regla, ahora que le vemos en los altares, ahora que su intercesión es más poderosa para con Dios, sin duda alguna que como tan interesado estará pidiendo al Señor mantenga en la mayor y más pura observancia su dicho convento de la Anunciada.

19. Y es muy digno de notar (permítaseme esta breve digresión), que así el convento de la Anunciada de Franciscas Descalzas de Villafranca, donde se venera el cuerpo de nuestro insigne Capuchino el Santo Lorenzo de Brindis, como el de la Concepción Francisca de Monforte de Lemos, donde está el cuerpo de otro ilustre Capuchino, el P. Caravantes, llamado el *Apóstol de Galicia*, es digno de notar (vuelvo á decir) que entre todos los conventos de monjas Franciscas sujetas á la provincia de Santiago de reverendos PP. Observantes, aunque todos santos, todos ejemplarísimos, son estos dos conventos de la Anunciada y Monforte (sin adulación ni lisonja, y en opinión de todos) los más ilustres en virtud y santidad; con que parece que estos dos santos Capuchinos (séame lícito hablar así) los ha puesto Dios para mirar por la observancia del seráfico Instituto, y que

estén siempre á la vista de su fiel guarda. Sea así, verjeles hermosos de santidad, relicarios ilustres de virtud, dechados gloriosos de la mayor observancia, seminarios insignes de perfección. Sea así porción la más escogida de la santa Iglesia, la más hermosa, la más agraciada, la más pura, la más vistosa, la más... ¿Pero dónde va mi pluma impelida de mi afecto, pues cuanto más diga más me queda por decir? Digo, pues, con ingenuidad religiosa, que el gran crédito que el convento de la Anunciada tiene, no sólo en Villafranca, sino en todo el Bierzo, es bien merecido y justo.

CAPÍTULO XXVII

Descripción breve de la iglesia y magnífico panteón de los marqueses de Villafranca, donde se venera el sagrado cuerpo del Santo Lorenzo; alhajas, pinturas y otras reliquias que hay en él. Dáse una noticia del estado en que hoy se halla el sagrado cuerpo, y extracción de algunas reliquias para Roma.

Ds de suponer (correrá ligera la pluma) que la iglesia y panteón que ya había cuando murió el Santo Lorenzo de Brindis se mejoró después en la forma que se ve hoy, haciendo nueva y magnífica iglesia y

panteón para el entierro de los excelentísimos señores marqueses de Villafranca. La iglesia es un cuerpo solo, con una media naranja y capilla mayor toda embovedada. El altar mayor es hermoso, grave y majestuoso. En el segundo cuerpo tiene al medio una gran medalla de medio relieve, bien trabajada, que representa la Anunciación de nuestra Señora, como título único y advocación del convento. En el primer cuerpo, debajo de un arco muy capaz, hay un tabernáculo para reservar á Su Majestad sacramentado, en forma piramidal, con varios órdenes de columnas, y su altura será como dos varas y media. Si yo dijese que este tabernáculo es una de las mejores y más preciosas alhajas que hay en España, y acaso en toda la Europa, se tendría por ponderación; pero no lo digo yo, lo dicen cuantos curiosos é inteligentes le han visto. Para describir este gran tabernáculo con la propiedad y majestad que pide obra tan exquisita, era menester mucho papel y tinta; pero siendo contra lo que he prometido, me contentaré con decir que, para formar esta sagrada máquina, parece se juntaron cuantas piedras preciosas y metales ricos se han descubierto hasta ahora. Allí se ve (además de los mármoles finos) la piedra ágata,

la venturina, lapislázuli y, lo que más admiran los inteligentes, otros muchos géneros de piedra de un fondo exquisito y raro que no se han visto por acá ni son conocidos de los más diestros lapidarios. Tiene muchos órdenes de columnas, todas de piedra, con sus basas y capiteles de bronce sobredorado, varias figuras de apóstoles y otros santos, también de bronce sobredorado, y, en una palabra, tiene todo aquel adorno que hace una obra enteramente completa. En la capilla mayor hay, á los dos lados, dos altares curiosos, pero de poco mérito. De lo alto de la media naranja cuelga una lámpara de plata, pero de una hechura muy singular y exquisita. Lo restante de la iglesia está adornada de hermosos cuadros que representan aquellos eremitas y padres del desierto. Son pinturas primorosas, y al parecer son de Rafael de Urbina, ó de su escuela.

2. Viniendo ya al panteón, éste está frente al altar mayor, á los pies de la iglesia, debajo del coro alto de las Madres y donde correspondía el coro bajo. Es una pieza majestuosa y grave; está más baja que el piso de la iglesia, y por eso tiene el defecto de ser húmeda, aunque con suficiente luz y claridad. Tiene á la parte de la iglesia una

gran reja por donde se registra su espacio. Su figura es ovalada, dividida en varios arcos de piedra con otros tantos altares ó relicarios, y en el principal se venera un crucifijo muy devoto. Toda esta gran pieza se ve adornada de pinturas excelentes y láminas exquisitas. Son muchas las reliquias que hay repartidas en los altares, colocadas cada una de ellas en una efigie de medio cuerpo del santo que representa; son todas de un tamaño, y aunque pequeñas se conocen de buena y diestra mano. Otras reliquias hay en urnas de mucho valor y precio, y entre ellas noté dos muy singulares: una de piedras preciosas con cantoneras de plata sobredorada, y otra de plata y oro, alhajas primorosas. En medio del panteón se levanta con gran majestad, sobre unos leones de bronce, un magnífico sepulcro de piedra mármol de figura llana, y sobre él dos cajas bien guarnecidas: en una está el cuerpo del fundador y patrón, el Excmo. Sr. Don Pedro de Toledo, el cual se trasladó á este sitio desde el panteón ó bóveda antigua, donde se mandó enterrar junto á su amado y nuestro el Santo Lorenzo. Su cuerpo está entero (aunque acartonado), con sus vestidos y armas. Á su lado está otra caja con el cuerpo de su hijo D. García, que no he vis-

to, y todo lo cubre un paño bordado. Pero lo más precioso, lo más rico y lo más sagrado, que da un soberano realce á este panteón magnífico, son las venerables reliquias de nuestro portentoso Capuchino y amigo de Dios el Santo Lorenzo de Brindis.

3. Este sagrado tesoro, que también se trasladó del panteón antiguo al moderno con todas aquellas formalidades y decoro que pide un acto tan serio, se colocó en el hueco de la mesa del altar que está al lado de la Epístola. El altar, bajo cuya mesa está el sagrado cuerpo de Lorenzo, se compone de varias divisiones ó nichos, y en cada uno de ellos una efigie de un santo ó santa de medio cuerpo, con una reliquia suya.

En este estado y sitio se mantiene este sagrado tesoro, hasta que, colocado en la magnífica urna que se está labrando á expensas y devoción del Excmo. Sr. D. José Álvarez de Toledo, actual marqués de Villafranca, se coloque en la iglesia para la pública veneración. Y para mayor noticia de las veces que se ha registrado este venerable y sagrado cuerpo desde que vino de Lisboa, es de suponer que la caja en que vino de dicha ciudad, según consta de los procesos formados en Villafranca el año

de 1630 ¹, era de pino, forrada por dentro de plomo, pero tan corta que no cabía el sagrado cuerpo, y así venía encogido y fué preciso hacerle nueva caja para enterrarle. Después de algunos años (pero antes del año 1630), según se colige de dichos procesos ², se le mudó á otra caja más decente que labró la sierva de Dios y su devota D.^a Maria de Toledo. Esta caja, que hoy se conserva, es de ciprés y de castaño: tiene vara y tercia de largo; de ancho media vara, y de alto una tercia poco más ó menos; está forrada por fuera de raso negro prensado, y por dentro de tafetán encarnado. Tiene las armas de la casa de Villafranca en unas como tachuelas grandes de bronce dorado, y entre una y otra dos tachuelas pequeñas del mismo metal. Por las dimensiones de esta caja se conoce que cuando se trasladó á ella ya no estaba el cuerpo entero, sino sólo los huesos, y en este estado se halló el dicho año de 1630; y así deponen los testigos ³ que vieron los huesos del siervo de Dios compuestos en su hábito capuchino, y añaden que la cabeza conservaba la barba larga.

4. En este mismo estado y en esta mis-

1 Procesos de Villafranca, fol. 23, 28.

2 Procesos, fol. 7.

3 Procesos, fol. 6, 8, 35.

ma caja se hallaron las reliquias el año de 1677, según consta de los procesados formados por el muy ilustre Sr. D. Fernando de Carballido, Abad de la iglesia colegial¹, y por un documento del año de 1721, firmado por la madre Sor Margarita María de la Cruz, abadesa, y de todas las religiosas de su comunidad, cuya copia está en mi poder y dice así: *Que el santo cadáver está en un cofre forrado de felpa encarnada con galón de oro y tachonada con clavos de bronce.* Cuál haya sido la causa de esta mutación, ó cuándo se haya hecho, no sabemos; porque aunque se quisiera decir que fué la causa la inundación que hubo el año de 1715 (que refiere dicho documento), en que se llenó de agua el panteón, los claustros y todas las oficinas bajas por una gran tempestad de truenos, se dice también por milagro en el mismo documento, que habiéndose levantado con el ímpetu de las aguas las tarimas que hay alrededor del panteón, que son muy pesadas, y además de esto están enlazadas unas con otras, no se levantó ni movió la caja en que estaban las venerables reliquias de nuestro Santo Lorenzo, no obstante estar la caja sobre una mesa muy ligera, y así se mantuvo firme y constante,

1 Proceso, fol. 6, vuelta.

lo que todos tuvieron por prodigio. Pero sea la causa que se quiera, lo cierto es que la caja en que están las armas de los Toledo la han tenido hasta ahora las Religiosas dedicada solamente á la ropa de la sacristía. Otra vez se registró el sagrado cuerpo, y fué el año de 1724, en que por autoridad apostólica se formó el proceso de *Non cultu*; pero lo que se actuó entonces, siendo Abad el muy ilustre Sr. D. Miguel Alfonso Flores de Omaña, se envió original á Roma sin dejar copia en Villafranca, cuyo yerro ha traído muchísimos inconvenientes y gravísimos gastos, como diremos ahora.

5. Habiéndose aprobado las virtudes del Santo Lorenzo el día 15 de Agosto de 1769, y los milagros el día 18 de Enero de 1783, y tenido la congregación de *Tuto* el día 17 de Abril del mismo año, y por consiguiente estando ya próxima la beatificación solemne, como se verificó el día 1.º de Junio de dicho año de 1783, el cardenal Archinto, prefecto de la Sagrada Congregación de Ritos, escribió de orden de Su Santidad el Papa Pío VI al señor Abad de Villafranca del Bierzo (como prelado exento) con fecha de 8 de Febrero de 1783, mandando que pasase al convento de la Anunciada á registrar el cuerpo del siervo de

Dios Lorenzo de Bindis y extrajese de él algunas reliquias para enviar á Roma. Y para que esta diligencia se hiciese con la majestad y decencia que pide un acto tan serio, acompañaba á esta carta una instrucción formada por monseñor Carlos Erskine, promotor de la fe, compuesta de varios artículos, y en el segundo se ordena que hallando el señor Abad el documento del último reconocimiento ó tumulación, y examinando el dicho documento y hallando ser legítimo, pase á dicho convento y haga rigurosa confrontación de las señas, sellos y señales del citado documento con las que tiene el lugar, caja y sepulcro donde hoy se conserva dicho sagrado cuerpo; y hallando convienen las señas del documento y del sepulcro, pase á sacar las reliquias, según allí se le ordena. La carta del Cardenal, con la instrucción, me la remitió mi reverendísimo y excelentísimo padre General Fr. Erhardo de Radkerspurgo para que, pasando á Villafranca, la pusiese en manos del señor Abad, que al presente es el muy ilustre Sr. Dr. D. Francisco Martínez Molés. Visto su señoría lo que se le ordenaba, buscó (con la mayor diligencia) el citado documento; pero fué en vano, porque no pareció en parte alguna por ha-

berle enviado á Roma sin dejar copia en Villafranca, como hemos dicho. ¡Raro descuido! Escribióse á Roma, y no habiendo parecido allí tampoco vino nueva instrucción en que se le mandaba al señor Abad que examinando las personas de más autoridad y ancianidad, y constando con toda evidencia la identidad del sagrado cuerpo, sitio y señales, con otras circunstancias muy menudas, pase al reconocimiento observando lo que se le previene en una y otra instrucción.

6. Últimamente, habiendo constado de todo sin la menor duda, determinó dicho señor Abad se hiciese este acto tan sagrado la tarde del día 6 de Julio, que fué domingo. Para esto, habiendo precedido las atenciones debidas á la madre abadesa, Sor Tomasa Antonia de Santa Rita, para que abriese la clausura, pareció también conveniente poner tropa para evitar los desórdenes que en semejantes casos suele haber; y habiendo nombrado antes el señor Abad testigos, carpinteros y arquitectos y dos sujetos peritos é inteligentes en la paleografía ó caracteres antiguos, como ordenan las instrucciones, y hecho cada uno juramento de cumplir fielmente con su encargo, se abrió la clausura, y acompa-

ñado dicho señor Abad (vestido de ceremonia) de notarios, promotor de la fe, testigos, etc.; del reverendísimo P. Fr. Antonio Flórez, ex provincial de la de Santiago de PP. Observantes de nuestro seráfico Padre San Francisco y del reverendo Padre Fr. Basilio de Oria, Guardián del convento de Villafranca; del Sr. D. Pedro Núñez de Velasco, canónigo y dignidad de Chantre y otros señores prebendados y caballeros de Villafranca, junto con el administrador de los Estados de su excelencia, D. Francisco Javier de Villegas, dirigióse el señor Abad con este lucido acompañamiento al panteón, que estaba vistosamente iluminado y adornado de mil preciosidades y riquezas que encierra aquella hermosa pieza: con lo cual, y la asistencia de la sagrada y seráfica comunidad de Religiosas, hacían este acto sumamente tierno y devoto.

7. Descubrióse el sepulcro del siervo de Dios, precediendo las ceremonias que prescriben las instrucciones; y notándose que la caja en que estaban las sagradas reliquias no podía sacarse entera por haberse inutilizado con la mucha humedad del sitio, se metieron por debajo unas sábanas, y sostenida con ellas se condujo proce-

sionalmente con velas encendidas y cantando en un semitono varios Psalmos, á una pieza inmediata, que estaba de antemano dispuesta y decentemente adornada. Publicó el señor Abad una excomunión en nombre de Su Santidad reservada al mismo Pontífice, para que ninguno se atreviese á sacar ni poner cosa alguna en la caja sin licencia del dicho señor Abad. Tomáronse todas las señas de la caja y sellos, y pidiendo la llave á la madre abadesa se abrió el arca y se descubrieron las sagradas reliquias, que sólo eran los huesos, cubiertos con un tafetán encarnado y encima un paño de raso con unas flores moradas; pero todo tan terso, limpio y nuevo, como si acabaran de tejerlo. Descubiertas, pues, las reliquias, las fueron viendo y adorando (sin tocarlas) todos los circunstantes de dos en dos, empezando la seráfica comunidad; y después, quedándose solos el señor Abad, notarios y promotor de la fe, separaron las santas reliquias de este modo: para Roma, un hueso del muslo y otras pequeñas; para el excelentísimo señor duque de Alba, marqués de Villafranca, patrón del convento, una canilla de un brazo, y para los conventos de nuestra provincia algunas pequeñas; y viendo que no podía servir la

caja donde habían estado las sagradas reliquias hasta entonces, las colocaron en la caja de que se hace mención al número 3 de este capítulo, que tiene las armas de los Toledo, y se puso un pergamino en que se expresaba el día y año de esta tumulación ó registro; y formándose otra vez la procesión como antes, se volvieron las sagradas reliquias al panteón, y, abriendo la caja para que las viesen por la reja las señoras que estaban en la iglesia y las adorasen, se cerró después y se pusieron los sellos del señor Abad; y habiendo tomado testimonio de todo lo actuado los notarios, se colocó la caja sobre una mesa en el mismo sitio de antes, hasta que se concluyera de labrar la suntuosa y magnífica urna que de orden del excelentísimo patrón se estaba fabricando.

3. Quisiera, antes de dejar la pluma de la mano, mostrarme agradecido á mi glorioso Santo, dándole infinitas gracias por los muchos favores que de su liberal mano he recibido, particularmente en este viaje á sacar sus santas reliquias. Empeñé esta jornada, desde Madrid á Villafranca, á pie y en la avanzada edad de sesenta y cuatro años, con los achaques que son inseparables de una anciana edad quebrantada en viajes

dilatados por mar y tierra, y, no obstante esto y lo largo del camino ¹, la escabrosidad de los puertos ², la estación rigurosa del verano, sólo con el amparo divino y protección de mi Santo le concluí felizmente, no sin admiración de todos, así extraños como domésticos; cuyo favor le tendré siempre presente para el agradecimiento, esperando en sus méritos me asistirá, como humildemente lo pido, en el viaje que considero cercano de esta á la eterna vida, y que será mi protector y abogado para con el supremo Juez, á quien tengo ofendido con muchos pecados; pero confío será mi protector el Santo Lorenzo, y que, con él mediante, la gran piedad del Señor se inclinará al perdón.

CAPÍTULO XXVIII

Beatificación solemne del siervo de Dios Fr. Lorenzo de Brindis: milagros que se aprobaron por la Sagrada Congregación, y otras noticias pertenecientes á la historia.

EL tiempo, que suele ser tirano de las memorias y de las hazañas, obscureciendo hasta las ruinas y cavando, no sólo

1 Dista Villafranca de Madrid 74 leguas.

2 Puertos de Guadarrama y Foncebadon.

en cada siglo, sino en cada año un sepulcro donde se entierre la memoria en profundo olvido, iba cada día excitando con más viveza la fama que ardía, lámpara inextinguible á la santidad de Brindis, porque daba el cielo milagrosos recuerdos de ella en la tierra; y estaba cantando altamente la fama desde su sepulcro, repitiendo su bronce un grito el más canoro con cada milagro. Desde el mismo punto que llegaron sus reliquias á Villafranca, y aun antes, empezó el cielo á dispensar favores sobre aquel afortunado pueblo, llamando la atención de sus vecinos con soberanas luces y sonoros y armoniosos ecos. Siguiéronse sanidades y otros muchos beneficios, siendo su sepulcro glorioso en honor y culto, y célebre su memoria en glorias y milagros. Deseaba el Papa Gregorio XV (antes cardenal Ludovisio, gran devoto de Brindis) que le pidiesen el culto del varón santo, porque quería ser juez y abogado el que había sido testigo glorioso de las proezas de su espíritu en tan repetidas ocasiones. Cada vez que la memoria hacía reflexión sobre lo que había observado la vista, se inflamaba el corazón en deseos de proponerle desde el altar por dechado de las más heroicas virtudes. Había visto arder aque-

lla alma en un incendio de amor sagrado, donde no había otro humo que el que servía á la veneración en el templo y en el sacrificio. Habiale admirado extático en muchas ocasiones, transportado el espíritu á regiones inaccesibles. Vió heroicas en Brindis todas las virtudes, y, colocadas en aquel sublime grado desde donde grita menos confuso que ronco el ejemplo, quería darlas culto, quejoso de que los Capuchinos no enviasen un ruego á la Silla apostólica sobre este punto y fuesen dejando cubrir sus cenizas del olvido. El corto gobierno de este Pontífice, que fué solo de dos años, no dió lugar á cumplir sus deseos. Sucedióle en el pontificado y en su devoción Urbano VIII (antes cardenal Barberino), de cuya ilustre casa ha tenido la religión Capuchina no pocos profesores ilustres, y entre ellos el cardenal Antonio Barberino, hermano de Urbano VIII, y Fr. Buenaventura de Ferrara Barberino, que habiendo sido predicador de cuatro Pontífices, murió con gran fama de santidad arzobispo de Ferrara, habiendo obtenido votos para ser Pontífice. Deseaba, pues, Urbano VIII, sucesor de Gregorio XV, como tan interesado en las glorias de nuestra Orden, que los Capuchinos introdujesen la causa del sier-

vo de Dios; pero constantes los Capuchinos en no buscar las glorias y aplausos terrenos, sino los celestiales y eternos; en procurar hacer santos y no en publicarlos, aunque conocían la santidad del siervo de Dios no dieron paso alguno hasta que su gran devoto el duque de Baviera, Maximiliano, se lo pidió con mucha instancia cinco años después de su glorioso tránsito, según consta del rescripto apostólico dirigido á dicho serenísimo duque de Baviera, que nos ha parecido poner abajo ¹, en que Su Santidad alaba la noble piedad del Duque y ensalza los méritos del varón santo. También pidió la beatificación del siervo de Dios el emperador Fernando II y su augustísima esposa la Emperatriz, como consta del rescripto apostólico que trae nuestro

1 *Dilecto Filio, nobili viro Maximiliano Bavariae, Duci S. R. I. Principi electori. Urbanus Papa VIII. Illustris plane hic est dicendus Evangelicae paupertatis Triumphus. Viri contemptores opum et inopiam Sectantes, obstringunt sibi Reges, ac Principes magnitudine beneficiorum. En Bavariae Dux Maximilianus, ille per duellium Haereticorum Domitor, pauperem Sacerdotem Capuccinum, tamquam Divinae Benevolentiae conciliatorem, et possessorem beatae aeternitatis veneratur, ac Laurentio a Brundusio, qui nuper ex hac miseriarum vale decessit, Beati cognomentum, et coelestes honores petit. In bellicis expeditionibus fortitudo, in hujusmodi officiis pietas triumphat nobilitatis tuae, etc. Datum Romae apud Sanctum Petrum sub annulo Piscatoris, die 30 Decembris 1624. Ex Bullar. Ordin. Capuc. tom. 2, fol. 292.*

bulario Capuchino ¹. Después hicieron la misma instancia muchos Principes y Prelados eclesiásticos, no siendo inferior en la piedad y devoción nuestro católico monarca Felipe V, quien dirigió sus súplicas desde Balsain, á la santidad de Inocencio XIII, el día 28 de Septiembre de 1722 ², alegando, además de sus virtudes y milagros, estar en sus Estados su sagrado cuerpo y haber venido dos veces Embajador á su predecesor Felipe III; y también y más principalmente por haber sido vasallo del Rey de España.

2. Habiendo oído benignamente Su Santidad las súplicas reverentes de tantos

1 *Charissimo in Christo Filio nostro Ferdinando Ungariae, etc. Urbanus Papa VIII. Bene est. Videmus etiam hac aetate triumphatores armatos ab egenis Sacerdotibus, auxilium implorare, et eorum laudibus inservire. Declarant id haec litterae Majestatis tuae, quibus invictum, et Coelo dignam praedicat virtutem Laurentii á Brundusio Capuccini, cui mortem occumbenti petis solemnes Beatitudinis titulos. Gratias agimus Deo, qui mirabilis est in Servis suis, cum inermis Sacerdos, praeferens vexillum crucis, et sacro tonans eloquio inter cruentos bellorum saevientium gladios, non solum Caesareas Majestates, Religionis propagatione triumphantes, sed Barbariem etiam Divinitatis contemptricem, ad christianae charitatis et apostolicae fortitudinis admirationem traduxerit. Quare miris laudibus tum Majestatis tuae, tum Imperatricis optimae, pietatem coronandam, tam pia petitione censemus, etc. Datum Romae apud S. Petrum sub annulo Piscatoris, die 28 Decembris 1624, etc. Ex Bull. Or. Capuccinor, tom. II, fol. 292.*

2 Noticias al Cronista, tomo en folio manuscrito, pág. 179.

Principes, admitió la causa del varón santo con todas las formalidades acostumbradas. Nombró por ponente de la causa al cardenal Pedro María Burghesi, llamado *Cardenal de San Jorge*. Mandó Su Santidad formar procesos, y los primeros que hallamos son los de Villafranca del Bierzo los años de 1624, 1626, 1630 y 1677. También se formaron procesos en Milán, en Baviera, en Venecia, Nápoles y otras provincias. Últimamente el año de 1724, siendo Pontífice Inocencio XIII, se formó en Villafranca el gran proceso de *Non cultu*, en que se tardó trece meses. Fueron diputados para esta comisión los PP. Fr. Buenaventura de Bayona y Fr. Matias de Marquina, religiosos de esta santa provincia de Castilla. Formó el proceso el muy ilustre Sr. D. Miguel Alfonso Flores de Omaña, Abad de Villafranca, acompañado de cuatro canónigos de su iglesia. Habiendo muerto el cardenal de San Jorge, ponente, subrogó en su lugar la santidad de Benedicto XIII al cardenal Pico de la Mirándula, con amplísimas facultades para proseguir la causa. En este tiempo examinaron los procesos hechos en Venecia y en otras partes sobre las virtudes del siervo de Dios. También se dió comisión al Patriarca de Venecia para que

hiciese diligente inquisición sobre los escritos y obras originales compuestas por el varón santo, y las remitiese á la Sagrada Congregación de Ritos; y habiéndolo hecho y alcanzada licencia de Su Santidad, se sometió el examen á varios teólogos y cano-nistas, los que, habiendo visto todos sus escritos con la crítica que pide materia tan delicada, los aprobaron con mil elogios; y habiendo pasado al promotor de la fe para nuevo y aún más riguroso examen, y no hallando reparo alguno en su aprobación, informó de todo á la Sagrada Congregación, y ésta (con la aprobación del Sumo Pontífice) dió su decreto el día 13 de Febrero de 1734 para que se pudiese pasar *ad ulteriora*, ó continuar la causa sin impedimento alguno. Y habiendo muerto el Cardenal Pico de la Mirándula, nombró en su lugar Benedicto XIV á su alteza real eminentísima el Cardenal duque de Yorch.

3. Continuaba la causa con felicidad; y habiéndose examinado sucesivamente varias dudas y reparos preliminares que expuso el promotor de la fe, y se resolvieron á favor de la causa por los abogados á presencia de la Sagrada Congregación, hecho esto se pasó al examen de las virtudes del varón santo en grado heroico, y para esto

se tuvo la Congregación *antipreparatoria* en el palacio de su alteza real el Cardenal ponente duque de Yorch, el día 5 de Mayo de 1761, y la *preparatoria* en el Palacio Apostólico Quirinal el día 27 de Enero de 1767. Finalmente, no habiendo estorbo ni impedimento alguno, se tuvo la Congregación general delante de Su Santidad el Papa Clemente XIV, eminentísimos Cardenales y reverendísimos Consultores y Prelados el día 8 de Agosto de 1769; y habiendo convenido todos, *se aprobaron las virtudes del siervo de Dios en grado heroico*. Pero Su Santidad difirió (como es costumbre) dar el decreto hasta que, encomendándolo más á Dios y pidiendo las oraciones de otros, le iluminase el Señor, para no errar en materia tan delicada. Llegó, por último, el 15 del mismo mes de Agosto, día de la Asunción de María Santísima á los cielos, de cuyo sagrado misterio era devotísimo el siervo de Dios Fr. Lorenzo; habiendo celebrado Su Santidad el santo sacrificio de la Misa, é ilustrado del padre de las lumbres, mandó leer el decreto tan deseado de la aprobación de las virtudes delante de innumerable pueblo. Y porque en este decreto se da una idea breve de las virtudes del varón santo, pondremos abajo lo que baste para

satisfacer la curiosidad de los devotos ¹. Llegó el año de 1772, en que reinando nuestro santísimo Padre Pío VI, de gloriosa memoria y afectísimo al siervo de Dios, dispensando benignamente las demoras que suele haber en estas causas, ordenó se pasase al examen de los milagros; y habiéndose tenido la congregación *antipreparatoria* el día 18 de Febrero de 1772, la *preparatoria* el día 28 de Septiembre de 1773 y la *General* el día 9 de Mayo de 1775; y habiendo implorado el divino auxilio y celebrado Su Santidad el día de los santos apóstoles San Pedro y San Pablo (29 de Junio de dicho año), dió el decreto de la aprobación de un milagro que el siervo de Dios

1 Quum proemisso dudum sedulo Actorum examine, in Causa Venerabilis Servi Dei Laurentii à Brundusio, Sacerdotis, qui in arcta Christianae perfectionis, regularisque disciplinae, semita sodalibus praeluxit suis, non modo suprema, quam sortitus apud eos est auctoritate, verum etiam ardenti in Deum, et proximum charitate, assiduo orandi studio, numquam intermissa sui corporis castigatione: laboribus, aerumnis, et singulari praesertim animi fortitudine, qua semper in Domino confidens, quamplurimas superavit difficultates, immensas peragravit Regiones: Injurias neglexit, quod saepe adivit capitis discrimen ut impii, perditique homines redirent ad viam salutis. Et quamvis severissimas sui Ordinis leges servaret, et exequeretur, negotia tamen gravissima, pro tuenda Catholicae Ecclesiae dignitate suscepit, et feliciter expedivit, deventum fuerit... Sanctitas sua declaravit ac decrevit, constare de proedicti Servi Dei Laurentii virtutum heroicitate. Ex Decreto in causa Brundusina.

hizo con Eugenia de Apuzo, sanándola de una herida instantáneamente. Pasó algún tiempo, y habiendo precedido las ceremonias acostumbradas, el día 18 de Enero de 1783, plausible para Roma y aun para toda la Iglesia, en que San Pedro colocó su Cátedra en aquella insigne ciudad, pronunció Su Santidad el decreto aprobativo del segundo milagro, graduado en la tercera clase, que el siervo de Dios obró con Clara de Cossaghis, sanándola de una úlcera cancerosa, cuyos milagros vamos á referir interin se continúan en Roma las diligencias para la solemne Beatificación de nuestro Brindis.

4. El primer milagro aprobado por la Sagrada Congregación, es el siguiente: En Nápoles, Pedro Ciofo, cirujano famoso, habiéndole llamado para sangrar á Eugenia de Apuzo, no pudiendo sujetar el brazo de la enferma por los violentos movimientos, le cortó con la lanceta, no sólo la vena sino también la arteria. Corría sangre sin medida, porque habiendo llenado muchos vasos en breve tiempo, no sólo bañó todo el vestido, ropas y cama de la enferma, sino que corría la sangre por el suelo sin haber modo de detenerla, siendo este uno de los casos desesperados en que no alcanzan los

esfuerzos todos de la medicina. Ni servían ligaduras, ni bastaban vendas, ni aprovechaban cabezales, y la enferma se iba muriendo por instantes, exangüe y sin aliento. Acordóse en tan evidente peligro que tenía un pedazo de un pañuelo de los que servían al varón santo en la Misa para recoger las lágrimas: mandóle traer, y con mucha fe se encomendó al siervo de Dios y dijo al cirujano se le aplicase á la herida. Pero ¡oh prodigio! apenas tocó á la vena rota aquella santa reliquia cuando, de repente, cesó la sangre, se cerró la vena, se consolidó la arteria: siguiéndose á esto otros prodigios, pues ni en el pañuelo apareció mancha alguna de sangre, ni se conoció señal de la cicatriz, recobrando el espíritu la enferma y volviendo á su color natural como si nada le hubiera sucedido. Hizose auténtica averiguación, y fué el primer milagro de los aprobados por la Sagrada Congregación.

5. El segundo fué con Clara de Cossaghis, natural de Abiagrasso, en el Estado de Milán. Padecía esta señora un horrible cancro en un pecho, viviendo, ó por mejor decir, muriendo atormentada de vivísimos dolores, creciendo éstos aun más allá del sufrimiento humano; profundizaba tanto la llaga que casi se descubría el corazón, y por

consiguiente iba cundiendo la dèsdicha bien alimentada, saliendo aquel martirio tremendo en lastimosa palidez al rostro y prorrumpiendo tal vez en quejas desconocidas del albedrío; siendo un mal tan prolijo y tan horrible, que bastaba á sacar ayes á una estatua de bronce. Causaba á los médicos y cirujanos lastimoso horror el ver que lo más levantado del pecho había pasado á sepulcro horroroso donde el corazón estaba tristemente enterrado, aunque mal cubierto. Brotaba mucha copia de agua y de materia, derramándose indeficientemente los espíritus vitales y acercándose cada día á los umbrales de la muerte. Habianse agotado todos los esfuerzos del arte, aunque en vano; todos los facultativos la daban por incurable. En tan terrible conflicto recurrió la paciente con lágrimas y con gemidos al cielo, pues no quedaba ya recurso á lo humano. Oyó referir los muchos prodigios que obraba el siervo de Dios Fr. Lorenzo, y poblado su espíritu de fe, los ojos de lágrimas y el alma de afectos, que batía en su favor las alas de la esperanza; hallándose inspirada de un interior aliento que movía su corazón casi difunto, ofreció ayunar tres sábados á pan y agua en honor del Santo Lorenzo y visitar en estos días la iglesia de

los Capuchinos si alcanzase del Señor la deseada salud. Oyó sus votos por intercesión de su siervo Lorenzo, y desde aquel instante empezó á sentir los efectos de su patrocinio; fueron cesando los dolores, cerrándose aquella herida cubriéndose toda de carne fresca, con asombro de los cirujanos y médicos, que en pocos días vieron que no quedaba vacío alguno, porque había recuperado todo lo que el mal tirano en mucho tiempo había lentamente mordido. Vieron extendida perfectamente la piel, sin que hubiese dejado huellas, surcos ó cicatrices el mal, siendo este uno de los portentos que más admiraban los cirujanos, como hazaña que desconocen el arte y la experiencia, en una tan espantosa llaga; pero quedó el campo rojo, señalando una como rosa bien encendida el terreno que había ocupado por tanto tiempo la desgracia, para que sirviese de recuerdo á la memoria. Calificóse este caso entre los milagros que se gradúan de tercera clase.

6. Volvemos, pues, á tomar el hilo de la historia; continuando la Santidad de nuestro Beatísimo P. Pío VI en favorecer la causa de su amado Brindis, y no faltando ya para la solemne Beatificación más que la Congregación que se llama de *Tuto*,

señaló Su Santidad el día 17 de Abril de 1783, en que cayó el Jueves Santo, día solemnisimo y memorable para celebrar la Iglesia la institución del Augusto Sacramento, y señalado para el Santo Lorenzo por el prodigio que el Señor obró con él en la ciudad de Gratz, en la Stiria, como queda dicho en otro lugar ¹, y mucho más por el grande afecto y devoción del varón santo á este divino misterio. En este dia, que sin duda es el más solemne, el más sagrado y devoto, y por consiguiente el más ocupado de todo el año para los eclesiásticos; en este día, pues (que es cosa muy rara y digna de admiración y estimación), juntó Su Santidad la Congregación con todos los Cardenales y Prelados que la componen, y declaró: «Que en atención á estar aprobadas en grado heroico las virtudes del siervo de Dios Fr. Lorenzo de Brindis, Capuchino, y aprobados también sus milagros, *tuto procedi potest ad ejus solemnem Beatificationem*. Seguramente se podía proceder á su solemne Beatificación». En cuya suposición, y habiendo precedido muchas oraciones y rogativas, expidió Su Santidad la Bula de su Beatificación á 23 de Mayo de 1783, que empieza: *Illustrium pietate*, señalando

1 Cap. 4, n. 4.

en ella el día 1.º de Junio para la Beatificación del siervo de Dios, como efectivamente se celebró en Roma en la iglesia de San Pedro con la mayor solemnidad y magnificencia, de cuyas fiestas se imprimieron varias relaciones. También concede Su Santidad en la misma Bula licencia para rezar del Santo Lorenzo todos los años el día 7 de Julio, con oficio doble y oraciones propias que pondremos después. Extendiéndose esta concesión á toda la Orden de Capuchinos de ambos sexos, y á todas las personas, así seculares como regulares de uno y otro sexo que están obligadas al oficio divino, en el pueblo de *Villafranca del Bierzo*, donde está y se venera su sagrado cuerpo; en la ciudad de *Lisboa*, donde murió, y en la ciudad de *Brindis*, donde nació; y en cuanto á la Misa concede también Su Santidad la puedan decir todos los sacerdotes que concurren á las iglesias donde se rece del Santo. Y porque en las tres oraciones de la Misa (que es concesión muy singular en un solo beatificado) se contienen las virtudes más heroicas que resplandecieron en el siervo de Dios, y como calificadas por la iglesia merecen más fe, las hemos querido poner aquí.

PRIMA ORATIO

Deus, qui ad ardua quaeque pro nominis tui gloria, et animarum salute Santo Laurentio confessori tuo, spiritum consilii, et fortitudinis contulisti: da nobis in eodem spiritu, et agenda cognoscere, et cognita, ejus intercessione perficere. Per Dominum, etc.

SECRETA

*Ad caeleste convivium fac nos Deus, salutari-
bus penitentiae lacrimis dignos accedere, quod bea-
to Laurentio vitae candor suavissimum efficiebat.
Per Dominum, etc.*

POST COMMUNIO

*Divinitatis tuae Domine, sempiterna fruitione
satiemur, quam beatus Laurentius in sacro altaris
misterio praegustabat. Per Dominum, etc.*

7. Finalmente, veneramos ya en los altares al ilustre vasallo español el Santo Lorenzo de Brindis, cuya gloriosa Beatificación se debe á la devoción y afecto de nuestro santísimo P. Pío VI y á la eficacia y solicitud de su alteza real el eminentísimo señor Cardenal duque de Yorch, ponente de la causa, gobernando España nuestro católico monarca Carlos III, y toda la Orden seráfica de los Capuchinos el excelentísimo y reverendísimo P. Fr. Erardo de Radkerspurgo. Debe alegrarse toda la

Iglesia santa (y con singular razón en los tiempos presentes) de ver ya colocado en las aras al que fué *martillo y terror de los herejes* de aquella edad, y será confusión y asombro de los impíos é incrédulos de este siglo. Será, sin duda, la vida de nuestro grande héroe de mucho consuelo y alegría para los buenos, y de terror y espanto para los malos, pues brilla en él la divina gracia con particular esmero. Desde niño se admiró gigante en su oriente, mereciendo aun en su cuna las más respetuosas atenciones de la fama, siendo ejemplar de todas las virtudes. En la Religión fué espejo de la más rígida observancia y norma de Prelados. Alumbró este luciente astro del cielo y seráfico Capuchino con su predicación y doctrina á todas las naciones, á todos los reinos, á todas las provincias y aun á todo el mundo. Fué un Crisóstomo de su tiempo, ó un segundo Pablo; trajo millares de herejes al rebaño de Jesucristo; redujo infinidad de herejes á la fe católica, apostólica, romana; convirtió un sinnúmero de pecadores, sacándolos del vicio y lazos de Satanás y colocándolos en el camino de la vida eterna. Alcanzó victorias de los turcos; venció poderosos ejércitos de enemigos; triunfó de los protestantes en disputas, en

Congresos, en Asambleas y en Dietas; pacificó muchas veces el Imperio romano y provincias de Alemania; fué el arco iris de las guerras sangrientas de Saboya y de toda Italia; fué el consejero, el maestro y director de los Emperadores, Reyes, Príncipes y Potentados; fué el consultor de Pontífices, Obispos y Cardenales; fué Legado apostólico, Nuncio y Embajador á muchas Cortes y soberanos de Europa; fué el oráculo de su siglo, en cuya gran cabeza se vieron habitar, como en su nido, la prudencia, el arte político y las más profundas máximas para el gobierno acertado; fué luz del mundo que alumbró á todos los vivientes con su doctrina y ejemplo. El venerado de los pueblos, el amado de los buenos, perseguido de los malos, el que abría los cielos á milagros, el órgano del Espíritu Santo, por donde respiraba revelaciones y profecías. Varón tan gigante, que no se atreve la esperanza á caminar en busca de otro que le iguale, aunque lo solicite por el anchuroso campo de los siglos, de los deseos y aun de los discursos. Últimamente, nuestro Santo Lorenzo es aquel gran sacerdote de cuyo fervoroso espíritu y ardiente devoción al augusto Sacramento apenas se hallará ejemplar en las historias. Hombre (si así se pue-

de llamar) á quien se halla obligado todo el orbe. Cuando niño vistió el hábito de los PP. Conventuales, después el hábito clerical; profesó, y trajo el hábito Capuchino. Cuando muerto le pusieron el hábito de los PP. Observantes, y, finalmente, vivió no poco tiempo en San Gil de Madrid, entre los PP. Descalzos. De Alejandro Magno se dice que, dejando el traje de su patria, se vistió el de los persas para hacerse agradable á ellos: así parece que nuestro Santo Lorenzo quiere hacerse para todos. Gloríase nuestra España de haber tenido un tan excelente vasallo; pero esta gloria no ha de ser gloria vana, sino gloria de tener un tan gran santo para imitar sus virtudes; de tener un protector tan ilustre, que sin duda lo será en el cielo para con Dios y mirará á estos reinos y á su católico monarca con benignos ojos, alcanzando del Señor mil bendiciones celestiales.

8. Las funciones que se han hecho por todo el orbe de la Beatificación de nuestro Brindis, han sido muy solemnes. En Roma, además de las magníficas que se celebraron en el Vaticano el día 1.º de Junio del año pasado de 1783 con aquella grandeza que se acostumbra, se celebraron en nuestro convento de aquella ciudad el día 9 de Ma-

yo y siguientes de este presente año con mucha solemnidad y concurso de Cardenales, y Su Santidad fué con el acompañamiento acostumbrado á decir Misa al Santo. La provincia de Cataluña ha celebrado estas fiestas en todos sus conventos, los días 9, 10 y 11 de este año; y esta santa provincia de Castilla, que le reconoce por Padre y fundador, le está celebrando en sus conventos; y sólo referiremos las que se han celebrado en este convento de San Antonio del Prado, donde puso la primera piedra para su fundación.

9. Dióse principio á estos sagrados cultos el día 2 de Julio por la tarde, cantando el *Te Deum laudamus* y Vísperas muy solemnes, con repique general de campanas en todas las iglesias de la Corte.

Día 3 de Julio. Hizo la fiesta el Rey nuestro señor (q. D. g.), celebrando de pontifical el Ilmo. Sr. D. Francisco Mateo Aguiriano y Gómez, Obispo de Tagaste y Auxiliar de este Arzobispado. Predicó el Excmo. Sr. D. Francisco Antonio de Lorenzana, Arzobispo de Toledo, Primado de las Españas.

Día 4. Hizo la fiesta el Príncipe nuestro señor (q. D. g.); asistieron al altar y púlpito los Rvdos. PP. Observantes, y pre-

dicó el muy Rvdo. P. Fr. Fulgencio de Huerta.

Día 5. Hizo la fiesta la Princesa nuestra señora (q. D. g.): predicó el muy Reverendo P. Fr. Buenaventura de Llodio, Capuchino.

Día 6. Hizo la fiesta el serenísimo señor Infante D. Carlos (q. D. g.): asistieron los Rvdos. PP. Agustinos Calzados: predicó el muy Rvdo. P. Fr. Isidro Antonio Hurtado.

Día 7. Hizo la fiesta el serenísimo señor Infante D. Felipe (q. D. g.): asistieron los Rvdos. PP. Carmelitas Calzados: predicó el muy Rvdo. P. Fr. Juan Gil.

Día 8. Hizo la fiesta el serenísimo señor Infante D. Gabriel (q. D. g.): asistieron los Rvdos. PP. Trinitarios Calzados: predicó el muy Rvdo. P. Fr. Nicolás Lobato.

Día 9. Hizo la fiesta el serenísimo señor Infante D. Antonio (q. D. g.): asistieron los Rvdos. PP. Mercenarios Calzados: predicó el muy Rvdo. P. Fr. Joaquín de Moriones.

Día 10. Hizo la fiesta la serenísima señora Infanta D.^a María Josefa (que Dios guarde): asistieron los Rvdos. PP. Victorios: predicó el muy Rvdo. P. Fr. Juan González Sandoval.

Día 11. Hizo la fiesta el serenísimo señor Infante D. Luis (q. D. g.): asistieron los Rvdos. PP. Cayetanos: predicó el muy Reverendo P. D. Pedro Díaz Guereñu.

Día 12. Hizo la fiesta el excelentísimo señor Duque de Medinaceli, nuestro Patrón: asistieron los Rvdos. PP. Clérigos Menores: predicó el muy Rvdo. P. Juan de Montoya.

Día 13. Hizo la fiesta la excelentísima señora Duquesa de Medinaceli, nuestra Patrona: asistieron los Rvdos. PP. Trinitarios Descalzos: predicó el muy Rvdo. P. Fray Tomás de la Virgen.

Día 14. Hizo la fiesta el excelentísimo señor Marqués de Cogolludo y Duque de Santisteban: asistieron los Rvdos. Padres Agustinos Recoletos: predicó el muy reverendo P. Fr. Miguel de Jesús María.

Día 15. Hizo la fiesta la excelentísima señora Duquesa de Santisteban, Marquesa de Cogolludo: asistió la Sagrada Comunidad de PP. Capuchinos del Pardo: predicó el muy Rvdo. P. Fr. Juan de Zamora.

Día 16. Hicieron la fiesta los excelentísimos señores Marqueses de Mortara: asistió la Sagrada Comunidad de PP. Capuchinos de la Paciencia: predicó el muy reverendo P. Fr. Benito de Cárdenas.

Día 17. Hizo la fiesta la Archicofradía Sacramental de San Sebastián, unida con nuestra Sagrada Comunidad. Celebró de pontifical el Ilmo. Sr. D. Agustín Rubín de Cevallos, Obispo de Jaén é Inquisidor general: predicó el muy Rvdo. P. Fr. Francisco de Villalpando.

Día 18. Hizo la fiesta la coronada villa de Madrid, con asistencia del venerable Cabildo, de señores Curas y Beneficiados: predicó D. Juan Antonio de Ayala, cura de Santiago de esta villa.

Después de estos sagrados cultos hubo otros devotos que mostraron su afecto al Santo Lorenzo, entre los cuales sobresalieron los excelentísimos señores Duques de Arión.

10. Últimamente hacen conmemoración del siervo de Dios (además de los autores citados en el prólogo) los que referimos abajo ¹, engrandeciendo todas sus virtudes y haciéndole digno de los honores que hoy goza en las sagradas Aras. El Señor

1 López, lib. xiii. *Histor. Ecclesiast. Gravina in voce turturis, ubi de Capuccinis. Ardinghelus ostensione 4. Coriolano, Breviario Cronológico*, fol. 395, n. 391. Ughello, *cum notis Coleti in Italia Sacra*, tom. ix. *Provincia 19*, fol. 395, número 7. Martirologio Franciscano 11. *Kalendas Augusti. Juan Baptista de Perusio in Prolog. ad vit. S. Felicis de Cantal. Thielmano, tom. 1, vitar. SS. Ordinis Seraph. Ildefonso Fernández, in sua historia Eccles.*, lib. iii, cap. 3.

haga, por su intercesión, que logremos verle por eternidades en la gloria. Amén.

La ciudad de Verona, siempre devota del varón santo, le dedicó este epitafio compuesto por Claudio, Jurisconsulto veronense:

*Laurentium Brundisium
Divini eloquii concionatorem
Ex Ordine Seraphico
Capuccinorum
Nostra tempestate primarium,
Nihil terreni habentem
In terris commorantem aspeximus,
Ad Caelum nunc translatum intueamur:
Cujus incontaminati mores,
Vita irreprehensibilis,
Mors religiosissima,
Innumera miracula,
Fama Sanctissima
Sunt in causa, ut Pastor Summus
Inquisitione non levi praeambula
Palàm profiteatur
Ejus nomen inter Divos referre:
Quod numquam tam cito evenisse
Nos monumenta docent.
Hunc itaque Patronum apud Deum
Eligamus,
Ut petitionum nostrarum
Compotes fieri certò certiùs sperare
Possimus. Amen.*

HASTA AQUÍ EL AUTOR

Se sabe por documentos de últimos del siglo pasado que las demás provincias de España, y en particular la nuestra de Cataluña, como dice el autor, rivalizaron con la de Castilla en solemnizar las fiestas del Santo Lorenzo de Brindis, General de toda la Religión Capuchina, con todo el esplendor compatible con la seráfica pobreza, y que se aumentó mucho la devoción á tan gran Santo, glorificándole Dios con estupendos milagros para llegar á su solemne Canonización, como veremos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XXIX

Solemne Canonización del Santo Lorenzo de Brindis.

DESPUÉS de la Beatificación del siervo de Dios, cada día creció más y más la devoción; de modo que muchos fieles alcanzaron del Señor grandes favores por la intercesión del glorioso Santo. Esto movió al postulador de la causa á dirigir reverentes súplicas al Sumo Pontífice Pío VI para que se volviese á tomar en consideración la causa; y el día 22 de Diciembre de 1784, tuvo á bien designar la Comisión que se llama de Reasunción. Después se instruyeron en Roma y en Cervera, ciudad del

obispado de Solsona en España (Cataluña), los procesos apostólicos sobre dos de los varios milagros obtenidos por la intercesión del siervo de Dios después de su Beatificación. He aquí brevemente su historia.

2. Era el año de 1785, y un niño de cinco años, llamado Pedro Pablo Friggeri, natural de Roma, de constitución muy débil, comenzó á experimentar un gran dolor en la rodilla izquierda y á quejarse continuamente. Observaron sus padres que había aparecido una fuerte hinchazón que le causaba agudos dolores y le impedía de andar, tanto que tuvieron que descoserle y ensancharle los pantalones; mas á pesar de esto no podía tenerse en pie, y le fué preciso guardar cama. Viendo, pues, que en vez de ceder aumentaba el mal, se resolvieron á llamar un cirujano; pero éste, después de examinar al doliente, no conoció la índole del tumor; no obstante, mandó que le aplicasen algunos paliativos confiando que con ellos tal vez se resolvería. Mas no fué así, sino que se agravó mucho más: en la segunda visita que le hizo notó que la hinchazón se había extendido desde el principio del fémur hasta la rótula, y tocándole ligeramente la parte lesionada le pareció que se había formado un absceso, y para procu-

rar la supuración ordenó que le aplicasen un emplasto de migas de pan con leche y malvas; pero si bien vino la supuración, no obstante, el tumor había crecido mucho más y presentaba suma gravedad. El doctor Austini, que también visitó al enfermo, fué de parecer que el tumor no sólo ocupaba la parte anterior de la rodilla, sino también las partes laterales y adyacentes, presentando un color rojo oscuro y supurando bajo la celular unas materias corrompidas que se internaban profundamente. En vista, pues, de esta gravedad, aconsejó que se le operara y se le hiciera la incisión; el cirujano Giustí opinó lo mismo. Mas éste, al operarle, notó que del tumor salía una gran cantidad de humores pútridos sanguinolentos que, lejos de aliviar al paciente, le agravaron de tal manera, que no pudo menos de manifestar á sus padres que temía un funesto resultado para su hijo, ya por la duración de la enfermedad, ya porque los humores corrompidos producirían las caries en el hueso, lo cual así sucedió, abriendo nuevos agujeros, dos á la parte interna allí donde se había hecho la incisión, y dos en la parte externa sobre el dorso de la testa del fémur.

3. El estado del niño era gravísimo,

pues el mal había interesado á los huesos, y, por último, apareció la necrosis¹; las úlceras abiertas destilaban un humor purulento, negruzco y fetidísimo. Tan grave se había hecho la enfermedad, que el doctor Austini declaró que había perdido ya toda esperanza de curarlo. Viendo los afligidos padres que la ciencia médica se declaraba impotente para sanar á su querido hijo, resolvieron, como cristianos, acudir á Dios y pedir, por la intercesión de la Santísima Virgen, la salud del niño; y al efecto el padre, en Octubre de 1786, salió de Roma para dirigirse á la ciudad de Loreto con objeto de visitar la santa Casa y suplicar humilde y fervorosamente á María, salud de los enfermos, por su amado hijo. Entre tanto el niño se agravó tanto, que su desconsolada madre temió que iba á expirar. El padre, al regresar á su casa, encontró á su hijo en un estado tan crítico y desesperado, que inmediatamente se fué en busca del doctor Giustí; mas éste le recibió mal y hasta con aspereza, diciéndole: «Ya os lo he dicho varias veces: que no tengáis

1 Necrosis, ó corrupción de vida en un hueso, ó en parte de él, debida á la impresión del aire ó encontrarse descuabierto, á las fracturas, á los diferentes virus, etc.—Estado de los huesos privados de vida por alguna de las causas expresadas, ó por otras de semejante naturaleza.

«esperanza alguna sobre la curación del niño, pues para alcanzarla se necesita un gran milagro». Á esta respuesta tan triste y categórica comprendió que no había recurso humano, y se volvió á casa; y cuando más afligido y desconsolado estaba, se presenta Fr. Valentín de Cadore, Capuchino que hacia la cerca de aceite, á recoger la limosna que el padre solia darle. Mas viendo Fr. Valentín la gran tribulación que sufrían tan buenos y caritativos padres, se conmovió, y les dijo: «Ea, tranquilizaos; tened fe en el Santo Lorenzo de Brindis, suplicadle, como ya os lo he dicho otras veces, y él, que obra tantos milagros, os obtendrá la curación de vuestro tierno hijo; traedle á nuestra iglesia á fin de que el sacristán santigüe su rodilla enferma, y obtendréis, no lo dudéis, la gracia que deseáis». Así lo hicieron, y la madre y una tía, á principios de Noviembre, lo presentaron á la iglesia de la Inmaculada Concepción de PP. Capuchinos; y tan luego como el P. Sacristán puso en la rodilla enferma una reliquia del Santo Lorenzo obróse el milagro, pues al llegar á su casa y al querer desatar los vendajes para curarle, vieron con gran admiración y asombro que había desaparecido la hinchazón, y que la parte

enferma estaba en su estado natural, quedando solamente las cicatrices de tres agujeros cubiertos de piel de color rosado.

4. Esta curación fué instantánea, y después nunca jamás padeció el niño Pedro Pablo dolor alguno, ni en la parte enferma ni otro semejante durante su vida, caminando suelto y expedito, tanto, que cuando se hizo el proceso, y él tenía siete años de edad, obtuvo una plaza de Monacillo en la Basilica de San Pedro del Vaticano.

Todo lo cual afirman unánimemente el niño, los padres, los médicos que le asistieron, los religiosos, seculares, parientes y conocidos que le vieron enfermo.

La Sagrada Congregación de Ritos ha calificado este milagro del modo siguiente:

«Instantánea y perfecta curación del niño
•Pedro Pablo Friggeri, de un tumor blanco incurable en la rodilla izquierda con
•caries de los huesos.»

5. María Angélica Salat y Trull, habitante de Cervera, ciudad del Obispado de Solsona (Cataluña), desde su nacimiento en 1739 tenía una constitución flemática biliosa y una afección en la sangre que á menudo le producía graves incomodidades. Llegada á la edad nubil casóse con Jaime Salat, de quien tuvo muchos hijos, de los

cuales cinco murieron en temprana edad, causándole gran pena y sentimiento, principalmente uno que, estando de noche á su lado, falleció repentinamente, lo que la affigió de tal modo que enfermó gravemente, dando indicios claros de descomponérsele la sangre.

6. El estado de su pobreza no le permitía emplear los remedios oportunos para combatir los progresos de la enfermedad, y así fué que, no sólo la descuidó, sino que se vió aun precisada á entregarse á las faenas del campo para ganarse el sustento. En esta precaria situación continuó hasta los cuarenta y cinco años (siendo entonces el año de 1784), edad llamada crítica por los médicos, y lo fué para ella, pues el mal que había permanecido oculto ó en el interior del cuerpo se desarrolló y le produjo en las piernas una grande erupción herpética. Además todo el cuerpo se cubrió de pústulas, causándole una desazón tal que la forzaban á rascarse con las uñas, y con esto se le formó un humor acre y sanguinolento que, cuajándose, se convertía en gruesas y asquerosas costras. El mal se extendió luego por todo el cuerpo, y el humor invadió el tejido celular y las partes internas de la piel; las piernas y los pies se le hincharon en extremo: las fric-

ciones con materias venenosas, que equivocadamente le prescribieron para aliviarla, lejos de combatir el mal, lo exasperaron; las pústulas se abrieron y se convirtieron en grandes úlceras; la sangre corrompida, negra y pútrida que manaba continuamente, hizo juzgar al médico que se principiaba ya la gangrena. Cuatro días después se había perdido toda esperanza de curación. Estenuada y sin fuerzas languidecía en el lecho, pareciendo más bien un cadáver que un sér viviente.

7. En este triste y desesperado estado la encontró una amiga suya que vino á visitarla, llamada María Treisa, mujer de Magin Llorach, la cual se esforzó en persuadirla que recurriese á la intercesión del Santo Lorenzo de Brindis... le agradó á la enferma tan piadoso consejo, y prometió que haría una novena al Santo para obtener por su mediación la salud. Dos días después bajó con grandes trabajos á la cocina con intención de ir á la iglesia de los Padres Capuchinos; mas á causa del mucho dolor y cansancio se quedó dormida sobre la mesa. Despertó poco tiempo después, y sintiéndose algo más fuerte quería ponerse en camino; pero la debilidad de las piernas no se lo permitió. No obstante se esforzó, y ayudada

de Magin Llorach salieron á visitar dicha iglesia, adonde llegaron con mucho trabajo; se dirigió al altar del Santísimo Sacramento, donde oró con fervor y piedad; en seguida pasó al altar del Santo, pidiéndole con fe y confianza que intercediese á su favor. Hecha la súplica la enferma se levantó sola sin ayuda de nadie, y cuando iba á salir del templo sintió que el vendaje que cubría las úlceras se le caía, que habia recobrado las fuerzas y que estaba perfectamente sana. Gozosa y agradecida entró de nuevo á la iglesia, y de hinojos hizo su acción de gracias á su Dios y al Santo Lorenzo por tan gran beneficio. Al volver á casa encontró á uno de sus hijos, quien al verla tan ágil y contenta, le preguntó: «¿Qué es esto, madre mía, que la veo tan suelta y cambiada?» «Hijo mio, contestó ella, estoy enteramente curada; el Santo Lorenzo de Brindis me ha obtenido de Dios nuestro Señor, instantáneamente, la más perfecta salud».

8. En efecto: desde aquel día todos pudieron convencerse de la verdad del milagro. El cirujano que la asistía, al subir la escalera, oyó que le decía: «¿Adónde va usted, adónde va? Puede usted retirarse, porque ya estoy buena». No obstante quiso ver las piernas y rodillas, y se convenció

que en realidad estaba curada y sana. Diez años después del milagro fué visitada por los peritos del arte, quienes después de un minucioso y concienzudo examen la hallaron perfectamente curada, tanto que parecía increíble que hubiera ella nunca padecido dolor alguno, reconociendo todos con el cirujano que esto sólo se podía atribuir á un verdadero milagro.

El día 11 de Septiembre de 1881 ¹, la Sagrada Congregación de Ritos calificó esta grave enfermedad de «Instantánea y perfecta curación de María Angélica Salat y Trull, de una maligna y larga dermatosis, ó enfermedad cutánea, con erupciones é inflamación pustulosa y ulcerosa de todo el cuerpo, en particular de los tejidos que tienen relación con los muslos, y caquexia de la enferma, ó sea malestar ó desfallecimiento general del cuerpo».

9. Sobrevino poco después la guerra á últimos del siglo pasado, tanto en España como en Italia, y los planes funestos de las sectas revolucionarias que ya casi hace un siglo están desolando toda la Europa, dirigiendo sus tiros á la Iglesia y á su parte escogida las corporaciones religiosas; y de aquí es que fué retardada la discusión de

1 Véase el Decreto de la S. Congregación en el Apéndice.

estos dos milagros, y solamente en el año de 1873 fueron propuestos en la Sagrada Congregación y aprobada la validez de los procesos que se habían hecho. Después se vino á la discusión de los mismos milagros, primeramente en la Congregación antipreparatoria tenida en la habitación del eminentísimo Cardenal Luis Bilio, Obispo de Sabina, relator de la causa, el día 11 de Enero del año 1877; después fueron de nuevo discutidos en la Congregación preparatoria que se tuvo en las salas del Vaticano, delante de Su Santidad el Papa León XIII, el día 16 de Diciembre de 1879; el ya dicho eminentísimo Cardenal Luis Bilio, relator de la causa, propuso la duda: *Si y de cuales milagros consta en el caso y al efecto de que se trata?* Sobre los cuales los reverendísimos Cardenales de la ya citada Congregación, y cada uno de los consultores, dieron sus votos. Y después que Su Santidad los hubo escuchado, exhortó á todos á rogar fervorosamente á fin de alcanzar en la decisión de este importante asunto la gracia que necesitaba del Padre de las luces.

El día, pues, 11 del mes de Septiembre de 1881, tuvo lugar en el palacio apostólico del Vaticano, delante de Su Santidad León XIII, la solemne ceremonia de la lec-

tura y publicación de los dos decretos de la Sagrada Congregación de Ritos, sobre la aprobación de los milagros y sobre la declaración de poderse proceder con toda seguridad á la Canonización de *Santo Lorenzo de Brindis*, de la Orden de los Menores Capuchinos, y de la *beata Clara de Monte Falco*, de la Orden de los Ermitaños de San Agustín.

10. Poco después de las once de la mañana Su Santidad, acompañado de su noble Anticámara, entró en la sala del trono, en el cual se sentó rodeado de los monseñores Mayordomo y Maestro de Cámara, Limosnero y Sacristán, asistiendo al lado derecho, sentados en el lugar correspondiente, los eminentísimos y Rvdmos. Sres. el Cardenal Di Pietro, Decano del Sacro Colegio, en lugar del Emmo. y Rvdmo. Sr. Cardenal Bartolini, Prefecto de la Sagrada Congregación de Ritos, ausente de Roma; el señor Cardenal Bilio, Ponente de la causa del Santo Lorenzo de Brindis, y Martinelli, Ponente de la Beata Clara de Monte Falco; al lado izquierdo estaban los Ilmos. y Rvdmos. monseñores Ralli, Secretario de la Sagrada Congregación de Ritos, Salvati, Promotor de la Fe, y Caprara, Asesor de la misma Congregación.

11. Delante del trono pontificio estaban los Rvdmos. P. Gil de Cortona, Ministro General de Menores Capuchinos; el Padre Amadeo de Orvieto, de la misma Orden, Postulador de la causa del Santo Lorenzo de Brindis; el P. José Sepiacci, Procurador General de la Orden de Ermitaños de San Agustín, y el P. Sebastián Martinelli, Vicepostulador de la causa de la Beata Clara de Monte Falco, en lugar del Postulador Padre Nicolás Primavera, gravemente enfermo.

Seguían después los Abogados y Procuradores de las respectivas causas, y una Comisión de las sobredichas Órdenes religiosas.

Asistía también á la solemne ceremonia el Ilmo. y Rvdmo. Mons. Fidel Suter, Arzobispo de Ancira y Vicario Apostólico de Túnez, de la Orden de Menores Capuchinos, y otros Prelados respetables.

12. Obtenido el permiso del Santo Padre, á una indicación del Prefecto de las Ceremonias fueron leídos sucesivamente los Decretos ya antes citados, y luego los Oficiales de la Sagrada Congregación de Ritos se fueron á besar el pie á Su Santidad, como lo prescribe el ceremonial.

Después los reverendísimos PP. Postu-

ladores de las dos causas dirigieron á Su Santidad un discurso de acción de gracias, el primero por la Orden de Menores Capuchinos, y el segundo por la Orden de San Agustín.

13. Entonces Su Santidad se levantó y tuvo á bien responder con el siguiente discurso:

«Nuestro espíritu rebosa de verdadero júbilo por la solemne publicación de los dos Decretos, á la cual hemos asistido.

La Canonización de los Santos siempre es motivo de alegría para la iglesia católica y para su Cabeza visible que la gobierna. Y Nos tenemos doble motivo de satisfacción y alegría de poder contar en el número de los Santos á dos gloriosísimos: el Santo Lorenzo de Brindis y la Santa Clara de Monte Falco.

La memoria del Santo Lorenzo, hacia el cual, desde Nuestra juventud, abrigamos sentimientos de tierna devoción y afecto especial, muy oportunamente se despierta entre los hombres en los tiempos que corren. Como ya habéis oído al leer los Decretos, este gran siervo de Dios, bajo el humilde hábito de San Francisco, ocultaba las dotes más sobresalientes de la naturaleza y los dones más sublimes de la gracia; y su

vida incansable y maravillosa, toda ocupada en beneficio de los prójimos, no fué otra cosa que una gloria llena de esplendor para el Orden Seráfico, al cual pertenecía, y de las otras Órdenes religiosas tan beneméritas de la humanidad, y, no obstante, tan perseguidas y ultrajadas en nuestros días.

14. Los Romanos Pontífices no dudaron ni un momento en confiar á la actividad y sabiduría del Santo Lorenzo los asuntos más arduos y delicados; y Él en nombre del Vicario de Jesucristo, y bajo los impulsos de la caridad más ardiente, emprendió largos y continuos viajes, penetró en diversas regiones, estudió sus necesidades y héchose todo para todos, con la palabra y con las obras derramó en todas las partes que pudo los influjos benéficos de su celo apostólico. Con fina sagacidad supo cautivar también el ánimo de los Reyes, los cuales, porque fueron dóciles á los consejos de aquel religioso, pudieron estrechar entre sí felizmente aquellas santas alianzas, las cuales, bien que dirigidas á combatir los enemigos de la fe, sirvieron poderosamente para asegurar sobre sólidas bases la tranquilidad de sus reinos, gozando la paz deseada. De lo que se sigue que al levantar al honor de los altares á este gran Franciscano, Nos alienta la es-

peranza que, mediando su intercesión, los pueblos y los Príncipes, escuchando con docilidad la voz de la Iglesia, volverán á la recta senda y así podrán evitar los peligros que les amenazan de inevitable ruina.

15. Mas no Nos es menos grata y alegre la memoria de la Santa Clara de Monte Falco, pues que Nos complacemos en recordar que, cuando gobernábamos la iglesia de Perusa, dos veces visitamos su santuario y allí ofrecimos dos veces el incruento sacrificio en el altar en que reposan sus restos mortales, y llenos de admiración y amor observamos las preciosas, enteras é incorruptas reliquias de esta Virgen, y sobre todo su corazón, tan famoso por las admirables impresiones que recibió de la Pasión del Redentor. Y ahora que estamos encargados del gobierno de la Iglesia universal, Nuestra veneración por esta Virgen se ha aumentado y Nuestra confianza en ella es completa y entera.

16. Á Nos nos parece que debemos confiar mucho en su poderosa protección ahora que está en el cielo. No es la primera vez que Dios se ha servido de humildes y tiernas Virgenes para llevar á cabo sus inscrutables designios en favor de la Iglesia y de su Cabeza visible. Se celebraron hace

poco con toda solemnidad en Italia, con motivo de las fiestas del Centenario, las glorias de la heroica Virgen Catalina de Sena, que fué un instrumento del cual se valió Dios para que los Romanos Pontífices, después de una larga ausencia, volviesen á su verdadera Sede de Roma libres é independientes.—En las tristes circunstancias en que estamos, y también la Iglesia, lo que tiene decretado la Providencia, Nos no lo sabemos, ni queremos investigarlo. Pero en estos Bienaventurados (Beati) que vamos á levantar á los honores y glorias de la Santidad, Nos ponemos las más fundadas esperanzas, mucho más si al Santo Lorenzo de Brindis y á la beata Clara de Monte Falco se unen el beato Benito Labre y el beato Juan Bautista de Rossi, los cuales todos representan las diversas clases sociales; y así es que la entera Sociedad que está débil, flaca y enferma reclama su salud de estos Bienaventurados por medio del Magisterio infalible de la Iglesia Romana que los encumbra al supremo honor de los altares.

17. Con esta dulce esperanza que nos alienta, recibid, hijos dilectísimos, la Bendición Apostólica que de lo íntimo de nuestro corazón os damos á todos los que estáis

aquí presentes, y extendemos á la Orden de San Francisco y de San Agustín, y de un modo especial á las sagradas Vírgenes de Monte Falco.»

Después de todo esto, los ya nombrados Rvdmos. Postuladores presentaron al Santo Padre respetuosamente las copias de los respectivos decretos, y luego le besaron el pie junto con los Abogados y Procuradores, el Sindico Apostólico de los Menores Capuchinos y la Comisión de las sobredichas Órdenes religiosas, á las cuales pertenecen los Beatos comprensos.

Ya á su debido tiempo el Ilmo. Antonio Cataldi, Protonotario Apostólico Prefecto de las Ceremonias, con fecha 8 de Junio de este año había, según costumbre, por orden de Su Santidad, mandado un aviso á todos los Obispos sobre el traje que habrían de usar el día de la solemne Canonización.

18. Después de la solemne ceremonia de la lectura de los decretos de la Sagrada Congregación de Ritos, verificada, como hemos dicho antes, el día 11 de Septiembre de este año, se han tenido los Consistorios de costumbre, siendo el último el que se verificó el día 25 del pasado Noviembre, en el cual el Comendador Juan Bautista de Dominicis-Tosti, Decano del Colegio de los

Abogados Consistoriales, con una elegante oración latina peroró la causa de los beatos Confesores Juan Bautista de Rossi, Canónigo de la Basilica de Santa Maria in Cosmedin; Lorenzo de Brindis, sacerdote profeso de la Orden de Menores Capuchinos; Benito Labre, seglar de Boulogne sur-mer, Obispado de Arras, y Clara de la Cruz, virgen de Monte Falco, Monja profesada de la Orden de Ermitaños de San Agustín, en presencia del Sumo Pontífice y de aquella augusta asamblea.

Acabada la peroración contestó en nombre de Su Santidad, también con una oración latina, el Ilmo. y Rvdmo. Mons. Mercurelli, Secretario de los Breves á los Príncipes que se hallaban al pie del trono pontificio.

Vueltos á su lugar los Abogados Consistoriales, el Santo Padre, puesto en pie, dió su bendición á los presentes, y subiendo de nuevo en la Silla Gestatoria, precedido y seguido del cortejo acostumbrado, volvió á la Sala de los Adornos, en donde dejó las vestiduras pontificales y luego se dirigió á sus habitaciones particulares.

19. No faltaba más, para llegar al gran día que había de llenar de júbilo al orbe católico, que preparar los ánimos de los

fieles para celebrarlo dignamente, y esto lo hizo el eminentísimo señor Cardenal Vicario de Roma con una invitación sagrada (Invito sacro) dirigida á los habitantes de Roma para que asistiesen á la Novena que debía preceder á la fiesta de la Inmaculada, á las funciones de Cuarenta Horas y á las procesiones que se habían de hacer por el interior de las Basílicas, etc.; y así se hizo. También se publicaron las disposiciones de la Comisión especial nombrada por Su Santidad para la solemne ceremonia de la Canonización, relativas á la distribución de las tribunas y de los puestos en el Aula en que debía verificarse la función.

Finalmente, el día 2 de este mes de Diciembre hubo el último Consistorio semipleno en la Sala Consistorial, en la cual estaban reunidos todos los eminentísimos señores Cardenales y todos los ilustrísimos y reverendísimos señores Arzobispos y Obispos presentes en Roma, con capa morada, los Protonotarios Apostólicos, dos de los más ancianos Auditores de la Rota, el Procurador Fiscal, el Secretario de la Sagrada Congregación de Ritos, el Promotor de la Fe y los Maestros de las ceremonias pontificias.

20. Cerca de las diez de la mañana Su

Santidad, vestido de pontifical y acompañado de su noble Corte, entró en la Sala Consistorial; y habiendo subido al trono y rezadas las oraciones del ritual, dió principio al Consistorio semi-público pronunciando una breve alocución en la cual, recordando sumariamente las virtudes y hechos de los Beatos Confesores, manifestó el deseo que tenía de ponerlos en el catálogo de los Santos. Pero añadió que, antes de llegar á una decisión tan solemne y tan grave, deseaba oír el voto dado libremente de los pastores de la Iglesia de Dios allí presentes.

Entonces los eminentísimos Purpurados y los reverendísimos Arzobispos y Obispos, observando el orden de dignidad y promoción, manifestaron su parecer afirmativo para que se procediese al solemne acto, leyendo cada uno el propio voto, y los Orientales en la propia lengua con la versión en idioma latino. Estos votos, con la firma de cada uno, fueron puestos todos, esto es, los de los eminentísimos Cardenales en las manos de monseñor el Secretario de la Sagrada Congregación de Ritos, y los de los otros en las manos de los Maestros de las ceremonias pontificias para esto destinados.

Reunidos de este modo todos los votos, Su Santidad, prosiguiendo la alocución, dijo: que si bien estaba plenamente satisfecho del consentimiento unánime que había manifestado aquella augusta asamblea, no obstante, antes de llegar á la sentencia definitiva, quería que se continuase con fervientes oraciones á pedir al Altísimo la gracia y la luz que necesitaba.

Hecho esto, y lo demás que se acostumbra en casos semejantes, Su Santidad se levantó del trono, dió su bendición á aquella augusta asamblea y se fué con el mismo acompañamiento á dejar las vestiduras pontificales en la Sala para esto destinada, y luego se retiró á sus habitaciones particulares.

CAPÍTULO XXX Y ÚLTIMO

Solemne ceremonia de la Canonización.

AMANECIÓ, finalmente, el día tan suspirado que había de llenar de júbilo todo el orbe católico celebrando la solemne fiesta de la Inmaculada Concepción de María, Patrona de las Españas y Protectora de nuestra Seráfica Religión. Bien venido sea el día 8 de Diciembre de 1881, en el cual nuestra Religión Capuchina rebosa de ale-

gría por ver encumbrado á los últimos honores de la santidad á uno de sus humildes hijos, que un día fué su Padre y Pastor con el título de General de toda la Orden, San Lorenzo de Brindis, modelo de todas las virtudes, taumaturgo del siglo décimoséptimo, sabio y profundo teólogo, y lleno de las otras prendas que se han visto en las páginas de este libro que vamos á terminar.

Todos los periódicos católicos de Europa se han esmerado estos días en darnos cumplidas relaciones de la gran ceremonia verificada en el Vaticano el día 8 de Diciembre. De uno de ellos tomamos la siguiente descripción llena de interés, hecha el día 9, que dice así:

2. Día grande y solemne fué el día de ayer, en que la Iglesia católica conmemora la Inmaculada Concepción de la Virgen María, para la capital del orbe católico. Como les había anunciado ya en mis anteriores correspondencias, celebróse el acto solemne de la Canonización de los Santos Juan Bautista de Rossi, Lorenzo de Brindis, José de Labre y Clara de la Cruz.

La circunstancia de hallarse el Pontífice Augusto prisionero en el Vaticano, ha impedido que este acto se verificara en la Basílica de San Pedro; pero no por esto ha si-

do menos solemne y sólo ha perjudicado á un gran número de fieles de todo el orbe cristiano que habían acudido á Roma y que no han podido asistir á este acto por ser reducido el espacio de que se disponía, lo cual no hubiera sucedido á tener el Papa la libertad de presentarse en la expresada Basílica.

El gobierno dió órdenes serias á las tropas y reforzó los puntos de guarnición. En el castillo de Sant-Angelo y en el cuartel contiguo al Vaticano se tomaron las más minuciosas precauciones, y la policía estaba, por decirlo así, sobre las armas. Esto prueba por parte del Gobierno temores que indican bien claro la situación del Papa, y lo que hubiera sucedido si Su Santidad hubiese bajado á la Basílica en caso de haberse celebrado en ella el acto.

Á pesar de todo, los romanos, la víspera de la Inmaculada, protestaron de su amor y adhesión á la Santa Sede y de su devoción á los Santos, iluminando las fachadas de sus casas y palacios. Durante el día las puertas de la Basílica se cerraron, y Su Santidad bajó á ella y oró gran rato postrado junto al sepulcro de los Santos Apóstoles San Pedro y San Pablo.

3. Ayer aparecieron cerradas las puer-

tas de las tiendas; el día era magnífico, y largas hileras de carruajes y masas de gente á pie se dirigian por el puente de Sant-Angelo á la plaza de San Pedro. El número de los asistentes era relativamente muy limitado; pero los fieles permanecieron en el interior y exterior del templo, por ser éste el único medio de tomar parte en el acto del Papa y recomendarse á la protección de los nuevos Santos.

El inteligente arquitecto Francisco Fontana fué el encargado del arreglo y decorado del Aula sobre el pórtico en donde se celebró la función, y gracias á su talento quedó convertida en un templo adecuado para la ceremonia solemne. En las paredes colocáronse cuadros de varios colores sobre un fondo de oro á guisa de mosaico, y las columnas fueron adornadas con listas de oró á manera de estrias. Seis guirnaldas de flores variadas, colocadas entre las columnas una encima de la otra, sosteniendo cada una cinco cirios, sustituyeron con ventaja á las arañas, iluminando espléndidamente el Aula, en donde, por su longitud, las arañas hubieran impedido la vista. Sobre los arcos de las ventanas caian graciosamente festones de flores y otros festones; guirnaldas y ramos adornaban las paredes, dando á la

sala un carácter cristiano y elegantemente figurado. La cornisa estaba cubierta con un festón sobre el cual se destacaban flores de lis y estrellas, distintivos de las armas de León XIII, y una línea no interrumpida de cirios, encima y debajo del friso, daba la vuelta al Aula.

4. El Trono Pontificio estaba colocado en el fondo sobre cinco gradas cubiertas con paño encarnado, y en el frontón, encima del Trono, estaba la imagen de la Santísima Trinidad en medio de un cielo salpicado de estrellas, siete de las cuales tenían cada una en el centro una cabeza de querube formando la corona del Altísimo. En el friso sobre el arco, en medio del cual se levantaba el Trono, se leía la siguiente inscripción: *Ubi Petrus ibi Ecclesia*. En el fronto del extremo opuesto de la sala dos ángeles sostenían las armas del Soberano Pontífice, iluminadas espléndidamente.

El altar papal situado en medio hacia unos dos tercios de la sala, cobijado por un rico baldaquino apoyado en cuatro columnas que sostenían ángeles sobredorados puestos de pie sobre pedestales de mármol, cuyas paredes de color verde antiguo hacían resaltar los bajo relieves con las armas del Pontífice. Desde el trono hasta el altar se

colocaron en ambos lados los bancos de los Cardenales, y detrás de ellos los de los Arzobispos; desde el altar hasta el centro de la sala los de los Obispos y Prelados; esta parte estaba separada del resto, en donde estaban los bancos de los demás invitados, por una balaustrada con ocho pilastras que sostenían dos grandes candelabros que son de rigor cuando el Soberano Pontífice canta la Misa, y las embocaduras de las ventanas, con tres hileras de bancos, fueron destinadas á tribunas. Doce grandes estandartes, en los cuales estaban pintados los más nobles milagros de los nuevos Santos, colgaban del techo de la gran sala y de la pequeña que la precedía al lado en que no hay ventanas. Esta estaba adornada por el mismo estilo que la otra, y además había en ella un cuadro con marco dorado representando el cuerpo, perfectamente conservado, de Santa Clara de la Cruz, tal como se le ve en el convento de Religiosas Agustinas de Monte Falco. Dicho cuadro ha sido pintado al óleo por la señora Bertini, artista romana y miembro de la «Academia de San Lucas», la cual lo ha regalado al Soberano Pontífice. Sobre este cuadro se leía en letras de oro la siguiente inscripción, dictada, como las demás, por el P. Tongiorgi,

de la Compañía de Jesús: S. CLARAE A. CRUCE, DEMORTUAE. VULTUS QUALIS. VISITUR. POST. ANNOS DLXXIII.

5. Á las nueve de la mañana Su Santidad se trasladó de sus habitaciones particulares á la sala de los adornos, en donde le aguardaban los Cardenales con los vestidos propios de sus distintas Órdenes, los Arzobispos y Obispos, Abates ordinarios y generales de las Órdenes monásticas, con capas de tisú de plata y mitras; los PP. Penitenciaros de la Basílica Vaticana, colegiados de la Prelatura, personajes que intervienen en la capilla Pontificia, Prelados oficiales y Consultores de la Sagrada Congregación de Ritos. Revestido el Papa con los sagrados vestidos y cubierto con la capa papal y la tiara, después de haber bendecido el incienso en el *turibulo* entró en la sala ducal, en donde estaban todos los que debían tomar parte en la procesión. Allí depuso la tiara, se postró en su reclinatorio junto á un altar que se levantó provisionalmente, en el cual había una imagen de la Concepción, y después de haber orado algunos instantes se levantó y entonó el *Ave maris stella*, que prosiguieron los capellanes cantores. Después de la primera estrofa Su Santidad se puso la preciosa mitra y fué á sentarse en la

Silla Gestatoria, junto á la cual iba el Cardenal Procurador de la Canonización, dirigido por un maestro de ceremonias pontificias, para ofrecer al Papa tres cirios encendidos adornados de pinturas; el más grande de los cuales le dió al príncipe de Colonna, y el más pequeño se lo guardó, llevándolo en la mano izquierda, á fin de dar con la diestra la Bendición Apostólica. Entretanto los maestros de ceremonias ponían en movimiento la procesión por el orden siguiente: Abrian la marcha los alguaciles apostólicos, con las mazas de plata; seguían los oficiales menores, los consultores y prebendados oficiales de la Sagrada Congregación de Ritos, los individuos que componen la Capilla pontificia; á saber: el Procurador del Colegio, el P. Predicador de la familia Pontificia, el P. Predicador Apostólico, los Procuradores generales de las Órdenes mendicantes, los Bussolanti, los capellanes comunes, algunos de los cuales llevaban las mitras preciosas del Papa; clérigos, capellanes secretos, el Procurador general del Fisco, los abogados del Consistorio, los camareros de honor y secretos, todos con capa encarnada, y los capellanes cantores continuando el himno empezado por Su Santidad. Seguían, con sobrepelliz y roquete,

los representantes de varios Colegios de la Prelatura y capellanes secretos, llevando la tiara y la mitra urnal de Su Santidad, y en medio de su noble corte el señor Príncipe Ruspoli, maestro del Santo Hospicio, rodeado de los maceros y alguaciles apostólicos. Un votante de la Signatura, con el *Turíbulo* humeante, iba incensando, cerca del Auditor de la Rota con túnica, llevando como Subdiácono Apostólico la Cruz Papal, rodeado de siete votantes de la Signatura que, haciendo de acólitos, llevaban candeleros con cirios encendidos adornados con tiras de varios colores. Seguía un Maestro Ostiario, llamado de *Virga rubea*, custodio de la Cruz Papal, seguido de un Auditor de la Rota que debía asistir de Subdiácono en la Misa, en medio del Diácono y Subdiácono griegos con vestidos sagrados.

6. Seguían, con planeta blanca, los Penitenciaros de la Basilica Vaticana, Abates generales con el Comendador del Santo Espíritu, Abates ordinarios presentes en Roma, todos con capa pluvial de damasco blanco y mitra, seguidos de los Obispos y Arzobispos no asistentes; los Obispos y Arzobispos asistentes al Solio Pontificio, todos con capas pluviales y mitra.

Después el Sacro Colegio, precedido pri-

mero por dos Cardenales diáconos con ricas dalmáticas de plata recamadas de oro, seguidos de los Cardenales Presbíteros con planeta, y por último los Cardenales Obispos con pluviales seguidos del eminentísimo Cardenal decano del Sacro Colegio, que hacía las funciones de Obispo-Asistente con capa pluvial recamada de oro, todos con cirios encendidos y con sus acompañamientos.

Iba inmediatamente la Silla Gestatoria, dirigida por el Furier y el Caballerizo mayor, llevada en hombros de los palafreneros y *sediari* con trajes de damasco encarnado y bajo el baldaquino, cuyas varas llevaban los Prelados Refendarios de la Signatura con capa y roquete, y con los abanicos al lado, llevados por los camareros secretos, iba el Sumo Pontífice, llevando, como hemos dicho, el cirio encendido y seguido de ambos lados por los comandantes, oficiales de las guardias Noble, Suiza y Palatina de honor, y cerraban el cortejo los Suizos armados, los *Spadoni* y los Maceros. Seguían al cortejo el Decano de la Sacra Rota, llevando la mitra en medio de dos camareros secretos, y por último el Mayordomo, el Colegio de Protonotarios Apostólicos con el Maestre de Cámara y los Generales de

las Órdenes religiosas que tienen sitio en la Capilla.

La procesión, saliendo de la sala Ducal, dió la vuelta alrededor del salón regio y entró en la Capilla Sixtina para adorar el Santísimo Sacramento, que estaba expuesto. Su Santidad descendió de la Silla Gestatoria y oró. Cuando se levantó los cantores le saludaron con el magnífico motete *Tu es Petrus*, de Vittoria, pasando luego á la sala en donde debía celebrarse la Canonización. Su Santidad, antes de descender de la Silla Gestatoria, entregó el cirio á monseñor Coppieri, que lo conservó mientras duró la ceremonia. Postróse después el Papa en el reclinatorio ante el altar, y después de orar algunos instantes se dirigió al Trono, en cuyas gradas tomaron asiento catorce Arzobispos y Obispos ancianos, según lo dispuesto por el Prefecto de las ceremonias pontificias.

7. Después de la procesión, y cuando el Sumo Gerarca de la Iglesia estuvo sentado en el Trono, se verificó la acostumbrada ceremonia llamada Obediencia, que prestaron los Cardenales besando á Su Santidad la mano que tenía cubierta con el manto, los Arzobispos y Obispos besándole la rodilla, y los Abates y Penitenciarios del Vati-

cano besándole el pie. Cuando todos ocuparon otra vez su puesto, conservando siempre el cirio encendido en la mano, el Cardenal Bartolini, Procurador de la Canonización, se fué hasta el Trono dirigido por un Maestro de ceremonias y teniendo á su izquierda al Comendador de Dominices-Tosti, Decano de los Abogados consistoriales. Éste se postró á los pies del Papa, y en nombre del Cardenal Procurador hizo, en latín, la primera postulación, *instanter*, en la forma acostumbrada, á fin de que Su Santidad se dignase continuar en el catálogo de los Santos á los cuatro Beatos. Entonces monseñor Mercurelli, secretario de los Breves *ad Principes*, que se hallaba ya en el rellano del Trono, contestó en el propio idioma en nombre de Su Santidad. Después se volvieron á su sitio, y el Sumo Pontífice bajó del Trono, fué á postrarse en el reclinatorio junto al altar, y todos los asistentes se postraron asimismo de rodillas. Dos capellanes cantores entonaron la Letanía de los Santos, que fueron respondiendo y prosiguiendo hasta el final todos los concurrentes al acto. Concluída la Letanía el Papa se volvió á sentar en su Trono, y los mismos personajes repitieron la ceremonia, haciéndose por el mencionado Abogado Consistorial

la segunda postulación, *instantanter et instantius*, á la cual contestó nuevamente en nombre del Pontífice su Prelado secretario. Volvieron los Postulantes á sus asientos, el Papa se quitó la mitra y se arrodilló en el reclinatorio, y el Cardenal Martel, primero de los Cardenales Diáconos asistentes, dijo en voz alta: *Orate*. Rezó el Papa y todos los asistentes y después levantóse Su Santidad, mientras el Emmo. Randi, segundo Cardenal Diácono asistente, profería la siguiente palabra: *Levate*, y todos se levantaron. Acercándose entonces Su Santidad á dos Obispos asistentes con el libro y los cirios, entonó el *Veni Creator Spiritus*, arrodillándose durante la primera estrofa, y se levantó después, permaneciendo en pie hasta que los Capellanes cantores hubieron concluído el himno con la magistral música de Biordi. Luego se acercaron al Trono dos Prelados votantes de la Signatura con candeleros; cantó el Papa la oración del Espíritu Santo, sentóse, poniéndose la mitra, y los susodichos personajes hicieron la tercera postulación, *instantanter, instantius, instantissime*. Después de la respuesta de monseñor Secretario todos se pusieron de pie, permaneciendo de rodillas el citado Abogado postulante.

8. Entonces el Supremo Gerarca, con la mitra puesta y sentado en su Cátedra como Doctor Infallible y Cabeza de la Iglesia Universal, pronunció con la siguiente fórmula el Decreto de la Canonización:

Ad honorem Sanctae et Individuae Trinitatis, ad exaltationem Fidei Catholicae, et Cristianae Religionis augmentum, auctoritate Domini Nostri Jesu Christi, Beatorum Apostolorum Petri et Pauli, ac de Venerabilium Fratrum Nostrorum Sanctae Romanae Ecclesiae Cardinalium, Patriarcharum, Archiepiscoporum et Episcoporum in Urbe existentium consilio, Beatos Joannem Baptistam de Rubeis, Laurentium á Brundusio, Benedictum Josephum Labre, Confessores, et Claram á Cruce Virginem, Sanctos esse decernimus et definimus ac Sanctorum Catalogo adscribimus: Statuentes ab Ecclesiae Universali, illorum memoriam quolibet anno nempe Joannis Baptistae, die Vigesima tertia maji, Laurentii septim á Julii, Benedicti Josephi, decima sexta Aprilis, inter Sanctos Confessores non Pontifices, Clarae die decima octava Augusti, inter Sanctas Virgenes pia devotione recoli debere. In Nomine Patris et Filii, et Spiritus Sancti. Amen ¹. Esto es:

«Para honra de la Santa é Individua Tri-

¹ Este texto latino ha sido tomado del diario católico de Roma *La Voce della Verità*, núm. 281.

nidad, para exaltación de la Fe Católica y aumento de la Religión cristiana, en nombre de Nuestro Señor Jesucristo, de los bienaventurados Apóstoles Pedro y Pablo, y por nuestra propia autoridad, después de madura deliberación y de haber, con frecuencia, implorado el auxilio de Dios, mediante consejo de Nuestros Venerables Hermanos los Cardenales de la Santa Iglesia Romana, los Patriarcas, Arzobispos y Obispos presentes á Roma, Nos decretamos y Nos definimos que los bienaventurados JUAN BAUTISTA DE ROSSI, LORENZO DE BRINDIS, BENITO JOSÉ LABRE, confesores, y CLARA DE LA CRUZ, Virgen, sean santos, y Nos los inscribimos en el catálogo de los Santos. Preceptuamos, además, que su memoria sea honrada cada año con piadosa devoción por la Iglesia Universal; á saber: entre los santos confesores la de JUAN BAUTISTA, el 23 de Mayo; la de LORENZO, el 7 de Julio; la de BENITO JOSÉ, el 16 de Abril, y entre las santas vírgenes, la de CLARA, el 18 de Agosto.

En el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén. »

Publicado este solemne Decreto acercáronse nuevamente al Trono los personajes que habían hecho las tres postulaciones, y

el Abogado Consistorial, postrado de rodillas, dió las gracias al Pontífice en nombre del Cardenal Procurador, y le suplicó en la propia fórmula que decretara que se expidieran las relativas Letras Apostólicas. El Padre Santo, contestando: *Decernimus*, y sin añadir otra palabra, dió su bendición. El Cardenal Procurador subió al Trono, besó á Su Santidad la mano cubierta con el manto, después la rodilla y se volvió á su asiento. El Abogado Consistorial, dirigiendo la palabra al primero de los Protonotarios Apostólicos, le rogó que redactara el acta de la Canonización en la fórmula acostumbrada. El primero de los Protonotarios, contestó: *Conficiemus*, y dirigiéndose al Camarero secreto que se hallaba junto al Trono, llamándole para prestar testimonio, añadió: *Vobis testibus*.

9. En este instante se oyó á lejos el sonido de las trompetas que promulgaban el Decreto, las campanas de San Pedro y las de todas las iglesias de Roma, que tocando á fiesta difundían con sus lenguas de metal el anuncio y expresaban el júbilo que producía la Canonización. León XIII se levantó y, quitándose la mitra, entonó el *Te Deum*, que continuó el coro de capellanes cantores, mientras en la Capilla Pao-

lina se quitaba el velo que cubría las obla-
ciones.

Después del himno Ambrosiano, el Car-
denal Martel cantó el versículo: *Orate pro
nobis sancti Joannes Baptista, Laurenti, Be-
nedicte Joseph et Clara*, y los capellanes can-
tores contestaron: *Ut digni efficiamur pro-
missionibus Christi*. Acercándose los Acóli-
tos al Trono, el Padre Santo, en tono fe-
rial, dijo el *Oremus* propio de los nuevos
santos.

Después del *Amén* el Papa se sentó, se pu-
so la mitra y volvió á levantarse; entonces
el Cardenal Diácono que en la misa Papal
debía cantar el Evangelio, se colocó á la
izquierda del Trono y recitó solemnemen-
te el *Confiteor*, añadiendo después de las pa-
labras *Petro et Paulo*, las siguientes: *Sanctis
Joannis Baptistae, Laurentii, Benedicti Jo-
sephi, et Clarae*, y después las otras: *Petrum
et Paulum, Sanctos Joanem Baptistam, Lau-
rentium, Benedictum Josephum et Claram*.

Entre tanto el Subdiácono Apostólico
subía al Trono con la cruz alta; y el Pontifi-
ce, quitada la mitra, cantaba la oración de-
precatória que se dice antes de la bendición,
añadiendo á las palabras *Petri et Pauli*, estas:
*Sanctorum Joannis Baptistae, Laurentii, Be-
nedicti Josephi et Clarae*. Hecha la absolución,

y levantando más la voz, dió la Trina y Apostólica Bendición.

Cumplida en el modo expuesto la ceremonia de Canonización, Su Santidad entonó la *Ora di terza*, durante la cual se revistió de Pontifical para la Misa que había de celebrar, asistiéndole como Obispo el Cardenal di Pietro, decano del Sacro Colegio, como Diácono asistente el Cardenal Martel, como Diácono ministrante el Cardenal Zigliara y como Subdiácono Apostólico Monseñor Sibila, Auditor de la Santa Rota.

La Misa solemne que cantó el Sumo Pontífice fué la de la Inmaculada Concepción, con la oración propia de los nuevos Santos y según el rito del pontifical del Padre Santo.

10. Después del Evangelio, que lo mismo que la epístola fué cantado en latín y en griego, León XIII pronunció una sapientísima Homilia.

Recordó Su Santidad con palabras de alegría y de consuelo la circunstancia de ser aquel día el consagrado á la Inmaculada Concepción, y se lamentó de los tiempos que han ofuscado el esplendor de la solemnidad impidiendo celebrarla en la majestuosa Basílica Vaticana. Dió fervorosas gra-

cias al cielo, que le había permitido en tal día decretar los honores de los cuatro santos héroes de la iglesia católica, de quienes hizo el elogio recordando sus méritos y virtudes, y en los cuales, dijo, la Iglesia militante tendrá nuevos protectores y ejemplos que imitar los hijos del siglo, ya sean eclesiásticos, ya seculares, ya regulares, y terminó implorando para la Iglesia universal las súplicas y la intercesión de María Inmaculada y de los nuevos Santos.

Después de la Homilía del Pontífice, acercándose al Trono el cardenal Zigliara, cantó el *Confiteor* con la invocación de los nuevos Santos, y después el Cardenal Obispo Asistente publicó la indulgencia plenaria. Durante el canto del Credo, doce Cardenales miembros de la Sagrada Congregación de Ritos, invitados por el Maestro de ceremonias, salieron del Presbiterio para dirigirse á la capilla Paolina, en donde, sobre cuatro mesas elegantemente dispuestas, estaban las oblaciones.

Cuando el Augusto celebrante llegó al Ofertorio, se cumplió el Rito de la presentación de la oblaciones, Rito tan antiguo como venerado, con el cual nuestros padres tributaban, con la ofrenda de cosas materiales, un obsequio al culto del Pastor Su-

premo de todos los bienes. Las oblaciones eran tantas cuantos los Beatos recientemente canonizados, y á falta de espacio se colocaron, en vez de á la izquierda del altar, como se hacía en la Basílica de San Pedro, en la capilla Paolina, conforme he dicho. Los objetos fueron los siguientes: cinco preciosos cirios con adornos de oro y plata, las imágenes de los nuevos Santos y las armas pontificias. Dos de ellos de treinta libras de peso cada uno, y los demás de nueve libras romanas. Dos panes, uno cubierto de oro y otro de plata, con las armas pontificias y colocados en bandejas de plata. Vino y agua colocados en dos frascos, uno sobredorado y otro plateado. Tres preciosas jaulas, una de ellas con dos tórtolas, otra con dos palomas, y la tercera con distintos pájaros. Estas oblaciones fueron ofrenda de los Postulantes de las causas de los nuevos Santos, de algunos religiosos de las Órdenes á que pertenecieron los Beatos y de otras personas que tenían para ello alguna razón especial. El acto de la presentación es propio de los Cardenales, y además del Purpurado, constituido en Procurador de la Canonización, disfruta este privilegio un Cardenal Presbítero y un Cardenal Diácono de los de la Congregación de Sagrados Ritos. Es-

tos fueron los que llevaron las ofrendas cubiertas con blancos manteles, desde la capilla Paolina hasta el Trono del Papa, precedidos de la guardia suiza, dos maceros y dos alguaciles pontificios.

11. Formaban el séquito de la primera oblación referente á San Juan Bautista de Rossi, el Cardenal di Pietro, que llevaba á la izquierda al Cardenal Bartolini, Procurador de la Canonización, precedidos de los sacerdotes de la Pía Unión de Santa Galla, dos de los cuales llevaban los cirios más grandes, y seguidos del Postulante de la causa que llevaba un cirio pequeño, y de un Eclesiástico del Arzobispado de Génova con la jaula de las palomas. Seguía el Cardenal Monaco de La-Valletta, precedido de algunos de los susodichos Eclesiásticos con los panes, el primero de los cuales llevaba otro cirio pequeño y el segundo la jaula de las tórtolas. El Cardenal de Falloux, precedido de los que llevaban los frascos con el agua y el vino, otro con un cirio pequeño y otro con la jaula de los pájaros.

Junto al Trono los maceros se postraron en la primera grada, y el Maestro de ceremonias dirigía la oblación. El Cardenal Obispo y el Procurador subieron al Trono; inclinóse profundamente el Sumo Pontífi-

ce, y colocándose el segundo á la derecha de Su Santidad, y permaneciendo el primero en mitad del rellano adonde llegaban los que llevaban las oblaciones, se postraban de rodillas, el Cardenal tomaba las ofrendas y, besando la mano al Santo Padre, se las entregaba. Aceptábalas el Papa y las entregaba á monseñor Cataldi, Prefecto de las ceremonias pontificias. El postulante besaba el pie á Su Santidad y después iba á buscar otro cirio, repitiéndose la ceremonia hasta que, concluidas las ofrendas del primer grupo, se remitieron á sus puestos después de besar la mano y la rodilla al Papa el Cardenal di Pietro. La misma ceremonia verificaron los demás grupos, referentes á la oblación del Santo mencionado, así como las de los grupos referentes á los Santos Lorenzo de Brindis, Benito José Labre y Santa Clara de la Cruz.

12. Concluida la presentación de las oblaciones, quitóse Su Santidad el rico *grembial* que se había puesto para recibir las oblaciones, y después de haberse lavado las manos continuó la santa Misa haciendo la Comunión del Trono. La solemne Misa fué acompañada por el magistral é imponente canto de los cantores pontificios que cantaron la misa de Ciciliani, el Credo

de Vittoria, el *Tota Pulcra* de Palestrina y el *O salutaris*, obra maestra del director perpetuo de la capilla, Caballero Mustafá. Durante la elevación se tocó el melodioso unísono de trompetas, como se hacía en la Basílica Vaticana, después del cual entonaron los cantores el magnífico *Benedictus* de Baini.

Terminado el Incruento Sacrificio, León XIII dejó el palio y el manipulo sobre la mesa del altar y se dirigió al Trono con la mitra puesta, que se quitó luego para tomar la Tiara. Después se acercaron á Su Santidad el Cardenal Bertolini, Procurador de la Canonización, monseñor di Marzo, Auditor de la Santa Rota, presidente de las Postulaciones y los Postulantes de las cuatro causas, y el Cardenal Procurador, según costumbre, ofreció en nombre de los cuatro dichos Postulantes, á Su Santidad, la ofrenda *pro missa bene cantata*, en una bolsa de raso blanco recamada de oro.

Por último el Padre Santo subió á la Silla Gestatoria, y con el mismo séquito descrito antes se dirigió á la sala de los Adornos, en donde se quitó las vestiduras y se fué luego á sus habitaciones particulares.

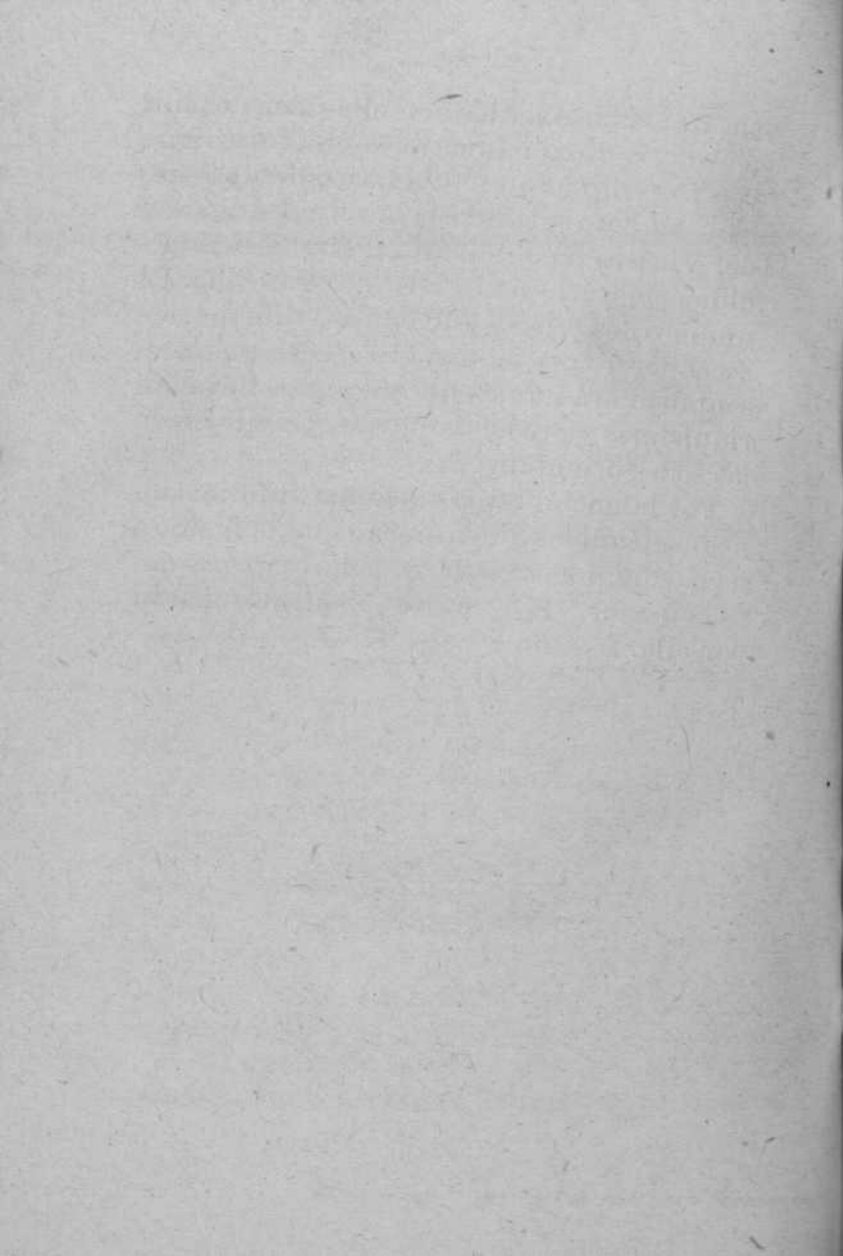
Á las cuatro de la tarde terminó esta ceremonia sublime, como todas las de la Igle-

sia Romana. Asistieron á ella unas dos mil personas próximamente, número exiguo con respecto al que hubiera podido presenciar este acto solemne, si la actual situación del Vicario de Jesucristo no hubiese impedido celebrarlo en la Basilica Vaticana. El número de Obispos que han asistido se hace ascender á trescientos; el aspecto que presentaban era imponente y algunos llevaban riquísimas y preciosas mitras, privilegio de las sedes orientales.

Por la noche hubo en Roma iluminaciones espléndidas que prueban que la fe no se ha extinguido en esta ciudad, como se quiere suponer. Los nuevos Santos rogarán por ella.

FIN





APÉNDICE





A P É N D I C E

POR cuanto la presente vida y las notas puestas en este apéndice están en su mayor parte sacadas de nuestras Crónicas capuchinas, traducidas del latín al español por la elegante pluma del Rvdo. P. José de Madrid, por esto ponemos á continuación la protesta que él puso al principio de la quinta parte de nuestras crónicas, que dice así:

PROTESTACIÓN

En observancia del Decreto de nuestro Santísimo Padre Urbano octavo, de feliz recordación, expedido en la sagrada Congregación de la Universal Inquisición de la Iglesia Romana en trece de Marzo de mil seiscientos veinticinco, declarado por Su Santidad en cinco de Junio de mil seiscientos treinta y uno, y confirmado en cinco de Julio de mil seiscientos treinta y cuatro, declaro que cuando doy título de Santo á alguno de los Varones ilustres que se mencionan en estas Crónicas, que no esté beatificado ó canonizado por la Santa Sede, no es mi intento que este título caiga sobre la persona, ni se entienda que en esta parte me quiero adelantar á la censura

de la Santa Madre Iglesia. Y asimismo, cuando refiero virtudes, revelaciones ó milagros, no pretendo que se tengan por tales absolutamente, como si ya estuviesen aprobados y calificados; sólo es mi intento darles la autoridad y certeza que tienen y dan las historias humanas: y en esto y en todo lo que dijere, me sujeto á la censura de nuestra Madre la santa Iglesia católica, apostólica, romana, debajo de cuya obediencia vivo y protesto morir.

FR. JOSÉ DE MADRID,
Capuchino.



NOTAS

Aunque sean bastante copiosas las noticias que la elegante y docta pluma del Rvdo. P. Francisco de Ajofrín nos dejó escritas de la Vida, virtudes y milagros del Santo Lorenzo de Brindis, que publicó con motivo de su beatificación en 1784, no obstante, nos ha parecido muy del caso al reimprimir una obra tan interesante para solemnizar del modo que nos ha sido posible la fiesta de su solemne canonización, añadir algunas notas al texto, sacadas del P. Buenaventura de Cocáleo, en la Vida que publicó de nuestro Santo, de las Crónicas de la Orden y de los documentos que obran en el Archivo de la Definición de nuestra Provincia.

NOTA... AL CAP. I, NÚM. 5, PÁG. 19.

Este padre docto y timorato del convento de San Pablo de Brindis, de quien se habla en el texto, era el

P. Maestro Virgilio Giácono, célebre en el púlpito y en la cátedra, y de fama singular en aquel tiempo.

P. Cocáleo, libro I, cap. I.

NOTA... AL CAP. I, NÚM. 17, PÁG. 32.

Obedeció el sobrino y fué dócil á estos consejos del tío, vistió la sotana ó hábito de clérigo secular, después el regular que había llevado hasta entonces por la devoción que tenía á nuestro padre San Francisco; pero parece que con el contacto del cuerpo del virtuoso joven se comunicaron á aquel hábito las virtudes de que estaba adornada aquella bella alma. Estaban con su tío tres sobrinas suyas de singular virtud, y la mayor, que se llamaba Prudencia, casi de la misma edad y estatura que nuestro Julio, tomó la costumbre de ponérselo debajo de sus vestidos ordinarios, ciertos días de su particular devoción, del mismo modo que lo hacía San Antonio Abad, que se ponía en las fiestas solemnes de Pascua y Pentecostés la túnica que había usado San Pablo, primer ermitaño, y observó al usarlo que aquel día sentía más devoción y que su corazón se encendía en vivas llamas de amor de Dios. Lo mismo hicieron sus hermanas ¹, y, cosa notable, aquel hábito crecía ó disminuía según la persona que lo llevaba, de modo que cada año aparecía como si lo acabasen de cortar á la medida de la estatura en que se hallaban, sintiendo siempre todas en su interior afectos de devoción y amor de Dios muy singulares.

P. Cocáleo, libro I, cap. II.

NOTA... AL CAP. I, NÚM. 21, PÁG. 36.

De ordinario aquel tiempo que les dejaban libres los ejercicios escolásticos, le empleaban estos dos buenos amigos en conversaciones devotas y conferencias es-

¹ Sum., pág. 34.

pirituales; y los días de fiesta ocupaban la mañana en la iglesia de los Jesuitas, y toda su vida le quedó ese afecto á la Compañía, y la tarde en la de los Capuchinos, para cumplir allí sus devociones con recogimiento de espíritu; lo que practicaban con tanta reverencia y devoción, con compostura tan devota y humilde aun en el exterior, que infundía compunción y ternura en quien los miraba.

P. Cocáleo, libro 1, cap. II.

NOTA... AL CAP. III, NÚM, 7, PÁG. 71.¹

Por este tiempo que predicó en Venecia el año de 1583, concluidos sus estudios, se ha de poner su ordenación ó promoción al sublime grado del sacerdocio, que recibió puramente para obedecer á sus Prelados, y repugnándolo mucho su profunda humildad y lo que dice el P. Cocáleo con estas palabras: — «Un hombre, aunque joven, de las referidas circunstancias, no era posible pasar largo tiempo sin que la religión lo ocupase en los empleos más honoríficos. En efecto: á poco que acabó sus estudios con el lucimiento y aprovechamiento que se ha visto, se sabe que fué elegido Lector de Teología en Venecia, con la especial recomendación de explicar al mismo tiempo á sus discípulos la Sagrada Escritura, con el fin de que los instruyese en aquella ciencia que debe ser el principal blanco de los hombres apostólicos. Cumplió el encargo con tan escrupulosa exactitud, que formó un plantel de gran número de predicadores, que después florecieron en aquella provincia y la ilustraron con su buen ejemplo y prendas oratorias. Durante este curso, parece que trabajó el Tratado del modo de predicar, para instrucción de los nuevos predicadores, del cual hablaremos en la nota siguiente. Habiendo, pues, predicado su primera Cuaresma en Venecia en 1583 y la segunda en 84, como se dice en el texto, queda tiempo suficiente para su Lectura hasta el año de 1588, en que predicó la Cua-

resma en la Catedral de Vicenza, y sucesivamente en Verona, Padua, Bassano, y de nuevo en Venecia por los años de 1593, predicando en varias iglesias de aquella populosa ciudad, y finalmente dos veces en San Marcos, estando presente el serenísimo Principe y todo aquel augusto Senado.»

P. Cocáleo, libro 1, cap. vi.

NOTA... AL CAP. III, NÚM. 17, PÁG. 97.

Para que llegue á noticia de los que no poseen el idioma latino el título de las obras que escribió el Santo, ponemos aquí su catálogo, como se halla en nuestra Biblioteca.

Un tomo en fol., *Contra Laysero y Lutero*, en latin, con notas griegas y hebraicas.

Dos tomos en fol., *Respuesta al Libelo de Laysero*.

Dos tomos en fol., *Sermones de Cuaresma*, en italiano.

Dos tomos en fol., *Sermones de Adviento*, en italiano.

Tres tomos en fol., *Sermones de las Dominicas*, en italiano.

Un tomo en fol., *Sermones de entré año sobre los Evangelios*, en italiano.

Un tomo en fol., *Sermones de Santos*, y otro en folio de *Sermones de la Virgen*, en italiano.

Un tomo en fol., *Selva Isagógica para Sermones*, en italiano.

Un tomo en cuarto, *Exposición sobre el Génesis*.

Exposición sobre el Profeta Ezequiel.

Cuatro Epistolas, las cuales, siendo General, dirigió á toda la Orden, para la perfecta observancia de la seráfica regla.

Tratado del modo de predicar, para instrucción de los nuevos predicadores.

P. Bernardo de Boloña, pág. 166 y siguientes de su Biblioteca de Escritores capuchinos.

NOTA... AL CAP. IV, NÚM. 4, PÁG. 106 Y SIGUIENTES.

En el año 1596, en que partió para Bohemia nuestro Definidor general de orden de Clemente VIII, con el título de Visitador y Comisario general, dispuso Su Santidad que le acompañasen doce religiosos, los cuales, como dice el P. Cocáleo, que según podemos sacar de los Sumarios y memorias de aquel tiempo, fueron los siguientes: los Padres Jaime y Matias de Saló, Francisco de Taranto, Gabriel de Inspruch, Ambrosio de Florencia, Gaspar de Bérgamo, Juan de Venecia, Amadeo de Verona, Juan Bautista de Mantua, Jerónimo de Verona y Felipe de Parma, sacerdotes; y Fr. Julio de Venecia y Fr. Miguel de Bolonia, religiosos legos.

Para completar el número de los doce falta el Beato Benito de Urbino, del cual se refiere en nuestras Crónicas, que habiéndose graduado de Doctor en ambos Derechos con mucho lucimiento en la Universidad de Padua, cuando aún no contaba veintidós años de edad, y no obstante de ser de la nobilísima familia de los Pasionei, y consanguíneo de los Sumos Pontífices Inocencio VIII, Alejandro VII y Clemente XI, despreciando los halagos del siglo, entró en nuestra capuchina Congregación. Apenas había profesado nuestro seráfico Instituto, cuando se vió luego en él tanto aprovechamiento espiritual y virtudes tan excelentes, que Fray Lorenzo de Brindis, varón á la verdad apostólico y digno de eterna memoria, le eligió por compañero cuando, por orden de Clemente VIII, fué á Bohemia á propagar nuestro Instituto. Porque siendo cierto (son palabras de la Crónica), siendo cierto que cada uno busca su semejante y se goza en él, no solicitara Fray Lorenzo, siendo sujeto de perfección tan alta y de tan seráficas prendas, sino á quien en ellas se le representase muy parecido. Habiendo vuelto después de tres años de esta misión á su provincia de la Marca, fué luego promovido á los principales puestos y prelacías,

edificando á todos con el esplendor de sus virtudes y la fama de sus milagros. Finalmente, murió en el ósculo del Señor en nuestro convento de Fosambruno el día último de Abril del año 1625; y el año 1667 fué beatificado por el Sumo Pontífice Pío IX, de santa memoria.

P. Cocáleo, libro 1, cap. vii, nota; y nuestras Crónicas, parte v, libro 1, cap. v.

NOTA... AL CAP. IV, NÚM. 12, PÁG. 127 Y 128.

Es más conforme con lo que sucedió en este Capítulo provincial la relación que hace el P. Cocáleo, que dice así: En el curso de la Visita de Cataluña halló en una iglesia de sus conventos un sepulcro labrado con toda suntuosidad y magnificencia, que había mandado fabricar una persona eclesiástica de mucha autoridad y poder. Reprendió fuertemente á aquellos Superiores que habían permitido tal abuso, contrario al espíritu de las Constituciones de la Orden. Excusáronse ellos con manifestarle el gran poder de dicha persona, y que se habían visto precisados á disimular este desorden para no experimentar mayores desconciertos. Calló por entonces el prudentísimo General; pero juntos todos los Superiores en Capítulo Provincial, después de haber hablado difusamente sobre el hecho y fatales consecuencias del escandaloso exceso, mandó en virtud de santa obediencia, que perseverando la dicha persona en no querer quitar aquellas excesivas preciosidades, dejasen del todo aquel Convento sin poder volver á entrar en él, por más instancias que les hicieran por cualquier parte. Todos se mostraron prontos á obedecer el mandato; y en efecto lo hubieran ejecutado, á no ser que la referida persona, informada de todo cuanto pasaba, edificada del ardiente celo del Padre General, quitó la ocasión y motivo de lo mandado. Hasta aquí el P. Cocáleo, libro 1, cap. x.

ACLARACIÓN AUTÉNTICA

En el libro de Actos de los Capítulos así Generales como Provinciales comenzado el año 1596, custodiado en el Archivo de la Definición de esta provincia de Cataluña que tenemos á la vista, en el folio 11 vuelto, dice así: «Actos del Capítulo Provincial del año 1603».

«Por el P. Fr. Querubín de Lérida, después de su tercera elección, fué congregado capítulo provincial en Barcelona en el Convento de Montecalvario á 20 de Junio del sobredicho año 1603. — Fué elegido en Vicario Provincial la primera vez el P. Fr. Hilarión de Medinaceli. La elección de los Definidores faltaba en el original.» (Sic.)

En este Capítulo, entre otras resoluciones, se tomó esta: «Que se deje el Convento de Tarazona, si el Arceobispado no quisiese desistir de la pretensión que tiene del entierro perpetuo, y si no quita la estatua de mármol que puso en la capilla mayor de la iglesia del dicho Convento». He aquí aclarado el misterio del personaje y del Convento.

Archivo de la Definición de la provincia de Cataluña.

NOTA... AL CAP. IV, NÚM. 12, PÁG. 129.

Para más claridad de lo que sucedió con este Convento, que tanto incomodó á nuestro Santo Padre General, y para que no piense alguno de los lectores que los religiosos que moraban en él fueron víctimas de alguna desgracia, oigamos la relación que hace el P. Cocáleo de este suceso, pues dice así: «Cuánto agradase á Dios este celo de la religiosa pobreza en su Siervo, claramente se manifestó en el caso siguiente: Prosiguiendo su visita por los conventos de España, encontró uno de ellos de fábrica nueva y más suntuoso de lo debido. El terreno que ocupaba era dilatado y di-

vertido; las celdas y las oficinas grandes sobre nuestro modelo y bien adornadas; los claustros anchos y bien dispuestos; las paredes bruñidas y blanqueadas; todo, finalmente, el edificio del monasterio respiraba grandeza y riqueza, y sólo se había guardado la seráfica pobreza en la fábrica de la iglesia, tosca y mal ordenada. Aturdido á tal vista el Siervo de Dios, preguntó por el maestro de aquella fábrica, y respondiéndole que había ya pasado á otra vida, púsose á llorar amargamente su culpa; y llamando entonces mismo á Capítulo toda aquella religiosa familia, reprobó con todo esfuerzo un desorden tan monstruoso, y con dos rios de lágrimas les mostró la deformidad y error. En seguida, revestido de un espíritu superior, alzó más la voz, y exclamando dijo: «Conventazo: ya que por tu grandeza no eres decente á estos religiosos, profesores de la más alta pobreza, yo en nombre de Jesucristo y de su pobrísimo Siervo Francisco, cuyas veces estoy haciendo, aunque indigno Vicario suyo, te maldigo...»¹. Al rayo de estas voces temblaron todos aquellos pobres religiosos; él enmudeció, quedó como extático por un breve rato: mas recobrada después de un profundísimo suspiro el habla, prosiguió: «Pero vosotros, mis carísimos hijos, no temáis ofensa alguna corporal; sólo estad atentos, y veréis por el efecto la justa indignación de nuestro seráfico Padre». Dicho esto, inmediatamente se partió de aquel lugar. Mas qué! Pasados pocos días recibió carta con la noticia, que habiendo ido á una pública procesión los religiosos del sobredicho Convento, en aquel tiempo en que estaban todos ausentes, aquel maldito edificio, sin haber dado antes la menor señal de rotura ó flaqueza, de improviso se asoló desde lo alto á lo bajo, hasta sacar enteramente los fundamentos, quedando sólo salva é intacta la iglesia, en la cual resplandecía la seráfica pobreza, como se ha dicho, aún más de lo que

1 Proces. Neap. Resp. Animad. 1756, pág. 137.

debía. Este terrible suceso, que en breve se divulgó por todo el cuerpo de la Religión, así como aumentó muchísimo el concepto y aprecio de la santidad del General, del mismo modo debe abrir los ojos á los Superiores en las disposiciones de las fábricas de los Conventos.

P. Coedleo, libro I, cap. x.

NOTA... AL CAP. XVIII, NÚM. 7, PÁG. 421.

Lo contenido en este capítulo se confirma plenamente con un documento de aquella época, inédito y autógrafo, escrito por el P. Severo de Lucena, Obispo de Córdoba, en el reino de Andalucía, cuyo elogio está entre los varones ilustres en santidad, que se hallan en nuestras Crónicas capuchinas, cuarta parte, libro VII, cap. XLII. Vistió el hábito en Sarriá ó Santa Eulalia, como dice un documento del Archivo de la Definición, que tenemos á la vista, el día 5 de Noviembre de 1592, y profesó el día 6 de Noviembre de 1593. Siendo muy joven fué enviado á la fundación de la provincia de Valencia, como corista, el año 1596, y después de algunos años á la fundación de la de Castilla, por compañero del P. Serafin de Policio, que había venido de la provincia de Palermo, en Sicilia, por orden del Rvdmo. P. General, y más tarde fué Provincial de Valencia, cuyo elogio está en la cuarta parte de nuestras Crónicas, libro V, capítulo IX.

El documento ó carta fué dirigida desde Madrid al Rvdo. P. Provincial de Cataluña y al P. Guardián del Convento de Montecalvario, y dice así:



J. H. S.

Salus et pax in D^{no}.

“Despues que salimos de ay, he escrito dos veces á V. C. y cierto huvieran sido mas, por lo que estimo reconocer mi obligacion y dar contento á Vs. Cs. Si la ocasion que he estado esperando, huviera llegado. Y por que no se diga que he tenido negligencia, en avisar las cosas de la fundacion deste convento, en que tiene tan gran parte essa Provincia, digo, que si no lo he hecho ha sido por haverse estado hasta ayer Octava de Nuestro P. S. Francisco, este negocio, en el mismo estado, que quando salimos de ay; y porque quiero dar á Vs. Cs. una noticia brebe de todo, lo tomo en aquel punto.

Aunque podría tener quexa, de que V. C. sin esta, ni con las que he escrito aya querido consolarnos, y darnos algunas nuevas de su salud, y de las cosas de la Provincia en que havemos estado aquí nuevos, hasta la vigilia de Ntro. P. S. Francisco, que llegó á esta Côte el P. Fr. Francisco de Portugal, desde Cartagena que volvió este camino por haverle dicho el Conde de Erda, que su hermano estava aquí. Al fin del supimos nuevas de allá, aunque eran viejas, segun el tiempo que habia partido, y todos nos holgamos con ella, specialmente yo que estoy con muy gran desseo de verme ya ay, aunquel natural y los hermanos tiran acá; pero no quiero hacer fuerça en nada, sino en dessear muy de veras vivir en paz con todos y gozar una soledad de ay.
—Cierto.—

La consulta que el consejo real hizo tan en nuestro favor, la trabajó y procuró el P. Provincial de Valencia á quien se le deve mucho, porque con su diligencia y buena maña, (valiendose del Sr. Condestable y Sra. Duquesa de Medina de Rioseco, que tiene concertado de casar al Almirante su hijo con nieta del Duque de Lerma), acabó tan bien este passo que era en realidad el mas dificultoso.

Esta consulta se embió á su Magestad que se hallava á

Segovia por fin de Julio; y á causa de hallarse el P. Provincial enfermo, embió dos Frayles á Segovia que lo sollicitasen: Mas Don R. Calderon dijo, que no havia tal consulta y assi se perdió ó quisieron se perdiesse. Esta fue de manera que al fin no se pudo negar haverse rescevido; pero ivase dilatando con nuevas speranças; hasta que su Md. llegó aquí, que serian á los 15 ó 20 de Setiembre: haviendo el P. Brindis 3 dias antes ydo al Escorial con intento de besar las manos de su Md. en compañía del Sr. Nuncio, creyendo se entretuviera allí. Pero á las cartas que el Sr. Nuncio escribió, dando razon de esta ida, se le respondió no fuesse porque luego vendria su Md. aquí; y assi se quedó el Señor Nuncio, y el P. Brindis que partió un dia antes (no sabiendo esto), llegó allá y vió el Escorial y se tornó luego.

Llegado pues su Md. aquí, Don R. Calderon escribió un billete al P. Brindis, en que le rogava se viesse con él porque tenia que decirle de parte de su Md.; y assi le vió y le dijo como su Md. habia holgado de su llegada, y mandado que le ospedasen en S. Gil; y que le daria audiencia el dia siguiente á las 11 oras, como se hizo. Dejo otras cosas que hubo en esto y las caricias del Sr. Duque de Lerma; y como le proveen de palacio al dicho Padre, y quan acogido y estimado ha sido; sino viniendo á nuestro casso, passa assi: que la Reyna Ntra. Sra. mandóle fuesse á ver al P. Brindis, y assi lo cumplió, el otro dia que havia besado las manos á su Md.; y ha sido tan grande el gusto que ha tenido con él como si viera un hermano. Desto y de la opinion grande que se ha esparcido de la persona del P. Brindis: toda la Córte ha hecho muy grande estimacion del, y an estado abiertas las puertas de palacio para su Paternidad como privado y valido de casa: y quando tarda dos dias de ver á la Reyna lo envia á llamar, y vezes se le an passado dos oras hablando con su Md. y la vispera de la vispera de Ntro. P. S. Francisco le dijo la Reyna, que nos queria conbidar á todos para la fiesta, y assi lo hizo, hallandonos diez frayles de mesa porque acertó á estar el P. de Portugal; fué el combite y servicio como de Reyna, asistiendo su Contralor, criados y cosinero hasta los platos, tasas y aguas. Y el Rey le llama á menudo y le oye como á su hermano, y es tan efficaz y acertado en su razonar, que concluirá todo lo que trae á cargo muy á gusto: hase visto con todos los del Consejo de Estado de orden de su Md.; y al Príncipe visita

cada dia, porque ha estado enfermo despues que vinieron de Segovia; es el mas lindo niño y mas avisado del mundo, y quiere tanto al P. Brindis que es cosa de ver; ya está sin calentura muy gracioso y deseoso de levantarse: dele Ntro. Señor salud, que verdaderamente parece un Angel, y alguna vez passara V. C. un rato de mucho gusto oyendo cosas suyas, que aora paso con estas para volver al caso.

Pues como el P. Brindis ha hallado tan extraordinaria acogida y familiaridad en los Reyes; no ha perdido sazón haciendo recuerdo de nuestra fundación: y una vez le dijo la Reyna que tenemos grande contradicción, pero que ella lo rogaría á su Md.: otra vez estando los dos mirando reliquias (y algunas las ha dado el P. Brindis, y algunas le an pedido ó tomádole, y ha sucedido un milagro, que diré despues). Vino el Rey y sentose á la conversacion, y la Reyna le suplicó, presente el P. Brindis, que por amor della y de dicho Padre nos diese la licencia para fundar; y el Rey respondió con voluntad mas sin declararse: y acabo de pocos dias estando otra vez juntos los tres, dijo la Reyna al P. Brindis ya tienen su fundación cierta, pero agradezcanlo á V. Paternidad que si no fuera por él no se les diera; y el Rey á esto se sonrió como aprobando lo que la Reyna havia dicho, y él les besó las manos á todos dos con mucho agradecimiento y cortessias: y segun lo que se collige por lo que pareció despues, el intervalo en no declararse su Md. la primera vez que la Reyna se lo suplicó fué que havia remitido la consulta del Consejo real al Confessor; en que ha tenido también el P. Fr. Seraphin de Polisio que trabajar, y en que poner cuydado y medios; de manera que salió como deseava; y con esto y lo que devía de haber la Reyna Ntra. Sra. entendido de la voluntad del dueño, dijo aquellas palabras asegurando y haciendo plazo ó merced al P. Brindis, que el Rey aprobó callando.

Aora el miércoles passado proximo estuvo media ora á solas con el Rey el P. Brindis, que le dió audiencia privada de que salió contentísimo (porque le acompañe); y creo que ha acabado de obtener el fin de sus negocios. Y pero en lo que toca al nuestro, le dijo su Md. presto mandare despachar el memorial ó consulta para que fundeis: de que de nuevo le dió las gracias. — Miren Vs. Cs. aora, si se deve este negocio al P. Brindis: aca así lo juzgamos y así lo entienden quantos saben desto; y aunque el P. Seraphin con

su buena traba y medios, sin duda lo concluyera, pero con todo ay quien duda, y quien afirma, que á bien negociar no fuera en dos años.

Por remate desta historia y por gloria de Ntro. Seráfico Padre el sabado passado, digo su fiesta, se comenzó á tratar casamiento entre la hija menor de la Duquesa de Medina de Rioseco con el Conde de Ampudia, hijo mayor del Duque de Zea, hijo del Duque de Lerma. Y quiso Ntro. Señor que se acabasse el sabado passado en la noche, vispera de la fiesta de Ntro. P. S. Francisco; de manera que se comenzó en su dia y se acabó en su octava. Teniendo pues noticia el P. Provincial, como tan acertado y prudente, no perdió la ocasion, sino que escribió un villete á la Duquesa el dicho sabado en la noche, rogandole se acordasse de nosotros, y el domingo de mañanica tuvo respuesta al pie del, de mano de la misma Duquesa, que dice assi: porque lo he visto y leído y tenido en mis manos: — “Mi Padre, anoche pedí al Duque me hiziese merced de despachar nuestra consulta, y ame prometido; que mañana la hara ver y acabar este negocio.” Y con esto la visitó esta mañana el Padre, que todo era fiestas y norabuena esse dia y galas, y le contó mas ád longum; que celebrados los capítulos matrimoniales entre su hija della y nieto del, le dijo: Señor, aora que tengo mis hijos colocados, ninguna cosa desseo mas que ver un Convento de Capuchinos en esta Corte: suplico á V.^a X.^a me haga esta merced, que sera grandíssima para mí: á lo cual respondió el Duque que mañana en la noche la haria firmar del Rey. Y esta nueva corrió este dia entre los muy familiares y lo tenemos ya por tan cierto, que no se duda dello, y assi creemos que dentro de 8 dias se tomara la posesion. Ya se hazen camas y se acomoda un aposento en este Ospital para ponellas, y no hay descuydo en ojear sitio: Quiera Dios se acierte. El Sr. Condestable queria hazer el convento y la Señora Duquesa su muger, me lo ha dicho dos vezes. Estos Padres rehusan hasta ver, si su Md. ó el Sr. Duque de Lerma lo tomaran para sí. Tambien hallan dificultad en que el sitio, que el Sr. Condestable da, que es una guerta hermosísima, en que me certifican algunos, ay siete mil arboles por quenta; está algo lejos el arroyo Bernigal, ques por el camino de Alcalá, partiendo desde Madrid, donde ay mucha agua y tiene su recreacion el Sr. Condestable, no se en que parará.

El milagro de que hize mencion arriba, passa assi: mi-

rando SS. MMs. un dia sobre un bufetillo las reliquias, que el P. Brindis traia en una Cruz al pecho y otras, havia entre las demas un poco de tierra mezclada con la sangre que salió del cuerpo de Jesucristo Ntro. Señor envuelta en un pañico, la qual el P. Brindis dijo: se la dió el Duque de Babiliera que tiene en su casa con tradicion y autos... El Rey se la pidió y porque mostrava aficion á esta reliquia el P. Brindis, y algun sentimiento de dejarla, dijo el Rey: (Yo escribiré al Duque que le de mas); al fin se la dió y havia en el pañico una mancha de sangre pegada y comunicada por milagro de dicha tierra, tan grande en que el Rey y la Reyna repararon y notaron. Al cabo de tres dias que estuvo esto en su poder en alguna arquilla ó escritorio ó entre otras joyas y reliquias en algun oratorio, tuvo gana el Rey de volvello á ver, porque en realidad le á tenido afficion y devocion á esta sangre; su Md. y tornó á deshassello y mirarlo, presente su muger, y vieron que la manchica de sangre referida havia tomado vivo y nuevo color, y crecido en tanta cantidad de que quedaron maravillados, advirtiendolo muy bien: y luego llamaron al P. Brindis que conoció y vió lo mismo: y todos afirmaron haber crecido en tanta proporcion y haverse renovado la color de la sangre: y hizo el Rey que lo viesen el Duque de Lerma y Señora, y otros Señores y algunos Capellanes: y á mandado hazer ynformaciones y testimonio dello, y aunque bastava el de los Reyes en cosa tan grave; En mi presencia vino un Capellan de su Md. el domingo passado, estando en palacio y dijo al P. Brindis que havia de dezir su deposicion sobre esto, porque su Md. queria que constase deste milagro.

Ve aqui V.^a Reverencia, la noticia de todo lo que por acá passa, abrebiada quanto he podido: y ve aqui mi amor y cuydado en dessear dar á todos essos Padres algun contento con ello. Que cierto, si he differido el hacerlo ha sido porque pudiera ser con mas cumplimiento, mas yo no quiero detenerlo, que esto estara ya hecho, y en la otra solo se tratara de la posesion.

Dios queriendo, — Que guarde á Vs. Cs. como desseo. —
Y oy 12 de Octubre de 1609, Lunes, Madrid. —

Hijo menor de V. C.

FR. SEVERO.

El P. Brindis se va despachando bien y dará priesa á su partida, y temo que aun que la ponga, puede ser antes de Navidad; mas si es mas presto se ira á embarcar á Cartagena ó á Denia, porque su Md. le dará galeras en que vaya, ya que todas estan por aquellas marinas. Yo sera fuerça le acompañe y siga, si ya no hay otra novedad. Ruegue V. C. en nuestros conventos nos encomienden á Dios, para que tengamos su gracia y salud. Que á mí me ha provado la tierra con camaras tres veces, que me han comenzado á dar cuydado, aunque he quedado bonissimo; á Dios gracias. Fr. Brno. Sacerdote Valenciano que sta aquí ha estado malo y muy flaco; los demas tienen salud. Del P. Fr. Pedro de Napoles no se, yo le debo mucho respeto y amor. — Suplico á V. C. le mande encaminar segura la que va con esta. Porque V. C. lo sepa todo, el Capitan Quiros se entretiene por estas novedades de guerra, aunque sta resuelto haga su navegacion, y porque al P. Fr. Juan Guardian de Santa Eulalia le he escrito largo este particular, no lo estiendo aquí, pues cuando V. C. lo vea lo podrá entender. —

Esta es para mi P. Provincial, y para el P. Fray Miguel de Valladolid. —

La respuesta podrá venir con cubierta al P. Brindis, Comisario General, en S. Gil, guiada por Luis de Vera, y escribiendole Vs. Cs.

NOTA... AL CAP. XXIII, NÚM. 2, PÁG. 559.

Este Fr. Tomás de Bérgamo, á quien se apareció el B. Lorenzo después de su muerte, como dice el texto, fué un varón extático y lleno de virtudes, cuya vida se halla escrita en nuestras Crónicas, en donde se leen sus heroicas virtudes y las gracias y dones con que el Señor le enriqueció, en particular el don de ciencia infusa, con el cual un pobre hermano lego, sin letras ni cursos teológicos, escribió cosas sublimes de oración y contemplación.

Todas sus obras se publicaron en italiano en un tomo en 4.º bastante abultado, en Ausburgo, el año 1681, por Simón Urz Schneider, con este titulo: *Fuoco d'amore*, fuego de amor, que contienen los tratados siguientes

tes, que leímos con mucho gusto espiritual en nuestra Biblioteca de Parma el año 1838.

1.º *Selva de contemplación sobre la Vida, Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo, y sobre la Vida de su Santísima Madre la Virgen Maria*, dedicada por el autor á la Serenísima Archiduquesa Claudia.

2.º *Escala de perfección cristiana*, dedicada por el autor al Sermo. Sr. Archiduque Leopoldo.

3.º *Del verdadero, recto, puro, filial, unitivo y transformativo amor divino*.

4.º *Conceptos morales contra los herejes*.

5.º *Contra los temores y visiones nocturnas*.

Cronicas capuchinas, parte v, lib. v, cap. viii y siguientes; y Biblioteca de Escritores capuchinos del P. Bernardo de Boloña en la palabra *Tomás*, pág. 237.

NOTA .. AL CAP. XXIX, NÚM. 8, PÁG. 667.

DECRETUM

BRUNDUSINA

*Canonizationis Beati Laurentii a Brundusio
Sacerdotis Professi Minorum sancti Francisci
Capuccinorum*

Super Dubio,

*An et de quibus Miraculis constet in casu et ad
effectum de quo agitur?*

Celebriores inter sodales, quibus Franciscalis Capulatorum familia merito gloriatur, tum vitae sanctitate, tum apostolici ministerii laboribus, tum scientia, et ecclesiasticae dignitatis muneribus, ad censendus equidem est Beatus Laurentius a Brundusio. Hic enim accuratissima disciplinae observantia, evangelicae paupertatis amore, et christianae perfectionis studio

maximam apud confrates auctoritatem nactus est; eo vel magis quod omnigena doctrina, alacris ingenii acumine et in rebus gerendis singulari praestaret perspicacia. Ad prima ideo instituti munera proventus, ea summa prudentia in omnium exemplum, ac parem religiosae familiae utilitatem administravit. Tantam profecto virtutem et in rebus agendis dexteritatem, animique fortitudinem Summi Pontifices perspicientes, gravissima eidem et perquam implicita Ecclesiae negotia expedienda commiserunt. In Germaniam primo, et Boemiam a Clemente VIII missus est, ut haereticis obsisteret: quod plurimis exantlatis laboribus et periculis, in Deo tantum confidens, est feliciter assecutus, exemplo praecipue austeritatis, vitae, disertisque concionibus quibus plurimos haereticos in Ecclesiae Catholicae sinum reduxit, et fidem in populis languentem roboravit, pietatem excitavit: vere potens opere et sermone. Subinde a Paulo V in Hispaniam legatus ad Regem mittitur, ubi foedus et societatem inter Germanos Principes adversus debacchantem haeresim mira dexteritate firmavit. Invicta porro animi constantia, et superno adiutus lumine, ita de re christiana, optime meritis ad suum reversus Coenobium in spiritus humilitate, orationi assidue vacavit, et corpus suum castigans, singulis confratribus virtutum potius et obedientiae regularis exemplo, quam auctoritate praeeibat. Quamvis vero tot tantisque legationibus et peregrinationibus defatigatus, et infirmitatibus detritus, iterum ad Hispaniae Regem legatus mittitur: cumque charitate, qua in Deum et proximum urgebatur, se totum Ecclesiae servituti devovisset, etsi divinitus imminentis mortis praescius, longum in Lusitaniam iter aggreditur: sed ubi in principem regni urbem venit, gravi corripitur morbo, quo ad supremum adductus diem, laeto animo, hilarique vultu obdormivit in Domino, anno MDCXIX die vicesimasecunda Iulii.

Operosum autem hunc, inconfusum strenuumque christianae reipublicae ministrum tum regularis dis-

ciplinæ observantia, tum virtutum perfectione, tum miraculorum testimonio insignem anno MDCCXXXIII die prima Iunii sa: me: Pius Papa VI solemnî decreto Beatorum albo adscripsit.

Franciscalium Capulatorum familia de tanti Sodalîs gloria merito sollicita, ut pro temporibus vicibus licuit, super miracula Beato Laurentio intercedente patrata, post indultam eidem venerationem Apostolicos Processus confici curavit; eorumque agnita validitas est quinto Kal. Octobris MDCCCLXXIII. Actum deinde est de duobus propositis miraculis: et primo quidem quinto Idus Ianuarii anno MDCCCLXXVII in aedibus Rmi. Card. Aloissii Bilio Episcopi Sabinensis Causae Relatoris. Discussa iterum fuere miracula in Praeparatoria Congregatione in aedibus Vaticanis anno MDCCCLXXVIII decimo tertio Kal. Septembris. In generalibus demum Comitibus coram Sanctissimo Domino Nostro Leone Papa XIII in Vaticano habitis decimo septimo Kal. Ianuarii anno MDCCCLXXXI a praefato Rmo. Cardinale Aloisio Bilio Causae Relatore propositum fuit «An et de quibus Miraculis constet in casu, et ad effectum de quo agitur?» Suffragium autem super proposito Dubio protulerunt Rmi. Cardinales Sacris Ritibus tuendis praepositi, ac singuli Patres Consultores. Iisque auditis, Sanctissimus Dominus Noster, antequam mentis suae oraculum pronunciarret, hortatus est omnes, ut in gravissimo huius rei iudicio divini luminis gratiam incessanter deprecarentur.

Implorata tandem caelesti Spiritus illustratione, Sanctitas Sua hac Dominica infra Octavam Nativitatis Deiparae eiusdemque Nomini sacra in aulam Vaticanani Palatii nobiliorem accivit Rmum. Card. Camillum Di Pietro Episcopum Ostien. et Veliternen. et Sacri Collegii Decanum pro Rmo. Card. Domenico Bartolini Sacrae Rituum Congregationi Praefecto Urbe absente, et Rmum. Card. Aloisium Bilio Episcopum Sabinensem Causae Relatorem, una cum P. D. Laurentio

Salvati Sanctae Fidei Promotore, meque infrascripto eiusdem Sacrae Congregationis Secretario, iisque assistantibus decrevit. «Constare de duobus Miraculis in tertio genere, scilicet: Instantaneae perfectaeque sanationis pueri Petri Pauli Friggeri ab incurabili tumore albo in genu sinistro cum carie ossium: nec non: Instantaneae perfectaeque sanationis Mariae Angelicae Salat et Trull a maligna et diuturna dermatosi cum pustulis ecthymatosis in toto corpore, praesertim ad crura confluentibus, et infirmae cachexia».

Praeterea idem Sanctissimus Dominus Noster, ex specialibus circumstantiis animum suum morentibus, nec unquam in exemplum adducendis, dispensando a consueta propositione postremi dubii, sancivit; «Stante approbatione duorum Miraculorum post indultam venerationem, Tuto deveniri posse ad solemnem Beati Laurentii a Brundusio Canonizationem». Hoc autem decretum publici iuris fieri, in Sacrae Congregationis acta referri, litteras que Apostolicas sub plumbo de solemnibus Canonizationis quandoquaque celebrandis expediri mandavit tertio Idus Septembris anni MDCCCLXXXI.

Pro Emo. et Rmo. Dno. Card. DOMINICO BARTOLINI,
S. R. C. Prefecto.

CAMILLUS CART. DI PIETRO Episcopus Ostien. et
Veliternen.

PLACIDUS RALLI, S. R. C. Secretarius.

Loco ✠ Sigilli.





HONORES QUE SE TRIBUTAN

À

SAN LORENZO

EN EL FELIZ

CONVENTO CUSTODIO DE SUS RELIQUIAS

DE este sagrado claustro, ahora como en los tiempos antiguos, es San Lorenzo de Brindis el más rico tesoro.

Su urna santa, como un sagrado depósito, guarda los corazones de todas y cada una de las hijas que, á manera de lámparas encendidas, le rodean. No alcanza el culto externo á lo que el amor desea ofrecerle en justa compensación de la incomparable fineza de elegir entre ellas su perpetua morada.

Con toda solemnidad se celebra cada año su Novena, contribuyendo á realzarla los reverendos Padres Capuchinos con sus sermones y solemnes Visperas, cantadas por el clero colegial ante el Altar de las Reliquias.

En su día, Misa solemne, descubriéndose las santas Reliquias al *Gloria in excelsis*, entre el volteo de las campanas, quedando expuestas con luces á la veneración de los fieles hasta la función de la tarde, á cuyo final, en manos del Sa-

cerdote vestido de sobrepelliz, la adora el pueblo, mientras de la elevada bóveda del templo se desprende una lluvia de flores, emblema de las gracias que San Lorenzo derrama sobre cuantos con fe le invocan.

Es costumbre inmemorial de los hijos del pueblo darle serenata, encendiendo hogueras delante del convento, entre vivas y canciones, al modo que en otras partes la noche de San Juan.

La Comunidad se reserva el domingo siguiente para festejarle *en familia*. Terminadas Vísperas en el Coro, previo repique de campanas, se dirige procesionalmente con luces encendidas, cantando el *Te Deum*, á la capilla, que ya se halla iluminada y patente el sagrado Cuerpo.

Después de recitar la antifona y oración del Santo, y orar largo espacio, se le cantan himnos y despedidas en que las Religiosas explican su afecto entrañable, cerrando aquella dichosa tarde con un rato de alegre recreación, presididas por la efigie querida de San Lorenzo.

En la misma forma le visita la Comunidad mensualmente, acudiendo en todas las necesidades particulares y generales, propias y de extraños, en demanda de consuelo, encontrándolo siempre en el Santo Protector abundante y lleno.

¿Te verán nuestros ojos, ¡oh dulcísimo Lorenzo! ensalzado como mereces?...

¿Y la Orden Capuchina, cuyo hermoso cielo adornas como astro luminoso de primera magnitud... y tus nobles protegidos los descendientes de tu grande amigo D. Pedro de Toledo, no obtendrán para ti de la Santa Sede rezo propio?...

¡Ah! dignate ponerlo en sus corazones, amable

protector nuestro; y que el más penetrado de tu espíritu suavísimo y meliflúo te lo ofrezca, explicando en él con divina unción tus grandezas, tu dulzura y el amor seráfico que te hizo en la tierra portento de santidad.

¿Qué ocasión más propicia? ¡Un Pontífice piísimo, protector de los hijos de Francisco de Asís: un Cardenal eminentísimo, hermano de hábito, apasionado del Santo, al que visitó; un Reverendísimo General, el primero de su dignidad que vino á prosternarse ante sus Reliquias venerandas!...

¡Que la inspiración celestial guíe á cuantos son capaces de llevar á cabo tan glorioso proyecto, á mayor honor de San Lorenzo de Brindis y esplendor de su culto!

Estos últimos años, peregrinaciones capuchinas procedentes de León vinieron á tributar veneración á las Reliquias del que fué su vigésimo-cuarto General, llegando la primera, por disposición patente de la divina Providencia, á punto de celebrar la última Misa en el altar antiguo, que fué derribado aquel mismo día para colocar en su lugar un elegante altar gótico, regalo del Rvdmo. P. General Fr. Bernardo de Andermat, en nombre de la Orden Capuchina.

Las fiestas de la traslación fueron las de mayor esplendor y solemnidad que se han celebrado en Villafranca después de la Canonización.

El pueblo en masa, el Ayuntamiento, los reverendos Padres Capuchinos y el convento de la Anunciada, unidos en un solo pensamiento de la gloria de su gran Protector, dedicaron un esfuerzo en aquellos días á sólo este noble objeto.

Los Padres Capuchinos se encargaron de organizar las funciones religiosas, cantar las glorias de su Santo General, y entronizarle en su nuevo altar en el primer día del Triduo, domingo 5 de Julio de 1896.

Expuesto S. D. M., ofició solemnemente el muy Rvdo. P. Provincial, asistido de dos Padres Guardianes, presentes las dignas autoridades é inmenso concurso, cantando las Religiosas la mejor Misa de su repertorio.

Por la tarde tuvo lugar la bendición del nuevo Altar, elegantísimamente decorado con ricas colgaduras azul celeste, entapizadas de alto á bajo las paredes laterales y pabellones graciosamente recogidos con guirnaldas de flores artificiales. Preciosas macetas y fanales intercalados con candelabros, y un elegante iris de luces y flores al pie de la colosal y dorada urna, ofrecían majestuoso y encantador conjunto.

Inmediatamente la muchedumbre que llenaba el templo dirigióse procesionalmente al convento, donde los Rvdos. Padres y otros cuatro Sacerdotes penetraron para llevar á la iglesia el santo Cuerpo. Recibiélos la Comunidad Seráfica con luces y *Te Deum*, y terminadas las preces en el Coro alto, ante la sagrada urna allí al efecto colocada sobre una mesa cubierta con rico paño, adoraron todos las Santas Reliquias con las solemnidades del Ritual.

Luego dos Religiosos y dos Sacerdotes seculares cargaron sobre sus hombros el sagrado depósito, el Cuerpo benditísimo del gran San Lorenzo de Brindis, y formada de nuevo la procesión, cantando clero y Religiosas las Letanias de

los Santos, recorrió ambos claustros alfombrados de flores hasta la puerta reglar.

El inmenso gentío que allí aguardaba ansioso de contemplar de cerca las venerandas Reliquias, logró su devoto anhelo al abrirse de par en par las puertas del convento y aparecer majestuosa aquella bendita urna depositaria de tantas plegarias y testigo de otras tantas gracias derramadas sobre los hijos de Villafranca.

Fuera ya de la clausura, rodeada del Clero y las Autoridades, escoltada por la Guardia civil, el pueblo en masa y en medio del repique general de campanas, llegó á la iglesia.

A su entrada desplomóse una lluvia de flores, no cesando hasta que fué colocada sobre el altar mayor, donde recibió las adoraciones de los concurrentes por su orden de dignidad, mientras en el Coro se cantaban amorosos y entusiastas himnos, como invitándole á tornar luego á la dulce morada que él mismo se ha elegido.

Tomaron de nuevo la sagrada urna, y en la misma forma, repitiéndose á su paso la graciosa nevada de flores, volteo de campanas, y una religiosa y sonora marcha en el órgano, entró en el convento y fué llevada á su Capilla, donde la Madre Abadesa entregó la llave de la misma al muy Rvdo. P. Provincial, y éste, auxiliado de otros Padres, trasladó las Santas Reliquias á la nueva urna, de todo lo cual se levantó acta.

El día siguiente se celebró por primera vez el augusto Sacrificio en el nuevo altar con la mayor solemnidad: todos los Padres celebraron su Misa en él aquella mañana, continuando y aun

aumentando el entusiasmo en todo el pueblo por las fiestas de San Lorenzo.

La tarde del último día hubo procesión con la devotísima imagen del Santo en hombros de Capuchinos. Por último, después de dar á besar la santa Reliquia, en ostensorio de plata colocada para estos casos, y aplicar el muy Rvdo. P. Provincial la indulgencia plenaria concedida por Su Santidad para el Triduo, como digno remate de tan grandiosos cultos, cantóse solemnísimo *Te Deum* á tres voces y órgano en acción de gracias por las innumerables que el cielo derramó en estos días de bendición y eterno recuerdo.

No tienen número los pañitos tocados al santo Cuerpo repartidos por reliquia, tarjetas, cintas y corazones, pedidos con instancia por desconocidos, hasta de Méjico, Bélgica y otras partes, por la grande fe que allí tienen en la protección de San Lorenzo de Brindis.

Ultimamente fué declarado oficialmente com-
patrono de la Goajira.





DESCRIPCIÓN DEL NUEVO ALTAR

Es este altar, de estilo gótico, obra del escultor barcelonés D. Félix Ferrer, hermano de la venerable Sor Filomena de Santa Coloma. Tiene un elevado camarín, y en su centro la gran Urna de bronce sobredorado que mide *dos metros setenta centímetros* de altura, próximamente, por *treinta centímetros* de ancho, coronada por una efigie de San Lorenzo, de madera de cedro, también dorada.

Defiéndenle por la parte de la iglesia barras de hierro. Como cortina de este camarín está un gran cuadro que sube y baja por medio de resorte y representa á San Lorenzo en tamaño natural, subiendo *su espíritu* al Cielo entre ángeles que le acompañan con instrumentos músicos, dejando á sus pies la ciudad de Lisboa.

Más abajo otra pintura le representa en el acto de la Embajada cerca del rey católico Felipe III y la reina Margarita.

Encima las armas de los excelentísimos señores marqueses de Villafranca, fundadores y patronos del convento, y á los lados, entre doradas columnas primorosamente labradas, dos hermosas y grandes efigies: la de San Fidel de Sigmaringa á la derecha, y á la izquierda la del Beato Diego de Cádiz.



ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
DEDICATORIA	5
PRÓLOGO	11
Capítulo primero.—Patria y padres del Santo Lorenzo de Brindis, con los primeros ejercicios de su niñez y juventud hasta tomar el hábito capuchino	15
Cap. II.—Toma el hábito entre los Capuchinos el siervo de Dios, y sus ejercicios en el noviciado . .	44
Cap. III.—Estudios del siervo de Dios, y gracia especial que tuvo en la predicación	60
Cap. IV.—Prelacias que tuvo en la religión: le nombran General de toda la Orden, y acierto singular en su gobierno	102
Cap. V.—Humildad del siervo de Dios entre los mayores aplausos	140
Cap. VI.—Paciencia insigne del Santo Lorenzo de Brindis	170
Cap. VII.—Firmísima fe del Santo Lorenzo, y ardiente celo en dilatarla	206
Cap. VIII.—Esperanza del siervo de Dios	246
Cap. IX.—Caridad del varón santo para con Dios, unida con la oración	249
Cap. X.—Tiernísima devoción y encendido afecto del Santo Lorenzo al augustísimo Sacramento del altar	265

	<u>Págs.</u>
Cap. XI.—Devoción tiernísima á Cristo, vida nuestra, á su purísima madre y á otros santos.....	288
Cap. XII.—Pobreza, austeridad y penitencia del varón santo.....	302
Cap. XIII.—Castidad del siervo de Dios.....	319
Cap. XIV.—Obediencia del Santo Lorenzo de Brindis.....	329
Cap. XV.—Espíritu de profecía del varón santo..	337
Cap. XVI.—Pelea contra los turcos nuestro Santo Lorenzo de Brindis, armado con el escudo impenetrable de la cruz, y alcanza una insigne victoria en compañía del archiduque Matías. Hállase también, como buen vasallo español, al lado del Excmo. Sr. D. Pedro de Toledo, en las guerras que el Rey católico tuvo en el Piemonte contra el duque de Saboya.....	350
Cap. XVII.—Algunos milagros del Santo Lorenzo de Brindis antes de su preciosa muerte y dominio sobre los espíritus infernales.....	395
Cap. XVIII.— Nombra el emperador Rodolfo II Embajador al Santo Lorenzo para tratar negocios gravísimos con el rey católico Felipe III. Viene á España, y con su influjo se funda en esta santa provincia de Castilla la Orden de Padres Capuchinos.....	408
Cap. XIX.—Continúan las grandes empresas del Santo Lorenzo de Brindis á honra y gloria de Dios.....	460
Cap. XX.—Viene á España el Santo Lorenzo como Embajador extraordinario cerca de Felipe III por el reino de Nápoles; pasa á Lisboa, donde estaba la corte, y le hospeda en su palacio el Excmo. Sr. D. Pedro de Toledo, marqués de Villafranca.	483

Cap. XXI.—Última enfermedad y preciosa muerte del Santo Lorenzo en el palacio del excelentísimo Sr. D. Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, y le manda embalsamar su excelencia por el honor debido al carácter de Embajador..	503
Cap. XXII.— Levántase un devoto litigio sobre quién ha de enterrar el sagrado cadáver, y el Excmo. Sr. D. Pedro de Toledo le envía á Villafranca del Bierzo con todo secreto; refiérense varios prodigios que con este motivo sucedieron..	530
Cap. XXIII.— Apariciones del Santo Lorenzo de Brindis después de su dichosa muerte.....	558
Cap. XXIV.—Milagros que obró el Santo Lorenzo de Brindis después de su muerte.....	564
Cap. XXV.—Milagros que ha obrado el siervo de Dios en Villafranca del Bierzo donde está su sagrado cuerpo	572
Cap. XXVI.—Breve noticia de la villa de Villafranca del Bierzo y su provincia. Fundación del convento de la Anunciada, donde está el cuerpo del Santo Lorenzo de Brindis, con un compendio de la admirable vida de la sierva de Dios doña María de Toledo, á quien envió el cuerpo desde Lisboa D. Pedro de Toledo, su padre, y devoción grande que esta sierva de Dios tuvo al varón santo.....	590
Cap. XXVII.—Descripción breve de la iglesia y magnífico panteón de los marqueses de Villafranca, donde se venera el sagrado cuerpo del Santo Lorenzo; alhajas, pinturas y otras reliquias que hay en él. Dáse una noticia del estado en que hoy se halla el sagrado cuerpo, y extracción de algunas reliquias para Roma.....	622

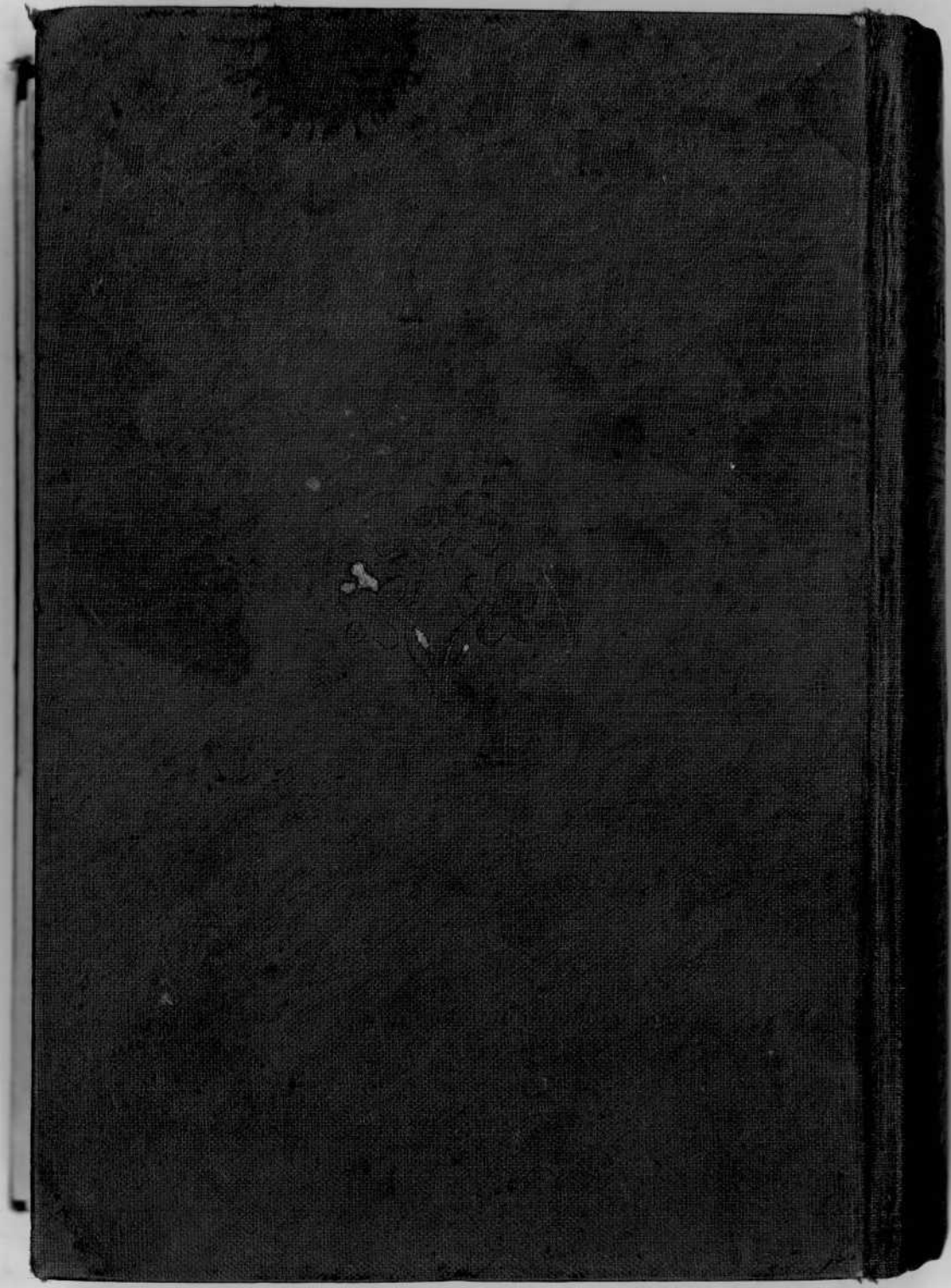
	<u>Págs.</u>
Cap. XXVIII.—Beatificación solemne del siervo de Dios Fr. Lorenzo de Brindis: milagros que se aprobaron por la Sagrada Congregación, y otras noticias pertenecientes á la historia.....	635
Cap. XXIX.—Solemne Canonización del Santo Lorenzo de Brindis.....	659
Cap. XXX y último.— Solemne ceremonia de la Canonización.....	680
APÉNDICE.....	707
Notas... ..	708
Honores que se tributan á San Lorenzo en el feliz convento custodio de sus reliquias.....	727
Descripción del nuevo altar.....	733

A. M. D. G.









SAN LORENZO
DE BRINDIS

